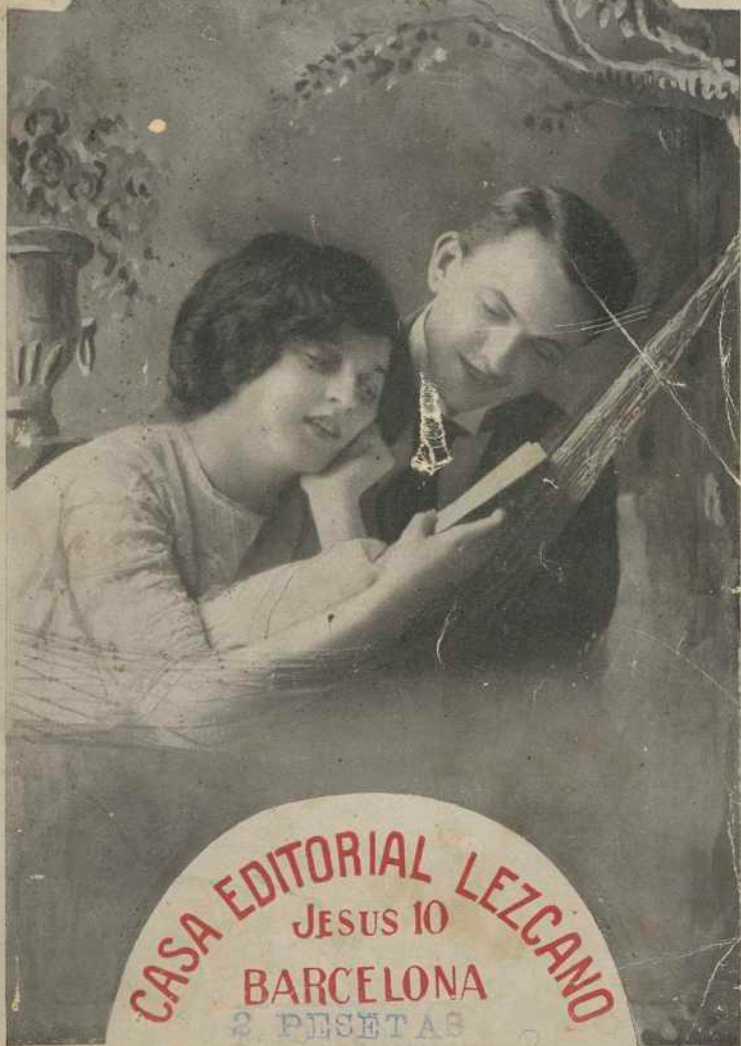


5-482

LA HIEL EN LOS LABIOS

por I. A.



CASA EDITORIAL LEZCANO
JESUS 10
BARCELONA
2 PESETAS

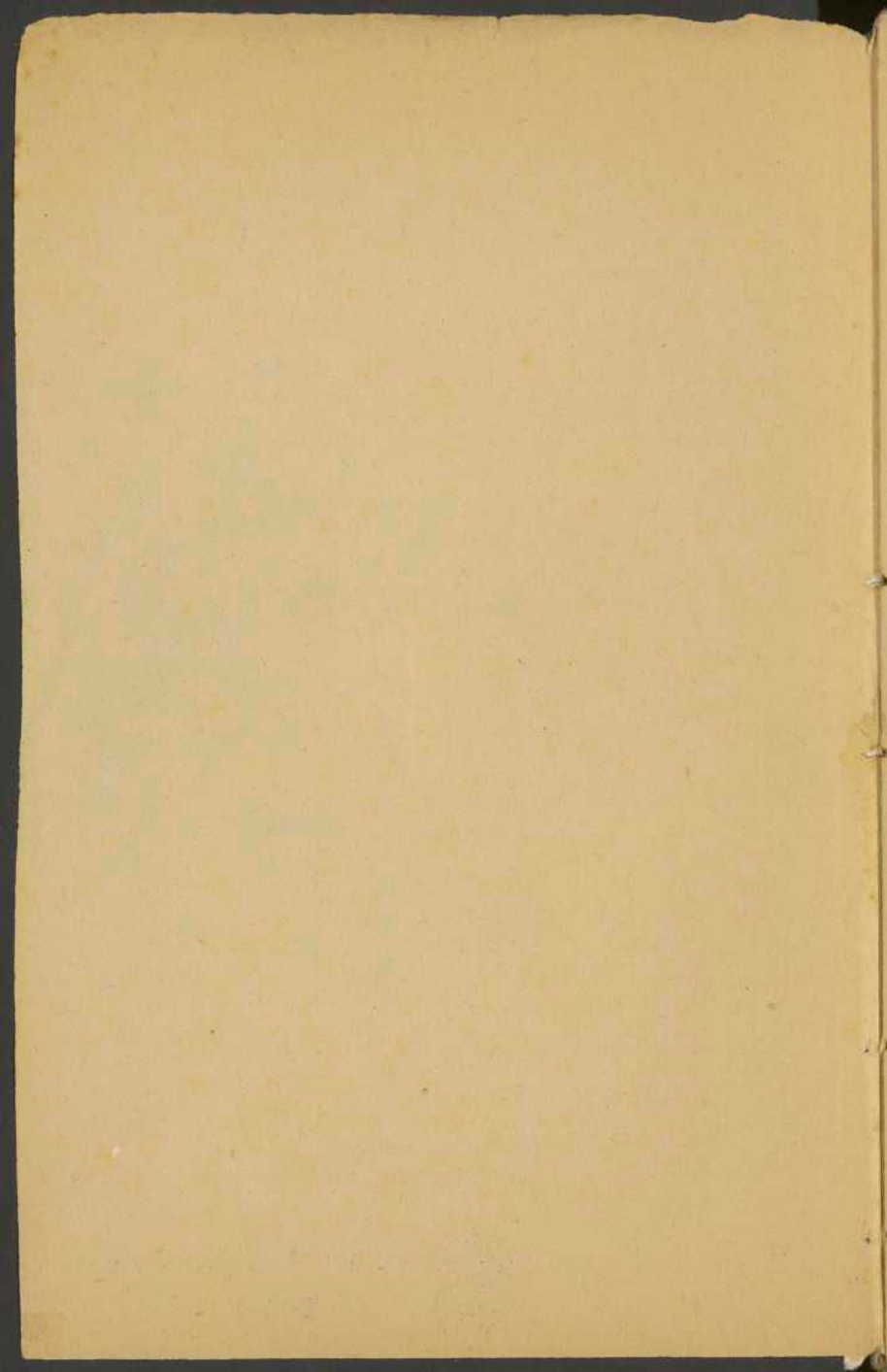
860-31

ALF

8

2500

LA HIEL EN LOS LABIOS



La Hiel

en los labios

NOVELA ORIGINAL

POR

== I. A. ==



CASA EDITORIAL LEZARNO

◆ Jesús, 10.—BARCELONA ◆

R. 9433



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

Es propiedad: Queda
hecho el depósito que
marca la ley.



LA HIEL EN LOS LABIOS

Olvidar al ser amado, es el goce supremo
del amor no correspondido.

J. J. Rousseau

Hay en lo íntimo de toda mujer, no sé qué
secreto y doble instinto de crueldad y sumi-
sión. Desean a la vez hacer sufrir y ser do-
minadas.

E. de la Cruz

Muchas veces el amor en sus efectos, se
confunde con el odio.

Andersen

I

—¿Vas esta noche al baile de máscaras de
la condesa de Elvas?

—No sé qué hacer. Estoy ya harto de bai-
les y, tengo mucho sueño atrasado. Me parece
que me iré a dormir mejor que ir a pasar una
noche de aburrimiento.

—Conocerás a Cecilia Olivença, la viuda del
marqués de Porto-Seguro.

—¡Ah! ¿Ha llegado ya del extranjero ese
portento de hermosura de que me han habla-

do como de un ser excepcional, y la mujer más hermosa del Brasil?

—Justamente. Cecilia es una mujer encantadora...

—Sí, a la que vosotros habéis engrésido con vuestras adoraciones estúpidas declarándoos súbditos de esa reina de la belleza que, por lo que dicen, es tan negra que podría servir de anuncio de la *Reina de las Tintas*.

—Han exagerado, Rafael, han exagerado. Morena lo es desde luego; pero es un moreno dorado, un color de perla, pero perla de un oriente magnífico, irisado; un cutis de raso... una mujer magnífica.

—Una *Venus Negra*... ¿no?

—Bueno... tú la verás y... yo te presentaré a ella y si no te sucede como a todos los que tu llamas sus súbditos, me dejo cortar el bigote, que es mi más bello adorno.

—Hombre... ya tengo curiosidad por conocer a esa maravilla, ese monstruo de belleza, de gracia, de distinción, y de elegancia... Sí, sí, me presentarás, me presentarás.

—Y tú, escéptico en amor, empedernido, caerás de hinojos ante nuestro ídolo...

—¡Yo!

—Como todos, hombre, como todos. No has de ser tú menos que los que hemos sufrido la crisis cruel de la que ninguno escapa.

—¿Crisis de amor?

—Y del más fuerte, querido: Yo estuve ocho noches sin dormir después que me presentaron a ella.

—Pues yo espero dormir a pierna suelta esa primera noche y, sucesivas, como no me duer-

ma en un sillón a fuerza de aburrimiento, cinco minutos después de presentado a ese portentoso en el baile de la condesa de Elvas.

—¡Ya, ya! Cuando yo te presente, te permito que la mires bien y luego me digas con absoluta franqueza, si no estás preso en la trampa como los demás.

—Perfectamente; no hay para mí placer más sabroso que cuando humillo a un soberbio o desdén a una de esas reinas de la hermosura, que tienen la pretensión de ser adoradas como un fetiche.

—Ello es que Cecilia reina, porque sí, en Río Janeiro, como en Madrid, donde se casó con Renato de Vasconcellos y Almeida, embajador del Brasil en la corte de Alfonso XIII, cuando la Regencia de María Cristina, y era tan solicitada como después de viuda...

—Y desde luego, cuando casada...—observó Rafael Ozaya riendo.

—¡Ah! Eso no lo sé, porque no la he conocido en ese estado. Ella casó con Vasconcellos y al año y medio enviudó, de resultas del disgusto que produjo a Vasconcellos el destronamiento de don Pedro y la proclamación de la República. Entonces vino ella al Brasil, para tomar posesión de la cuantiosísima herencia que la legó su marido y desde entonces ha estado entre nosotros hasta hace seis meses que marchó con la doncella y un criado a recorrer toda la América del Norte, y hace pocos días que ha regresado.

Veamos ahora quienes eran aquellos dos interlocutores.

*

* *

La conversación que hemos escuchado tenía lugar en el fumadero de un hotelito habitado por un joven de treinta y dos años, llamado Rafael Ozaya entre este y un compañero suyo de estudios llamado Octavio Barceló, próximamente de la misma edad que Rafael.

Los dos eran abogados y Rafael, además de tener un acreditado bufete, era bastante rico para poder vivir a satisfacción, viajar de vez en cuando, y darse el placer de poseer una buena colección de antigüedades americanas y de cuadros y esculturas premiadas en varias exposiciones.

Era Rafael de carácter excéntrico y enemigo capital del matrimonio, que solía calificar de institución grosera, explicando su calificativo de un modo tan elocuente, que dejaba convencido

al más entusiasta partidario del conyungo matrimonial.

Estaba algo retraído de la sociedad; y si no había quien le sacase de su inercia, no se movía para asistir a ninguna reunión, aunque su posición, su finura y su talento, le abrían las puertas de todos los salones de la antigua y finchada aristocracia brasileña, única que existía por haber abolido la República los títulos, no creando ninguno nuevo, aunque respetando los antiguos, pero sin prerrogativas.

Rafael era un buen escritor cuyas narraciones de viajes por él emprendidos por el interior del Brasil, eran muy amenas e instructivas y muy leídas en todo el país.

Como hombre de sociedad, era fino, buen jinete, esgrimidor notable, aunque no hacía de ello público alarde.

En una palabra: era un célibe inconquistable para el matrimonio y un hombre poco agradable para las mujeres, a las cuales trataba duramente, dentro de la más estricta corrección; pero con frases aceradas y sin prodigar ni aún dispensar la lisonja, que tanto encanta a las mujeres y contribuye a su conquista.

Físicamente, era un buen mozo, aunque no a lo Apo'o del Belveder, sino con belleza varonil.

Era de elevada estatura y más bien delgado que corpulento; usaba barba muy recortada en las mejillas y más espesa y en punta en el mentón; sus cabellos castaños eran ligeramente rizados y peinados hacía arriba.

Su mirada era penetrante, aunque salía de unos ojos de un azul muy oscuro de pupila negra; y era por costumbre tan fija, que obli-

gaba a la mujer u hombre que con ella tropezare á bajar los párpados como bajo la influencia de una mirada magnética o hipnótica.

Su amigo Octavio Barceló era, al contrario que Rafael, muy sociable; en los círculos aristocráticos era indispensable su presencia, porque era el que dirigía mejor un cotillón e inventaba figuras más originales.

Las mujeres usaban de tal familiaridad con él, que casi todas le tuteaban, porque él empezaba tuteando a todas las solteronas jóvenes.

Su posición era desahogada, sin ser rico, porque también ganaba *diez y seis millones* de reis anuales que equivalen a unos ocho mil duros españoles; lo cual dice, que cualquier brasileño, que posea quinientos pesos, ya puede llamarse *uni-millonario*.

En resumen: Octavio Barceló era un chico muy simpático, muy amigo de su amigo Rafael y entusiasta adorador de la marquesa viuda de Porto-Seguro, Cecilia Olivença de Vasconcellos.



—Con que... quedamos en que irás esta noche al baile de la condesa de Elvas, ¿no es verdad? Porque supongo que habrás recibido la invitación.

—Sí, y recomendada por ella.

—¿Cómo, recomendada?

—Sí, porque mírala: ahí sobre la mesa la tienes. Escrita de su puño y letra... «Se suplica al señor Ozaya su asistencia. *Condesa de Elvas*».

—La condesa quiere casarte, Rafael.

—Sí, tiene ese empeño; pero como sinó. Ya una vez dió un baile blanco compuesto exclusivamente de jovencitas menores de veintidós años, deseando poner ante mis ojos un número de jóvenes casaderas para que yo escogiese entre aquellas veinte o treinta vírgenes. Todas aquellas jovencitas, bailaban unas con otras con un

aire de inocencia encantador, de tal naturaleza, que lo que parecía más difícil era la elección que yo debía de hacer entre ellas.

En un descanso del baile sentéme en la *serre* detrás de un enorme tiesto que contenía un *cac-tús venucoso* florido, que me ocultaba a las miradas de las niñas.

Un grupo de ellas muy bullicioso vino a situarse al otro lado del tiesto.

Eran tres y todas bajaron la voz al detenerse allí, riéndose con risas frescas y burlonas.

Escuché; y lo que oí de aquellos labios virginales, hubiera ruborizado a un mico.

Escuso decirte que renuncié ante la condesa al honor de ser casado por ella con ninguna de aquellas vírgenes... a medias.

—Pues si eso saben las solteras, figúrate, dado lo depravados que estamos los hombres, lo que sabrán las casadas y las viudas.

—Lo supongo.

—Conque Rafael, hasta la noche. La marquesa de Porto-Seguro asistirá seguramente al baile y tendrás ocasión de conocerla ya que con tus viajes y tus estudios profesionales y literarios, no has tenido ocasión de conocer a esa joya inapreciable de mujer.

—Estás tan tonto como esos amigos de la marquesa, que están constituídos en vasallos de esa reina soberbia, que, seguramente no ha encontrado quien le dé una lección que la rebaje algunos grados el orgullo y la vanidad que vosotros estáis estimulando en ella.

—A ver si tú caes también en sus redes y te vuelves por ella un tonto como nosotros.

—¡Oh! No hay cuidado, Octavio; estoy blin-

dado contra los flechazos del «rapaz vendado».

—No, pues no te descuides, porque como ella arme en el arco de sus negras cejas las saetas de sus miradas, eres hombre muerto.

—¿Por ella?

—Sí, por ella, muerto por Cecilia.

—Pues... ya veremos. Creo que te equivocas. Ni esa, ni ninguna son capaces de atravesar la delgada tela de mi ropa y tocarme el corazón con sus aceradas miradas.

—¡Bueno! Tú así lo crees... y pudieras equivocarte.

—Bien seguro estoy de no equivocarme.

—Lo celebraré... es decir, no; lo sentiré porque podías formar en la falanje de sus adoradores.

—En vuestro zaguanete de alabarderos, como los de la guardia real española o como pajes de una reina de la Edad media. Gracias, gracias amigo; me parece que ya, sin conocerla, me empieza a ser antipática vuestra marquesa.

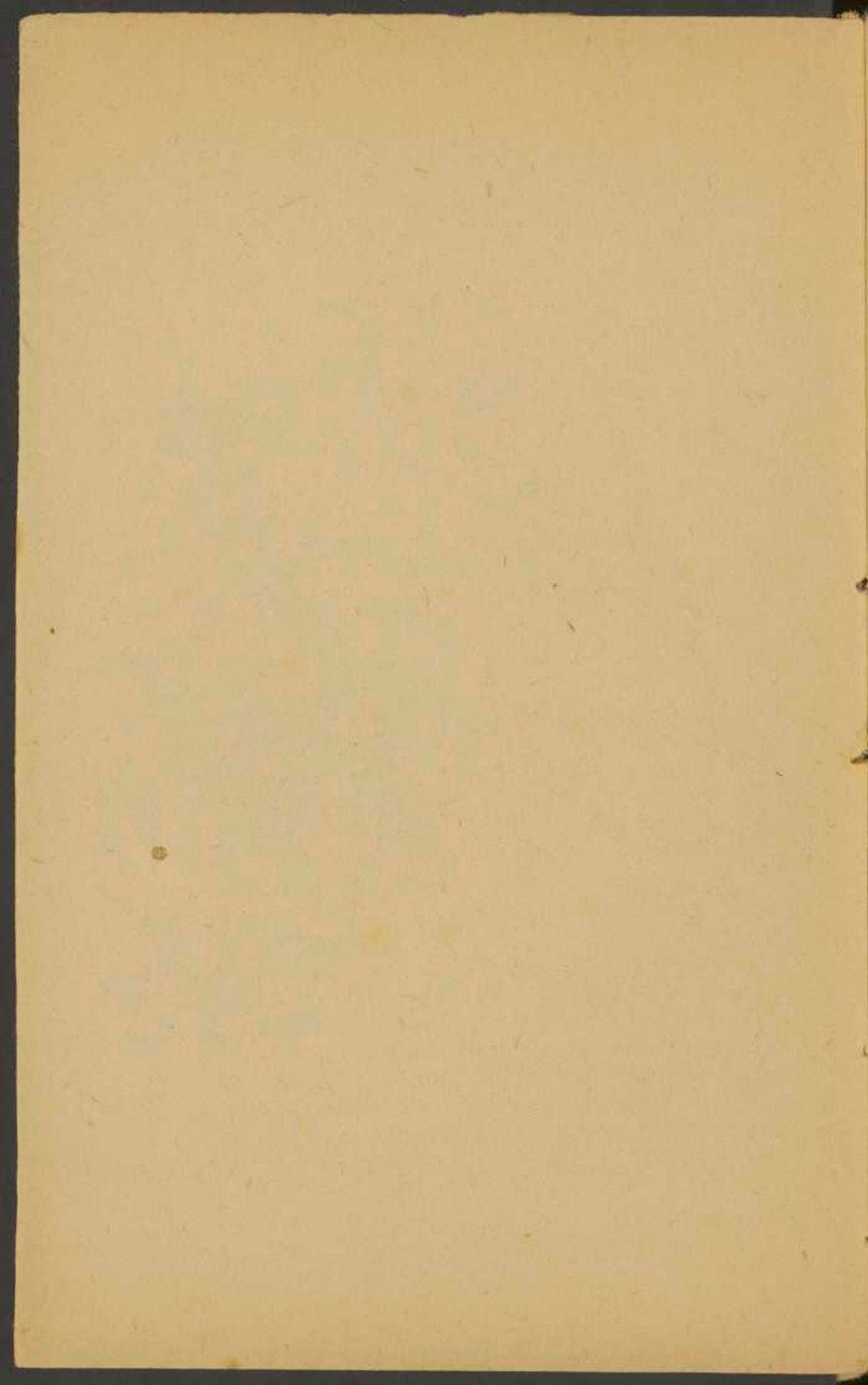
—No dirás eso mañana, Rafael. Y adios, hasta que nos veamos en el baile.

—Adiós pobre loco, adiós...

—Un loco hace ciento y por la misma causa... Ya verás...

Y riendo y saltando alegremente por las escaleras del hotelito, donde vivía Rafael Ozaya, salió Octavio murmurando:

—Tú caerás, tú caerás como hemos caído todos.



II

La casamentera

Era el mes de Carnaval, que en el hemisferio meridional corresponde al mes de junio o julio nuestro: es decir, que en marzo, mientras aquí nos helamos de frío, en el Brasil se derriten de calor... sin dejar de estar en marzo, como en el hemisferio septentrional.

Delante de un gran edificio, casi palacio, de la plaza de la República, brillantemente iluminado con centenares de lámparas eléctricas, muchos coches particulares y de alquiler, y algún que otro automóvil de los que entonces empezaban a conocerse y llamaban la atención por lo extraño que resultaba ver andar un coche solo, sin rieles ni trole como los tranvías, dejaban a cada momento hombres vestidos de frac y chaleco blanco, y mujeres con capuchones y antifaces de terciopelo tan reducidos, que dejaban desde luego adivinar quienes eran ellas.

Atravesaban corriendo la ancha acera, y entraban por un portalón al gran zaguán embaldosado de mármol y del que arrancaba una monumental escalera, en cuyos arranques de la balaustrada y sobre dos pedestales de mármol negro, se levantaban una *Hebe* y una *Vesta* de bronce, con grandes globos eléctricos en las manos.

Hombres y mujeres, subían, llenando aquella escalera, doblando ellas hacia atrás las cinturas al peso de las grandes colas de sus vestidos blancos llenos de encajes y de flores y ramos de yedra.

Al llegar a un primer salón, dirigíanse a un caballero alto, delgado, distinguido con barba corrida y de unos cuarenta años de edad.

Era este personaje a quien estrechaban la mano, o saludaban al parecer hombres y mujeres don Jorge Andeiro, Conde de Elvas.

Las máscaras y los caballeros sin ella, entraban por una galería alfombrada y adornada con plantas tropicales.

De la galería se pasaba al inmenso salón de baile, tan alumbrado con aparatos magníficos de luz eléctrica, que parecía bañado por el sol, sin que ofendiese la vista, gracias al esmerilado de las lámparas.

En un sofá estilo Luis XV, de raso verde y armadura dorada, como la triple sillería que decoraba el salón, recibía los saludos de sus amigos la aun joven condesa de Elvas, Elvira de Oteiza, Tenía treinta y seis años, era alta, robusta, bien formada, un poco bizca, pero aquel estravismo hasta la agraciaba, porque tenía los ojos

grandes, y aquel pequeño defecto les daba cierto aire picaresco y burlón.

Lucía sus magníficos y celebrados hombros de una blancura deslumbradora como todo su busto atrevidamente desnudo según la exagerada moda brasileña debida al calor ecuatorial de que allí se disfruta.

Se había educado en una pensión de París, y tenía todo el escogido trato francés, unido a la dulzura americana, especialmente brasileña.

De los últimos en llegar al salón poco antes de empezar el baile, fué Rafael Ozaya uno de ellos.

Había estado dudando aquella noche si iría o no al baile de la condesa.

Dos veces había dicho a su sirviente que sacase y se llevase su traje de etiqueta.

Estaba tan cómodo con su americana de dril sobre una fina camiseta de hilo de Escocia, que pensar en encajarse el frac, el chaleco y la camisa de plastrón almidonado, le ponía de malhumor y le quitaba las ganas de vestir e para ir al baile donde no podía ir en zapatillas y en traje de lienzo.

Como en esos bailes, llamados de máscaras, lo que menos hay es verdaderas máscaras sino coquetos antifaces como pretexto para decir algunas frases algo atrevidas y esto sólo las mujeres porque el antifaz sólo ellas lo llevaban, Rafael no se había podido presentar en traje de casa con una careta o una nariz con gran bigote; y no tuvo más remedio que vestirse de pies a la cabeza con el molesto y feo traje de etiqueta del siglo XIX que sigue vigente en los comienzos del XX.

—Cree que ya no venía usted, querido...— le dijo la condesa de Elvas al saludar aquel y besando la mano más bonita de mujer que pudo concebir escultor alguno.

—No faltaba más, condesa, invitado por usted, con un *supplicatorio* de su puño, letra y firma.

—Me alegro, porque esta noche tenemos una novedad.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Pues... tendremos aquí la mujer más hermosa del Brasil.

—¡Caramba! Esa sí que es novedad. Un primer premio de belleza.

—Eso, eso... Diga usted que si hubiese un concurso de mujeres hermosas en el Brasil, el primer premio sería para Cecilia Olivença, la marquesa de Porto-Seguro.

—¡Ah! ¡Una marquesa!

—Viuda...

Rafael hizo un gesto de desagrado.

—¡Qué! ¿No le gustan a usted las viudas guapas?

—Según...

—¡Ah! Usted no se casaría...

—No; nunca me gustaron los platos de segunda mesa, amiga mía.

—¡Oh! Pero si la pobre Cecilia ha sido un plato apenas probado...

—Basta, basta con eso, condesa; basta con eso... La mujer, como el huevo frito, de la sartén al plato, y del plato a la boca. Si alguien toma del mío una sopa, ya no me gusta y se lo lleva el criado... para él.

—Cuando conozca usted a Cecilia, ya variará de opinión,

—¡Oh! Por hermosa que sea... siempre queda... la viuda... la que fué de otro...

—No tiene ella muy buenos recuerdos de su marido.

—¡Qué! ¿La trataba mal?

—Poco menos, porque tenía un genio de demonio, y por cualquier cosa armaba un caramillo a su mujer.

—¿Era celoso?

—Como un turco.

—Algo tendría el agua cuando la bendecían.

—Está usted en un error. Cecilia es una de las pocas mujeres de quien no se puede decir absolutamente nada sin mentir. Durante el tiempo que estuvo casada, unos diez y ocho meses...

—Fué esposa ejemplar, ¿no?

—Sí señor.

—¡Ya lo creo! Con un marido que según parece era un dragón...

—Sí, sí; de caballería, de caballería, Rafael.

—¿Y después de viuda?

—Se vino a Río Janeiro, y aquí según las malas lenguas es buenísima. Y cuando las malas lenguas lo dicen hay que creerlo. Conque... Rafaelito... A ver si es la...

—¿Me hace caer?

—Tal vez...

—¡Pero condesa por qué me quiere usted tan mal! ¿Qué la he hecho yo a usted para que!...

—¿Para qué quiera casarle?

—Sí... ¿Por qué tiene usted tan mala intención conmigo?

—Porque creo que habría usted de ser muy feliz: sobre todo, casado con Cecilia.

—Pues mire usted, condesa. Ya otro me ha

hablado de esa mujer excepcionalmente bella, y me ha asegurado un porvenir de servidumbre, de vasallaje con esa reina de la belleza que, según dicen, tiene el afán de la coqueta *pure sang*, que es el inspirar amor, sin ella sentirlo.

—Cecilia, como toda mujer hermosa, aspira a agradar. Si de ella se enamoran los hombres, usted comprenderá que no va a repartir pedacitos de su corazón entre todos.

En aquel momento, se aproximó a la condesa y Rafael, el amigo de este, Octavio Barceló, y le dijo:

—Acabo de saludar a la marquesa de Porto-Seguro, que ha quedado hablando con su *chauffeur* y ahora sube; prepárate, hijo mío.

—¿Que me prepare a qué, o para qué?

—A quedarte estático y para declararte rendido enamorado de Cecilia.

Rafael se echó a reír.

—Sí, sí, ríete... ¿Verdad condesa? Que se ría, que se ría...

—Le estaba haciendo una proposición...

—¡Encantadora!—añadió Rafael.

—¿Qué le proponía usted, condesa?

—Casarle con Cecilia.

—Eso... eso ya es más difícil—repuso Octavio, quien, como enamorado de la excepcional condesa, sentía celos imaginándose que pudiera casarse con otro, ya que ni él ni ninguno de sus adoradores había logrado ser admitido, ni como novio, ni como amante.

—¿Y por qué lo cree usted difícil?—le preguntó la condesa.

—Porque Rafael, como todos, tendrá la des-

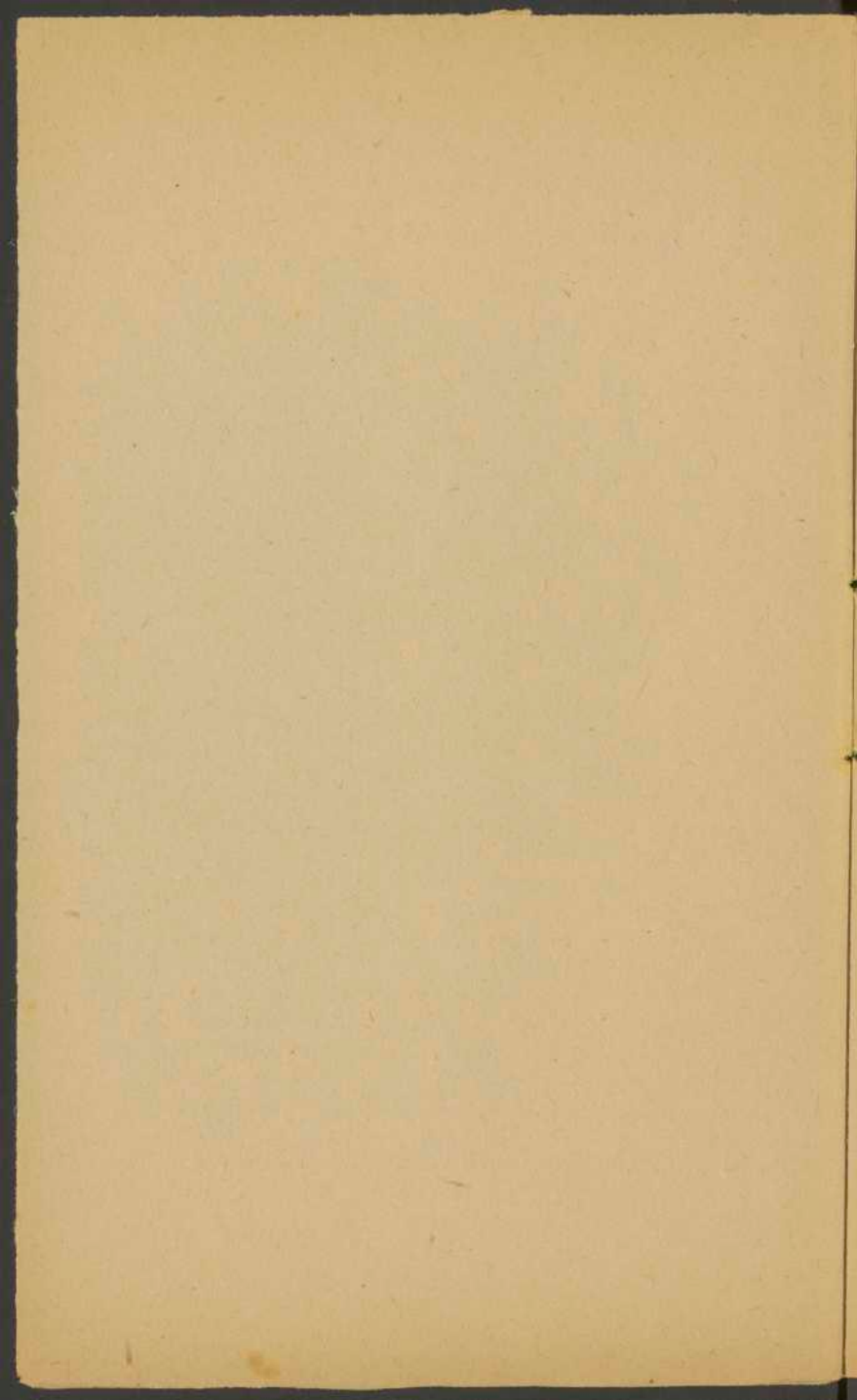
gracia de enamorarse de ella sin lograr que Cecilia le corresponda.

—¿Y eso lo tienes por una desgracia?

—¡Seguramente! Pero, ¡ah! Mira... Ahí la tienes... Si te condenas, que te condenes.

Y, en efecto, acababa de entrar en el salón, pareciendo que ella sola lo llenaba, la mujer más magníficamente hermosa que puede soñar la más rica fantasía.

Era aquella mujer la marquesa viuda de Porto-Seguro, Cecilia Olivença de Vasconcellos.



III

Una belleza excepcional

No había mentido Octavio seguramente, ni exagerado lo más mínimo.

Era una mujer completamente bella, que es todavía más que hermosa; porque hermoso es un gran elefante; pero no es bello estéticamente considerado.

Cecilia no había cumplido veintiocho años.

Era de elevada estatura, pero tan proporcionadas sus carnes, que ni pecaba por gruesa ni por delgada.

Su cutis era el de las criollas, aunque un poco más moreno, lo que no disminuía lo más mínimo su belleza porque en un rostro perfecto cabían todos los matices desde el blanco de marfil de noruega, hasta el negro de ébano de Etiopía.

Su abundante cabello llevábalo peinado a la

griega como en aquella época se estilaba y adornado con una red de perlas finas.

Eran sus ojos especialísimos.

No tenían el clásico negro que sólo se concibe pueda tener una morena hermosa.

El color de sus pupilas era indefinible, de un pardo oscuro que tiraba a verdoso y que recordaba el color de los ojos de las panteras cuyas contracciones parecían sufrir sus pupilas, según las impresiones que recibían.

Su nariz recta como la de la Venus de Milo, arrancaba entre dos arcos de cejas que parecían trazados a pincel con tinta china.

Su boca era indescriptible; porque si hermosísimos eran sus labios rojos como dos guindas gemelas y sus dientes de una forma y blancura incomparable lo mas notable de aquella boca, era su juego cuando hablaba o reía.

Continuamente alternaban en ella la sonrisa y la seriedad, según lo requería el asunto de que trataba.

Cuando reía, hacía lo entreabriendo la boca, mostrando todo el interior sonrosado y sano como la boca de un niño, y mostrando hasta la garganta.

El óvalo de su rostro, que es el que compone o descompone un rostro, haciéndole bello, o feo aún con facciones perfectas, era de un clasicismo académico.

Tenía la barba recogida y un pequeño hoyuelo con un lunar pardo en un lado.

Sus orejas adornadas con dos gruesos brillantes, parecían dos hojas de camelia rosa con gotas de rocío.

Sostenía aquella cabeza un cuello delgado, ele-

gante que descendía en líneas curvas sobre sus hombros, de una belleza irreprochable, insolentemente desnudos sólo surcados por cuatro hilos de perlas, en cada uno, que sostenían como hombreras el corpiño, tan bajo que de él se desbordaba la mitad de los senos, como palomas dormidas con la cabeza bajo el ala.

Sus espaldas eran magníficas, y sus brazos hubiesen podido servir de modelo para una Venus o un Hebe de granito rosa cuyo color tenían.

Su cintura, era estrecha; pero no con la estrechez anti estética de las cinturas de avispa, y tenía toda la flexibilidad natural, sin que el pequeño corsé que mantenía firmes los senos, hiciera más que modelar la curva de las caderas salientes y ondulantes cuando andaba con un movimiento rítmico que marcaba a los hombres, con su provocadora sensualidad.

Vestía un traje de raso color rosa pálido recubierto por una gasa de seda ligeramente bordado con hilillo de plata y que cubría la larga cola de su vestido y que Cecilia manejaba incomparablemente con los pies más pequeños que puede concebirse, calzados con zapatos blancos de raso sobre medias caladas del color del vestido; lo que daba a sus pies el aspecto de desnudos y adorables.

Tenía razón Octavio.

Aquella mujer subyugaba por su belleza y era capaz de volver loco a quien ella se propusiera trastornar el juicio.

Cecilia tenía conciencia de lo que valía y no tenía la modestia de disimularlo.

Era una de esas buenas mozas que van prego-

nando su belleza como heraldos de sí mismas.

Levantaba la cabeza con la arrogancia de una reina lo que la hacía antipática para las mujeres que son generalmente enemigas de la altanería, aunque ninguna carezca de vanidad.

A los hombres imponía aquel aspecto regio y mostrábanse humildes y subyugados por ella.

Al pasar por la calle que formaban los concurrentes para verla pasar y recoger de ella alguna mirada o sonrisa y como suprema honra un apretón de manos, en todos los labios se dibujaba una sonrisa y una mirada codiciosa o, más bien, golosa, al contemplar aquel magnífico busto que la hacía soberana de la belleza.

Llegó Cecilia al sofá donde la condesa de Elvas recibía de pie a sus invitados.

—Adios, amiga mía—exclamó la marquesa de Porto-Seguro, apresurándose a estrechar la mano y besar ambas mejillas de la condesa de Elvas.—He tardado un poco, ¿verdad?

—Usted viene bien siempre, marquesa; lo que únicamente sentía era que alguna indisposición nos privase del placer de verla esta noche por mis salones...

—Mi detención ha consistido en que mi modista no me había llevado como me prometió un traje, y al fin tuve que ponerme cualquier cosa... este pingo tan pasado de moda.

Aquel *pingo* lo había estrenado la semana anterior, en otro baile que se celebró en la Embajada inglesa.

La condesa de Elvas tenía a su derecha a Rafael Ozaya y a Octavio Barceló.

Este contemplaba extasiado a la diosa que algunos fanáticos adoraban mientras que Rafael permanecía indiferente y mirando a otras mujeres que pasaban circulando por el salón, unas con antifaz y otras sin él, y parecía no estar en lo que ocurría a su lado, sin embargo de que no perdía de vista a la magnífica marquesa.

De pronto, pareció salir de su distracción, al oír a la condesa de Elvas, decirle:

—Amigo Ozaya...

—¿Señora?...—contestó él.

—Voy a tener el gusto de presentar a usted a mi amiga Cecilia Olivença, marquesa viuda de Porto-Seguro.

—Y dirigiéndose a ésta añadió, señalando al joven:

—Mi distinguido amigo y protegido Rafael Ozaya, soltero, rico, y aspirante a marido...

—Oh condesa, por Dios, no me calumníe usted... Señora marquesa, esta señora está empeñada en casarme...

—¡Ah! Mal le quiere a usted nuestra amiga —contestó sonriendo Cecilia.—Yo encuentro que el hombre que se casa, es que está dejado de la mano de Dios.

—¡Oh! No diré tanto... yo creo que en el matrimonio puede encontrarse la felicidad; pero es cuando mutuamente dos se aman y se gustan, pero como yo no soy capaz de amar, no hay mujer que me guste...

—¡Ah! Necesita usted como decía un gitano en España, una mujer mandada hacer...—exclamó Cecilia con burlona carcajada.

—Seguramente, marquesa. Todavía creo que no ha nacido la mujer en quien yo encuentre

reunidas todas las bellezas morales y físicas que en lo sucesivo deben adornar a la mujer que yo haya de elegir para compañera de mi vida.

—Es usted, por lo visto, muy delicado de gusto...

—Mucho. A mí no me envanece la esplendidez de una belleza artística: soy muy dado al naturalismo y por desgracia sólo veo ejemplos de artificiales bellezas, que descompuestas, resultarían bellezas vulgares... Figúrese usted qué efecto me produciría una mujer con quien yo me casase ilusionado por su belleza de salón y luego me resultase un mamarracho al levantarse por la mañana. Sería cosa de divorciarse al día siguiente de casado...

Todo esto díjolo Rafael acompañado de la más burlona de las entonaciones, y el gesto más despectivo.

La marquesa miró fríamente a Rafael y dijo con una mirada de desdén.

—En efecto... hace usted muy bien en no casarse. Haría usted desgraciada a su esposa.

—Es posible, porque nada hace tan desgraciada a una mujer como que atenten a su vanidad y toda mujer tiene la pretensión de que se la ponga en el altarito de las adoraciones conyugales, aunque aparezca legañosa y paliducha y... (negrucho antes de hora de su *toilette*). Y yo no había de ser de los imbéciles que adoran las muñecas de salón. Ya sabe usted mi profesión de fé, marquesa.

—Que... como usted comprenderá... me tiene completamente sin cuidado—exclamó Cecilia riéndose y mostrando aquella boca fresca

y sonrosada que era causa del tan idolátrico culto como la prestaban sus adoradores.

—Sí... es muy posible que a usted nada la importe, como a mí tan sin cuidado me tiene lo que a otros tanto preocupa y alucina.

Cecilia midió a Rafael de arriba abajo con una mirada y dijo a la condesa como para variar de conversación:

—Está esto muy animado... Hay muchas más caras...

Entretanto, Octavio tomó del brazo a Rafael, y se alejaron de allí diciendo el primero a su amigo:

—Hombre, Rafael, has estado con Cecilia hasta grosero inclusive.

—¡Oh! Esa divinidad de pies de barro necesita de alguien que la derribe de su pedestal, Octavio.

—Yo creo que te has conquistado su antipatía.

—No le seré yo tan antipático, como antipática me ha sido ella.

—¿Es posible?

—A tí te parece eso imposible, ¿eh? pues a mí no. Es una tonta rematada y con más orgullo y vanidad que una Semíramis destronada.

—¿De modo que, aunque presentado a ella, no piensas tratarla?

—Me es indiferente... Pero siempre que nos encontremos, tendremos que chocar.

Y hablando los dos amigos, se dirigieron al conde a quien dijo Rafael:

—Querido conde: ¿no habría por ahí un pequeño rincón donde pudiésemos fumar?

—¡Sí hombre, ya lo creo! En la *serre* pueden ustedes hacerlo, porque están recorridos los

toldos y abiertos los ventanales. En un cuartito de al lado, tienen tabacos de las dos clases,

—Gracias, conde.

Y los dos amigos se dirigieron a la magnífica *serre* llena de plantas tropicales, que no necesitaban de las estufas para su cultivo y desarrollo espontáneo.

IV

Futuros enemigos

Una vez instalados en la *serre* y provistos de magníficos brasileños de uno de los ingenios del conde, dijo Octavio Barceló a su amigo Rafael;

—De modo que nada... no te gusta nuestra soberana...

—Gustarme... es otra cosa que serme simpática. Hay mujeres muy hermosas a quienes daría uno de bofetadas y esa es una de ellas. Reconozco que es hermosísima, tentadora, capaz de inspirar una pasión imbécil a tontos como tú y como otros de los que estáis locos por esa mujer.

—Bueno... ¿Pues tú ves todo lo antipática que te ha sido?

—Sí, ¿qué?

—Que pronto has de amarla con locura,

—¿Yo, eh? ¡Ya voy! ¡Espérate un poco!

—¡Sí! ¿Tú que has de decir? No confesarás nunca que la amas; pero yo tengo por muy seguro, que la amarás sin confesarlo, y será para tí una tortura insoportable.

—Eres mal profeta, Octavio; desengáñate. Yo, no podré amar nunca a esa mujer.

—Lo que tú harás, como si lo viera, es alejarte, huir de ella cuanto puedas para no caer en sus redes.

—Te equivocas, amigo; no pienso huir; al contrario: ¿No recibe ella en su casa ciertos días de la semana?

—Sí, los martes.

—Pues el martes que viene, irás a buscarme a casa, y los dos iremos a la de la marquesa.

—¿De veras?

—Lo dicho. ¿Qué se hace allí?

—Pues se habla de todo, porque su tertulia se compone casi toda de hombres y allí van políticos, literatos, periodistas, artistas,... Se hace música, se descifran charadas, se recitan versos...

—¡Vamos... el aburrimiento elevado a la centésima potencia!—exclamó riendo Rafael.

—Tú no te aburrirás allí porque eres ilustrado, hablas bien, y puedes lucir tus facultades oratorias, que a ella tanto la encantan, como que dice que en Madrid, de soltera y de casada no perdía casi una sesión del Congreso, sobre todo aquellas en que hablaban Castelar, Moret, Cánovas del Castillo y otros oradores. Aquí... no los tenemos ni nuestra tribuna se hace notar por la elocuencia de nuestros diputados, que no hablan más que de cuestiones de Hacienda que

tanto aburren a las mujeres. Tú, en nuestra tertulia, serás el Castelar que la entusiasme; y si tú no te muestras groserote y zafio como lo has sido con ella esta noche, todavía podemos esperar asistir a vuestra boda...

Una sonora carcajada de Rafael fué la contestación que dió a su amigo.

—¡Me voy!—dijo levantándose.

—¡Qué! ¿No esperas a la cena?

—¡No! Tengo sueño... Despideme de la condesa. Si lo hago yo, me va a comprometer a quedarme y no quiero. He de levantarme temprano para ir a San Paulo donde he de defender un pleito... Con que, adiós.

—Como quieras. ¿He de anunciar a Cecilia tu presentación en su casa?

—Si así lo crees oportuno...

—Así la predispondré en favor tuyo para que te perdone...

—¡Que me perdone!... ¡Calla hombre! Si yo no necesito su perdón. Al contrario... He de tener un sumo placer en mortificarla, en rebajar su orgullo, en quitarla moños, como dicen en España.

—También ella emplea esa frase.

—Pues que se la aplique ahora conmigo.

—Mira no te la aplique a tí, y salgas con las manos en la cabeza, Rafael.

—Pero... ¡cómo! ¿Diciéndome alguna desvergüenza que me ofenda y me haga no volver a pisar su casa?

—¡Oh, no! Ella no es capaz de eso; pero... el peligro no dimana de ella, sino de tí mismo.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—Porque el peligro está en que te enamores de ella y cuando quieras acordar...

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Tú deliras, amigo! ¡Tal vez nos conozcas enemigos irreconciliables; pero amantes! ¡Nunca, nunca!

—No precisamente... amantes los dos, sino loco por ella, y ella...

—¡Burlándose de mí! ¿No es eso?

—Triunfando como ha triunfado de todos nosotros...

—¡Estás fresco! No se verá en ese espejo tu soberana. Yo te lo aseguro.

—No te lo deseo...

—Bien; adios y hasta el martes que ya estaré de vuelta de San Paulo.

Separáronse en el guarda ropa, donde Rafael tomó su sobretodo y Octavio volvió al salón.

*

* *

El baile estaba animadísimo.

La mayor parte de las mujeres se habían quitado los capuchones y antifaces, y lucían sus encantos exageradamente descubiertos, como en país alguno los muestran las mujeres.

Hombros, pechos espaldas, todo brillaba a la luz de las lámparas eléctricas con todos los tonos, desde el moreno cetrino casi de sepia, hasta el blanco deslumbrador de la nieve 'inmaculada del Cotopaxí o del Himalaya.

Abundaban las morenas, casi todas hermosas, hijas del país y de otros americanos; y las había blancas y rubias de familias europeas del Norte, esposas e hijas de representantes de países escandinavos, eslavos o sajones.

Y entre todas aquellas bellezas, descollaba con la suya suprema, e incomparable Cecilia Olivença la hermosísima marquesa viuda de Porto Seguro.

Cecilia no bailaba y estaba sentada al lado de una vieja baronesa con quien hablaba, bostezando aburrida, sin duda con la conversación de la anciana.

Octavio se acercó a Cecilia.

—Marquesa, ¿me hace usted el honor de bailar este vals conmigo?—la dijo.

—Octavio... daré con usted un paseo por el salón, porque deseo hablar con usted; pero no bailaré porque me mareo... y me caería redonda al suelo.

Levantóse Cecilia, arregló algún pliegue de su falda, tan estrecha que modelaba toda su escultural figura, obligándola a andar como ahora andan las mujeres, como las japonesas, a pa-sitos cortos.

Tomó el brazo de Octavio, abrió su abanico *mignón* de nácar con caritas de chinos de marfil, y los dos empezaron a pasear por los lados del salón donde no tropezaban con parejas de las que valsaban.

—¿Decía usted, marquesa, que tenía que hablarme?

—Sí... una tontería... una curiosidad pueril o más que pueril, de mujer.

—¿Y qué era lo que deseaba usted saber?

—Dígame, Octavio... ¿quién es ese joven que me ha presentado Elvira?

—¿Quién, Rafael Ozaya?

—¡Ah! ¿se llama... Rafael?

—Sí, Rafael Ozaya y Sotopomo...

—¿Qué es?

—Pues es... abogado, poeta, escritor, y al mismo tiempo, un oso de Siberia que huye de la gente; que no goza con nada más que con los libros o viajando; que detesta el matrimonio, y a quien no se ha conocido ni novia ni querida, ni afecto alguno como no sea el que me tiene a mí, como amigo, a su caballo *Cierzo*, y a su perro siberiano *Czar*.

—¿Pero de dónde ha salido ese hombre?

—Pues de la Universidad.

—Pero... si según usted, ese caballero es un salvaje.

—Un salvaje civilizado y de mucho talento.

—Talento... eso sería preciso probarlo.

—Lo tiene bien probado, marquesa, en sus escritos y en sus defensas como abogado.

—¿Cree usted que el talento sólo consiste en hablar y escribir correctamente y con propiedad, como enseña la gramática?

—No señora, es algo más. Un hombre podrá ser muy gramático y carecer de ingenio.

—Es que el talento no es sólo el ingenio: es la discreción, la oportunidad, que justamente es lo que creo le falta a su amigo y por consi-

guiente, le falta talento que es ser, como si dijéramos... tonto.

—En fin, marquesa... usted podrá conocerle a fondo...

—No... no tengo ningún interés en ello.

—Sin embargo... yo he adquirido con él un compromiso.

—¿Qué compromiso, amigo Octavio?

—El llevarle a la casa de usted...

—¡A mi casa!

—¿No se lo han presentado a usted?

—Sí.

—Pues es natural, que recibiendo usted a sus amigos los martes, él que ya se encuentra en el número de ellos...

—¡Ah! El se cuenta...

—Entre sus amigos de usted.

—¡Pst! Es un hombre... francamente, cuya amistad no apetezco.

—¿Por qué?

—¿Quiere usted que le sea franca?

—Seguramente.

—Pues bien: su amigo de usted me ha sido completamente antipático.

—¿Es posible?

—Como usted lo oye.

—¡Es raro!

—Su modo de producirse, es algo ordinario...

—No es un hombre de salón; pero educación no le falta.

—Sobre eso habría mucho que hablar, Octavio.

—¡Oh! Yo le tengo por un hombre muy correcto.

—Muy correcto; pero de carácter odioso.

—Usted lo dice por sus desplantes... sus descaradas contestaciones...

—¡Es insoportable! Es un hombre que se hace antipático desde que se le habla la primera vez.

—Es un poco raro... sí... pero... ¡

—No es raro es... sencillamente mal educado. A ninguna mujer se les habla en un tono despectivo, burlón y satírico que le he visto emplear al serme presentado...

—Ya verá como tratándole, varia usted de opinión Cecilia. Rafael es un buen muchacho, después de todo...

—Yo no dudo de su bondad: dudo de su educación, porque para muestra basta un botón y el botón que ha presentado esta noche no es de los de más gusto.

—Espero que han de ser ustedes muy amigos porque los dos están en un error.

—¡Ah! ¿Luego ese señor ha formulado un juicio acerca de mí?

—Sí... hemos hablado de usted... y...

—¿Y qué?

—También él juzga a usted tan equivocadamente como usted á él.

—Y... qué dice, qué dice de mí?

—Que es usted muy bella; pero que está usted muy orgullosa con su hermosura.

—¿Y por qué he de ser hipócrita y he de ocultar que conozco que la poseo? Y si soy bella, ¿por qué no he de estar orgullosa de serlo? ¿No lo está él con eso... que usted llama su talento? ¿No lo está el rico con sus riquezas y hasta el filántropo no se siente orgulloso de ser bueno?

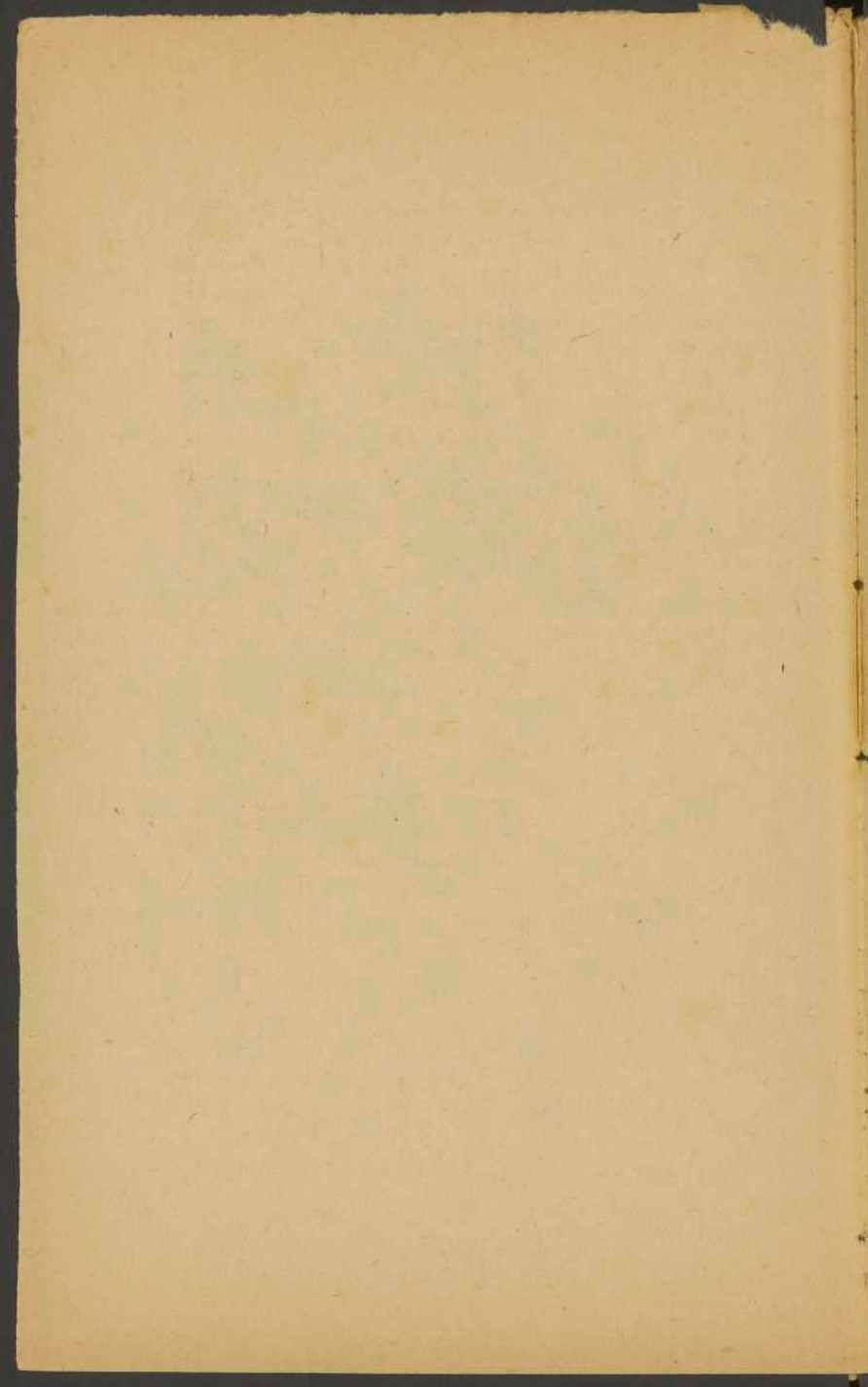
—Seguramente. El orgullo de la belleza propia la realza a usted; pero él es un carácter especial: lleva en sí un espíritu de revuelta contra toda dominación; y como sabe que nos tiene usted dominados a todos los que la adoramos y admiramos idolátricamente, él protesta de esa dominación que yo le he confesado, y asegura que jamás, jamás jamás, se dejaría dominar por usted.

Cecilia se sonrió y dijo:

—Eso será... (hasta que yo quiera, Octavio.

—Sí, ya lo sé pero... creo que él se ha de defender heroicamente. /

—Bien... lléVELO usted á casa el martes, y... ya hablaremos.



V

Declaración de guerra

Rafael volvió á su casa y por primera vez se encontró más solo que nunca.

—La verdad es—dijo mientras se despojaba del frac y los pantalones negros y del cuello derecho, y la almidonada camisa y los substituía por un cómodo traje ancho de dril y unas zapatillas, y encendiendo un tabaco, aunque eran las dos de la mañana y parecía natural que deseara acostarse, se dejó caer en una butaca, y lanzando algunas bocanadas de humo murmuró:

—Nó... y lo que es hermosa... hermosa lo es sin compañera que la iguale.

Quedose pensando mientras miraba inconscientemente deshacerse en el aire las espirales de humo, sin percatarse de que el tiempo corría y que pronto iba a amanecer, y él, que

era generalmente muy dormilón, todavía estaba en pie.

¿Cuántas horas estuvo allí clavado en aquella butaca?

Solo cuando las primeras luces del alba comenzaron a blanquear con su matiz lechoso y deslavazado el interior de su gabinete, miró el reloj que tenía sobre una mesa, pendiente de la boca de un león de bronce como pisa-papeles y exclamó:

—¡Demonio! Las cinco de la mañana... ¡La dichosa mujer...! ¡Pues no me ha quitado el sueño como una taza de café sin azúcar! ¿Por qué diablos he de pensar en ella si me es tan antipática, con su aire de reina destronada? ¡Vaya, vaya! Que sea yo como ese imbécil de Octavio y sus amigos, del zaguanete de alabarderos de la bella marquesa, y me vaya yo a enamorar como un estúpido de ella. Tendría que ver. ¡Ea! A dormir Rafaelito y a no ser tonto como Octavio y demás idólatras de esa diosa de carne y hueso que es como cualquier otra, y que todo sería emplear un poco de astucia para hacerla caer como todas caen cuando se sabe hacerlo con talento...

Y esto se decía mientras en su dormitorio se desnudaba.

Después metióse en la cama, y apagó la luz eléctrica que tenía a la cabecera.

Quedóse a oscuras.

Pero como acontece cuando la imaginación está muy impresionada, cuando sus ojos no vieron nada de lo que podía distraer la suya, y nada oía en el silencio solemne que reinaba, ofreciose a su mente más clara, más brillan-

te más determinada la magnífica figura de la marquesa, con sus negros cabellos peinados a la griega y cubiertos por ancha red de perlas, y con sus hombros desnudos, sus senos mal cubiertos, sus espaldas al aire hasta la cintura, sus redondas caderas ondulantes al andar, y aquellos ojos... aquellos ojos que parecían taladrar el alma con su mirada velada, y voluptuosa, y aquella boca incomparable, para lo que parece se escribió aquello de

Son tus labios un rubí
partido por gala en dos
arrancado para tí
de la corona de un dios.

Rafael hacía esfuerzos por alejar de su mente aquella hermosa imagen tentadora; pero no pudo lograrlo.

Dos horas después de haberse acostado estaba tan despierto como al principio.

Cansado de dar vueltas en el lecho, sin poder atraer el sueño, saltó de la cama, descubrió las cortinas de la ventana de su dormitorio dejando penetrar la luz del día, y se vistió para salir a caballo, que mandó ensillar.

Cuando el noble *Cierzo* estuvo preparado, limpio y brillante como un raso, y ensillado con un pequeño galápago, poco mayor que el asiento de una bicicleta, montó en él, silbó a su perro siberiano *Czar*, y partió al trote hacia el campo.

*

* *

El hotel de la marquesa viuda de Porto-Seguro, estaba situado en una solitaria y silenciosa alameda de los alrededores de Río de Janeiro.

Era un hotel suntuoso construido en lo alto de una enorme pendiente y precedido de un vasto parterre cubierto de magníficas flores tropicales y adornado con bustos de mármol a la romana, sobre pedestales de forma piramidal invertida y con una gran fuente, en medio de la cual se levantaba un claro y copioso surtidor que se deshacía en líquidos brillantes que en ciertas posiciones del sol, aparecían irisados y ofreciendo el más hermoso aspecto.

Eran las siete de la mañana, y ya la marquesa Cecilia de Olivença estaba en el jardín re-

cojiendo flores en un canestillo de mimbres que llevaba pendiente del brazo.

Y sin embargo, Cecilia se había acostado a las cuatro de la mañana; aunque tal vez, como Rafael, no había podido conciliar el sueño.

Y así era en efecto.

Habíala vivamente impresionado aquel desdén mostrado por Rafael Ozaya hacia su egregia belleza, y las noticias que había tenido por Octavio, del juicio que le merecía a su amigo.

Y, sin embargo de que a Octavio le asegurara que si quería dominaría a Rafael como a sus demás adoradores, cuando se encontró sola con sus recuerdos de aquella noche, hizo un gesto desdeñoso y murmuró:

—A ese hombre solo hay que tratarle con el más soberano desdén. ¡Vaya un tipo que es el tal Ozaya!

Pero el caso era, que *el tipo* no se separaba de su memoria y sentía ella hervir en su pecho cierto deseo de venganza y de hacerle sufrir.

¿Fué instintivamente, inconscientemente o calculado a propósito, que condujo a Rafael en su paseo matutino por aquella alameda solitaria y silenciosa por donde dirigía a su caballo *Cierzo*?

Indudablemente, Rafael no pudo creer que Cecilia estuviera levantada a las siete de la mañana, debiendo de haber salido del baile mucho después que él y acostarse a las tres o las cuatro de la mañana; y ninguna americana de posición, se levanta a semejante hora, cuando para ellas siempre amanece a las doce o la una del día.

Fué instinto de curiosidad, indudablemente.

Habíale dicho Octavio donde vivía Cecilia; y aunque él recordaba haber visto aquel hotel, nunca se había fijado bien en él y no lo conocía detalladamente.

¿Por qué entró en ganas de verlo y conocer detalles de aquella mansión?

Pues sencillamente como resultado natural de aquella completa concentración de su pensamiento en su necesario y único objeto que tenazmente absorbía todas sus ideas y facultades mentales.

Y observando él mismo aquel fenómeno de su inteligencia y de su memoria, refase diciendo:

—¡Demonio! Ni que estuviera yo enamorado de esa mujer la tendría tan presente a todas horas, en todo momento, como una de esas cancioncitas pesadas, que repetimos mentalmente cien veces al día cuando su música invade las células de nuestro cerebro.

Y obedeciendo a aquella idea que le dominaba, fué como dirigió sus pasos, o más bien los de *Cierzo*, el noble potro, por aquella alameda.

Quería ver más detalladamente aquella vivienda de la que solo conservaba una lijera idea como de transeunte indiferente.

El hermoso siberiano *Czar*, grande, huesudo, de cabeza larga y hocico puntiagudo, pelo blanco y rizado y cola de forma de marabut, corría unas veces delante de su amigo el potro *Cierzo* otras veces se detenía a oler el pie de un árbol y dejar señales de su paso; y

justamente al entrar en la alameda *Czar* corría delante del caballo a larga distancia.

La verja del jardín de Cecilia estaba abierta y *Czar* entró por ella sin pedir permiso, por supuesto, y se detuvo al ver a Cecilia, como avergonzado de su osadía.

Pero Cecilia, murmurando:

—¡Qué magnífico perro!

Hízole una seña llamándole y el noble animal se acercó a ella con la cabeza baja, dejándose acariciar la huesuda cabeza y largas orejas.

Y al ver grabadas algunas palabras en su collar de plata que llevaba al cuello, oyó un silbido y una voz que llamaba:

—¡*Czar*! ¡Aquí!... Toma *Czar*.

Levantó la cabeza Cecilia y no pudo reprimir un ligero grito, al reconocer en el ginete que había en la puerta a su incipiente enemigo Rafael Ozaya.

Hecho esto delante de la abierta cancela y al reconocer a Cecilia en la mujer que acariciaba a su perro, exclamó saludándola cortesmente quitándose el sombrero que conservó algún tiempo levantado en su mano.

—Perdónele usted marquesa... Los perros son como algunos hombres; no saben lo que se hacen.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque mi *Czar* ha tenido un atrevimiento imperdonable hasta en un perro de llegar hasta usted sin doblar las rodillas y lamerle los pies.

—¿Le tiene usted enseñado a esas humillaciones?

—Dios me libre, señora, de equipararlo con algunos hombres...

! —¿Cree usted que un hombre se rebaja humi-llándose ante una mujer?

—Usted mismo le ha dado a eso... el nom-bre de «humillación».

—Llevado el acatamiento hasta el punto de doblar la rodilla y lamer los pies... si... es una humillación; pero no crea que sea humillan-te el...

—Si, el prestar pleito homenaje a una be-lleza.

—A una señora.

—Distingamos, marquesa: a una señora, se la respeta, se la considera siempre; es solo a las grandes bellezas a las que algunos tontos rinden completo vasallaje. A esto le llamo yo humillación.

—Sin embargo es la belleza de tan excelsa majestad que solo a la majestad del talento es comparable. Usted que pasa por ser de los (que lo poseen, no habrá dejado de sentir al-gún sentimiento de vanidad al escuchar el pú-blico aplauso...

—Usted pretende juzgarme a mí por usted misma, marquesa. Yo por fortuna practico el *nosce te ipsum* del filósofo latino, y he llega-do a saber que no sé nada. Carezco de vani-dad; pero no de orgullo, que es muy distinto y tengo un placer en abatir la frente que se levante altanera ante mí.

—Exponiéndose usted a la recíproca...—repuso Cecilia.

—¡Oh! Yo no asesino... me bato...

—Creo que los dos hemos de ser dos ami-

gos... *irreconciliables*, aunque la frase sea algo paradójica.

—Lo parece, pero no lo es; porque muy bien podemos ser amigos y sin embargo tirarnos al codillo cada uno desde su punto de vista especial.

—Sí, sí... Nuestros caracteres son a modo de dos chiquillos locos que corren en direcciones opuestas y chocan sus cabezas y se caen ambos al suelo.

—Yo no me he caído todavía...

—Ni yo tampoco...

—¿Está usted muy segura... de no caer?

—Tengo firmes los pies y la cabeza—dijo Cecilia sonriendo nerviosamente.

—Lo celebro mucho. Los ídolos de pies de barro son muy frágiles y es verdaderamente un triunfo cuando la victoria se obtiene contra un ídolo de pies de bronce.

—¿Pero es que usted se propone obtener sobre mí alguna victoria?

—¡Yo! ¿Quién dice tal? No tengo semejan- te empeño; porque sin desconocer que puede usted pasar por hermosa entre las hermosas, no es la belleza de usted de las de mi tipo...

—Lo siento; porque seríamos dos tipos muy notables—contestó riendo Cecilia.

—Sí, y muy originales... Lástima que no podamos tratarnos con más frecuencia. Lo que podríamos divertirnos uno a costa del otro...!

—¡Oh! Será porque usted no quiera... Yo recibo a mis amigos y a... mis enemigos los martes, y si gusta usted honrarme con su visita...

—Honrareme y honraré a usted con la mía. A los pies de usted marquesa...

—No tan bajo señor de Ozaya.

—Es verdad... pues... Beso a usted la mano, marquesa...

—Y yo estrecho la suya señor de Ozaya...

Rafael silbó al perro, y dando espuelas al caballo, partió al trote largo seguido de *Czar*, que corría al par que *Cierzo* por la alameda.

Cecilia permaneció inmóvil hasta que desapareció Rafael.

—¡Imbécil! Crée que va a humillarme con su altivo desdén... Yo le aseguro...

Lo que pasó por la mente de Cecilia solo Dios y ella lo supieron.

Ello es, que cuando entró en su casa, llevaba el rostro ceñudo y su mano, libre del canastillo de flores que sostenía con la otra, amenazaba con el puño cerrado sin duda a la imagen que llevaba en el pensamiento.

VI

Las primeras emboscadas

Llegó el domingo.

El paseo principal de Río de Janeiro veíase concurridísimo así de carruajes como de peatones que pasaban por las alamedas del Parque.

Los niños al cuidado de las niñeras negras, vestidas con colorines chillones jugaban en las plazoletas donde no corrían peligro de ser atropellados ni estorbaban el paso.

Una música de un regimiento amenizaba el paseo.

Los carruajes circulaban por la gran avenida uno detrás de otro, y por el centro corrían o caminaban al paso muchos ginetes elegantes y oficiales de caballería.

La tarde era espléndida.

Había pasado la época más calurosa del año;

y aunque en Río de Janeiro a los veinticinco grados de latitud, Sur y casi bajo la línea del Trópico de Capricornio, no hace nunca frío, la brisa era más fresca y agradable que cuando reina un calor de cincuenta grados a la sombra.

En una carretela descubierta, con cochero y lacayo con pelucas blancas y calzón corto casaca inglesa y medias de seda negras, iba reclinada sobre almohadones, la marquesa de Porto-Seguro Cecilia de Olivença.

Llevaba abierta una sombrilla blanca de seda pintada por Guopil en París con ramos de lilas y rosas de té; y del blanco disco destacábase el hermosísimo rostro de Cecilia bajo un sombrero de alas grandes adornado con plumas blancas de las de doscientos francos la pluma.

Iba vestida con un traje rosa pálido, color que sentaba admirablemente a su tez morena de color de perla de Oriente.

Por toda joya una argolla de oro, cuajada de brillantes y turquesas, adornaba su brazo, que sostenía el puño de márfil de la sombrilla.

Del sombrero, que era de paja de Italia se escapaban unos pequeños tirabuzones que rodeaban su rostro como virutas retorcidas de ébano.

Ningún pincel podría reproducir fielmente aquel tinte suave de su rostro que en otra mujer hubiera pasado por exagerada negrura y que tenía una frescura y una transparencia in-materiales, cuyos colores no parecían producidos por la sangre que iluminan nuestras fibras.

Aquella magnífica cabeza no satisfacía tan-

to por la corrección del dibujo, como por el color caliente de su tez morena y eso que sus contornos eran tan puros y delicados como los perfiles antiguos trazados en el ágata de los camafeos.

Todas las miradas de hombres y mujeres se detenían en Cecilia radiante como una diosa en su carruaje forrado de raso azul celeste.

Como relacionada con toda la buena sociedad de Río de Janeiro Cecilia saludaba a cada momento a las damas cuyos carruajes se salían de fila y corrían de paso para salir del paseo, y devolvía, sería como una reina egipcia, los saludos de los ginetes que encontraba, algunos de los cuales se acercaban a su carruaje, la saludaban y seguían al estribo hablando con ella.

Eran estos los adoradores desengañados que, no obstante seguían uncidos al carro de la diosa.

A cada lado llevaba tres o cuatro: el zaguanete completo, la escolta del regimiento de la adulación que llevan algunas mujeres, gozosas con la idea de que mortifican a otras, ya por envidia o por celos, si alguno de los adoradores es novio, amante o marido.

Sin embargo de ir distraída con la charla banal y estúpida de los idólatras de la desdichosa deidad, Cecilia parecía esperar y buscar entre los ginetes uno que la interesaba que la viese así rodeada de aduladores y tan expléndidamente bella.

Contestaba distraídamente a veces sin haber oído lo que la decían sus alabarderos.

Al fin un relámpago de satisfacción brilló en

su rostro que pareció iluminarse con luces de alegría.

¡ Cualquiera hubiese dicho que Cecilia había visto a algún hombre amado a quien esperaba, con impaciente afán, ver aparecer en el paseo.

Y sin embargo el que causaba en ella aquella emoción, era un hombre que la inspiraba no antipatía, sino odio, que es muy distinto; porque se puede odiar a una persona que por otro lado es simpática, así como hay antipatías que excluye todo sentimiento de odiosidad.

Aquel hombre, ya se habrá comprendido que no era otro que Rafael Ozaya.

Antes de aquel día habíale visto tal vez en el paseo y no había fijado en él su atención.

Aquel hombre había cometido con ella la mayor y más imperdonable de las vilezas.

Había hablado de ella en el paseo delante de algunos de sus adoradores y la había bautizado con el apodo de *la Vénus Negra*.

Y era este un desprecio tal hacia lo que en ella parecía constituir su mayor vanidad, el color de perla de su rostro en el que parecía notarse los cambiantes irisados de la perla de más hermoso Oriente.

Al pasar próximo a la carretela de Cecilia, Rafael la saludó quitándose el jipijapa e inclinándose sobre el cuello del caballo pero con una sonrisa burlona, que solo ella pudo traducir con la gran penetración de mujer talentosa.

Al verle Octavio, uno de los que escoltaban a la hermosa viuda, le gritó a su amigo:

—¡Rafael! Ven hombre, ven...

—No puedo... voy de prisa, contestó Rafael, que llevaba su caballo *Cierzo* al paso castellano.

—Déjele usted Octavio... ¿No vé usted que va recreándose en sí mismo?—dijo Cecilia.

Aquella salida de despecho, promovió la hilaridad de los alabarderos, que prorrumpieron en una imbécil carcajada, que, por fortuna, no llegó a los oídos de Rafael.

Al dar la vuelta a la avenida pasó al otro lado un landó espléndido en el que iban dos mujeres.

Al estribo izquierdo iba Rafael que afectó no ver el carruaje de Cecilia, embebido aquel en animado diálogo con las dos damas de la carretela.

Eran estas madre e hija.

La primera, era una completa mundana, de conducta muy dudosa, guapa todavía a pesar de sus cuarenta y cinco años... corridos de peso, y gustaba mostrar su hermosa dentadura en lo que tenía especial vanidad para que viesen que no era postiza.

! Era gruesa, con formas por demás voluminosas y un *bon point*, que dicen los franceses aún apetecible.

Llamábase Amalia Pedreiro de Silva y era viuda desde hacía diez años.

La joven era una lindísima muchacha, muy rubia, más blanca, que diría Teófilo Goutier, y más pura «que la nieve virgen caída durante la noche en la cima más alta de los Alpes».

Era alta, muy esbelta casi delgada pero con formas virginales muy pronunciadas.

Sus ojos azules como el cielo de su país y

como los de su padre que se suponía lo era un inglés agregado a la embajada británica, que mató en desafío de un pistoletazo al marido de Amalia.

«Trás cornudo, apaleado».

Sus facciones eran correctas como las de una astátua, y había en toda su fisonomía un aire de candor que contrastaba con el malicioso y provocativo de su madre.

Serafina tenía diez y ocho años y era heredera de varios contos de reis, que equivalían a dos millones de duros españoles.

Había sido educada en una pensión religiosa desde los ocho hasta los diez y seis años e ignoraba todas las trapisondas de su madre, no solo por aquel alejamiento en que Amalia procuró tener a su hija para estar libre, sinó porque era la inocencia personificada e ignoraba hasta lo más elemental del pecado.

Estaba enamoradísima de Rafael Ozaya lo que ni disimulaba ni callaba porque en su gran inocencia y desconocimiento del mundo, creía muy natural decir lo que sentía.

Habíanselo dicho a Rafael que frecuentaba la casa con más asiduidad que otra cualquiera, pero siempre sin interés alguno, ni por la madre ni por la hija a la que compadecía por su desdichado amor al que él no podía corresponder, porque ni Serafina era su tipo, ni era codicioso que le atrajese el cebo de los dos millones de duros.

No fué tampoco por mortificar a Cecilia por lo que se aproximó al carruaje de la de Pedreiro de Silva porque no podía suponer que una mujer a quien tenía el previsto de mortificar

en su amor propio pudiese amarle y, por lo tanto no había de sentir el aguijón de los celos.

Pero, como lo que él deseaba, era demostrar a Cecilia que le era en absoluto indiferente, y que no era de los que se sometían al imperio de su belleza, alegróse de ver de reojo pasar el carruaje de Cecilia cuando él, inclinado sobre el cuello de su caballo *Cierzo*, hablaba con Serafina, que levantaba hacia él sus grandes ojos azules, rodeados de largas pestañas de un color de bronce dorado que parecían esos hilos de oro con que los numaturistas de la Edad media rodeaban las cabezas de las vírgenes en los códices y breviarios.

Serafina parecía feliz hablando con Rafael, y su madre mostraba en sus labios esa sonrisa de satisfacción de todas las madres cuando algún hombre de mérito y buen partido distingue a su hija.

Como recién llegada Cecilia de un viaje por los Estados Unidos, que había durado un año, no conoció a Serafina, que cuando ella salió de Río de Janeiro aún no se había presentado en sociedad y apenas si conocía a Amalia Pedreiro a quien no trató nunca cuando volvió al Brasil después de viuda, para tomar posesión de la herencia de su marido.

Sorprendida al ver a Rafael al parecer tan amartelado con Serafina, Cecilia hizo una seña a Octavio para que se inclinase hacia ella y le preguntó con sospechoso interés:

—Diga... ¿quién es esa joven con quien habla su amigo de usted Ozaya?

—Serafina Silva, la hija de Pedreiro. ¿No la conoce usted?

—Nó... ni sabía que la de Pedreiro tuviese esa hija...

—Hace dos años que salió de la pensión francesa donde se ha educado hasta los diez y seis años. Está loca por Rafael y ella lo dice a todo el mundo... Es una criatura inocente y sin mundo...

—¿Y él?

—¿Qué?

—¿Está... también loco por... ella? ¡

—¿Rafael? ¡Calle usted marquesa! Rafael no es capaz de enamorarse ni de la diosa Venus, que se le apareciere en carne y hueso.

—¡Le veo muy amartelado!

—¡Bah! El sabe que la chiquilla le quiere, que está enamorada de él y... naturalmente... le complace y halaga su amor propio el verse así querido...

—¿Y es ella rica?

—¡Una friolera! Tiene dos millones de pesos mejicanos; porque ella y su padre proceden de Méjico, de Orizaba donde tienen vastísimas posesiones; es decir ella, porque ya sabrá usted que el padre de Serafina murió en un duelo.

—Sí, algo sé de eso; pero no me interesa. ¿Cree usted que al fin Ozaya caerá en la red de los dos millones, verdad?

—Difícil lo veo, porque cuando usted no le ha flechado como nos ha flechado a todos, no hay mujer alguna que le conquiste, ni por su belleza, ni por su dinero.

—Es que yo, hasta ahora, no he tenido empuño alguno en flecharle, como usted dice.

—Pero se ocupa usted demasiado de él, para que no crea que...

—¡Vaya, vaya, Octavio! Quizás me creará usted enamorada de ese Antinoo, de ese Apolo del Velveder...

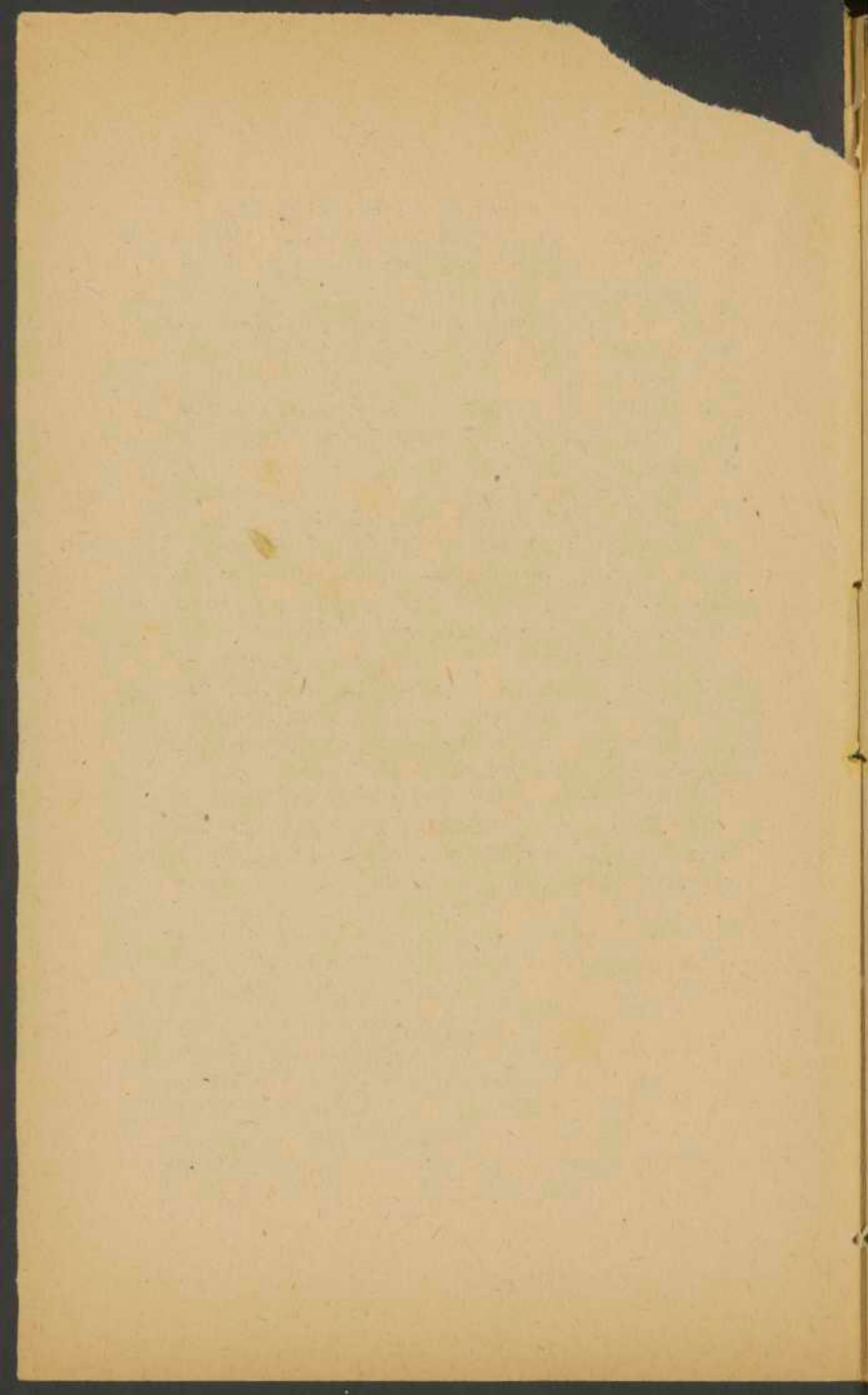
—Sería raro, sí; pero yo no he visto que se haya usted preocupado tanto por ninguno de los que ha ido usted desahuciando.

—Es que su amigo, es un tipo original, y me gusta estudiar esas originalidades,—contestó riendo la marquesa y mirando a Octavio de aquel modo que tenía de mirar que sugestionaba a los hombres, y los magnetizaba manteniéndoles siempre bajo su dominio.

Octavio se sintió feliz, porque en aquella mirada había promesas, que Cecilia distribuía entre todos sus adoradores, sin cumplir ninguna.

El carruaje de la de Pedreiro había pasado ya y Cecilia ordenó a su cochero que saliese de la fila y la condujese a su casa.

Despidióse de Octavio, y de otros dos alabarderos que llevaba al estribo opuesto, y el carruaje partió para la ciudad.



El octavo no mentir

Llegó el martes siguiente, día de recepción de la marquesa de Porto-Seguro.

Bajo una magnífica lámpara eléctrica con pantalla color de rosa, de seda adornada con capullos de azahar veíase en torno de una mesa dorada cuatro o cinco cabezas de hombres, unos calvos otros con blanca raya dividiendo el cabello muy pegado a la piel como las lanas de un perro al salir del baño; y sentada en un *puf* de raso de color de guinda y apoyado el codo en la mesa y la barba en la mano, estaba la diosa a quien aquellos imbéciles adoraban, consultando figurines y escogiendo faldas y blusas y escotes como si fuesen damiselas amigas de la dueña de la casa.

Al anunciar un criado a Rafael Ozaya, los amigos de Cecilia, que constituían el zaguane-

te de alabarderos recogieron apresuradamente los figurines, y los rechazaron entre los álbumes revistas y retratos, como si les hubiera dado vergüenza de que les sorprendieran en tan femenil ocupación, solo por halagar a la diosa, aconsejándola aquellas formas de trajes con que decían había de estar sublime, encantadora, el colmo de lo *smart*, de lo *pchut* de lo *begarrre* de lo *snob*, de todo eso que han inventado los franceses y se repite en todos los países, pero siempre en el original francés.

Cecilia se levantó y tendió su mano a Rafael con sonrisa burlona, diciéndole:

—Creí que ya no vendría usted señor de Ozaya,...

—Marquesa... aunque no fuera más que por corresponder a la amable invitación de usted... hubiera venido.

—¡Ah! ¡Bien! ¿Es solo por compromiso por lo que viene usted a mi casa?

—Marquesa... ya habrá dicho a usted el amigo Octavio, y presente está y no me dejará mentir, que soy un verdadero oso de Siberia, y que suelo huir de la gente como un salvaje, o un Han de Islandia.

—Pues entonces, siento que lo va usted a pasar muy mal y a aburrirse soberanamente, porque va usted a estar rodeado de gente que hablan mucho, que rien, que mienten...

—Y que adulan—concluyó diciendo Rafael paseando una mirada atrevida sobre aquellos cuatro o cinco imbéciles aduladores.

—Sí, tiene usted razón; que adulan porque ninguno dice la verdad cuando galantea.

—Ese es mi mayor defecto; y reconociendo-

melo por eso huyo de donde la verdad ha de ser un crimen.

—De esos crímenes se huye en sociedad porque para precaverlos está la ley, de la galantería.

—Que es una farsa como otra cualquiera, Otro de mis enemigos: la farsa... Yo no se porque no ha de seguirse el lema de Juan Jacobo Rousseau, *Vitam, etc.*

—¡Oh! Desdichados de los humanos si todo se pudiera decir. Porque... ¿Que cuesta engañar complaciendo? Si yo, por ejemplo preguntase a usted que tal me sentaba este traje color verde mar bordado de plata...

—Le diría a usted que muy mal, porque para ese color, necesita una mujer ser irreprochablemente blanca y usted está muy lejos de serlo. Por consiguiente...

A Cecilia le subieron al rostro los colores de la indignación, como podría sucederle a una reina ante quien no humillase la cerniz un palaciego.

Los alabarderos también parecían avergonzarse, y se retiraron comentando el descaro de Rafael Ozaya.

—Sí...—exclamaba uno de ellos.—Ha dicho la verdad; pero eso no se le dice a ninguna mujer aunque se sienta. Cecilia tiene la pretensión de creer que todos los colores la están permitidos y abusa de esa creencia. El verde mar, no es para una morena, sino para una blanca y rubia; pero muy blanca y muy rubia...

Y así comentando la descarada salida de Ra-

fael siguieron los alabarderos de la marquesa mientras decía esta a Rafael:

—Ya, ya sé que es usted de gusto muy delicado.

—¡Oh! Nó, nó,—repuso Rafael—con gusto muy superficial, pero solo con algún sentido artístico, verá cualquiera que ese dolor no es propio para una mujer muy morena.

—¡Es usted muy galante!—exclamó con tono y sonrisa irónicas la marquesa.

—Seguramente que no le pareceré a usted, no ya galante, sino medianamente educado. La galantería es para la mujer el lenguaje engañador de los diplomáticos, en las cancillerías. Gusta a ustedes que las adulen aunque por dentro se esté el adulador burlando de la adúlada.

—Aunque sea mentira siempre es una mentira agradable, amigo mío; porque la verdad... esa ya yo me la sé...

—Mal se conoce, marquesa.

—¿Por qué?

—Porque si usted conociese la verdad... y con arreglo a ella obrase, no escojería colores que no son para usted y que usted adopta con pretensión y un gusto detestable.

—Entonces... maestro... ¿qué color es el que cree usted que me sentaría mejor?

—El negro, que es el color de las viudas que están en su papel. Usted está desencuadrada y por eso todo la resulta a usted falso.

—No veo en que otra cosa...

—¿No?

—No... no veo en que otra cosa estoy... *desencuadrada*, como usted dice.

—¡Oh! ¡En todo y por todo!

—A ver... diga usted...

—Nó, nó... Está usted muy acostumbrada a no oír más que alabanzas, elogios, lisonjas y le hace a usted daño que le muestren el espejo de la verdad.

—Hombre... Yo quisiera saber en que consisten esos defectos para corregirlos.

—¿Usted corregirse? ¿Usted enmendarse? Permítame usted marquesa que me ría! Ninguna mujer gusta que la echen en cara sus defectos; y como a mí no me interesa lo más mínimo que usted se enmiende o siga consecuen- te con sus defectos, no se los diré a usted porque ni soy su padre, y menos su protector ni usted habría de hacer caso de lo que yo la aconsejare...

—¡Quién sabe!

—Pues en la duda... renuncio al papel de domine y a la práctica de la primera de las obras de Misericordia espirituales: «Enseñar al que no sabe».

Y Rafael hizo una profunda cortesía a la marquesa y se alejó tomando el brazo de su amigo Octavio.

—¡Grosero! ¡Groserísimo!—murmuró Cecilia mirando con ojos rencorosos a Rafael, mientras se alejaba con Octavio.

—¿Sabes querido que si yo hubiese podido prever la mútua antipatía que os profesais Cecilia y tu me hubiese guardado bien de hablar- te siquiera de ella?

—¿Y qué más tiene esa que las otras mujeres, como ella vanidosas, orgullosas, necias...? Y sin embargo, las tratamos, las engañamos...

—Pues bien... Si sabes que eso las seduce y satisface, y que es defecto general de la mujer, ¿por qué te complaces en hacerlo resaltar en ella? ¿Por qué sin saber la causa, te es Cecilia antipática?

—Y yo a ella...

—Sí; pero es porque tú te has empeñado en hacerte antipático con Cecilia...

—Bien sabes, Octavio, que antes de conocerla, y sabiendo por tí que era una mujer que se tiene por irresistible, y que tiene la pretensión de someter a todos los hombres a su yugo, haciendo de ellos unos súbditos obedientes, poseídos de una especie de fetichismo idólatrico, te dije que yo no pasaría esa crisis que dices habeis padecido todos, uno por uno, hasta convenceros de que esa mujer no ama a nadie sino así misma, ni es capaz de amar otra cosa que a ella.

—Yo no comprendo esas antipatías hacia una mujer hermosa...

—Y tan vanidosa como ella...

—Todas lo son.

—Pero sin las pretensiones de dominación que ella.

—Ya verás como, si la tratas mucho, acabarás por enamorarte de ella, y por pasar la crisis que todos hemos sufrido.

—Yo ¿eh? Ya estás fresco, si esperas verme sumarme a vosotros los alabarderos de esa reina del reino de los tontos...

Un criado se presentó en la puerta del salón diciendo:

—La señora está servida.

Esto a tiempo que circulando por el salón

Rafael del brazo de Octavio, volvía a pasar por donde la marquesa hablaba con algunos amigos.

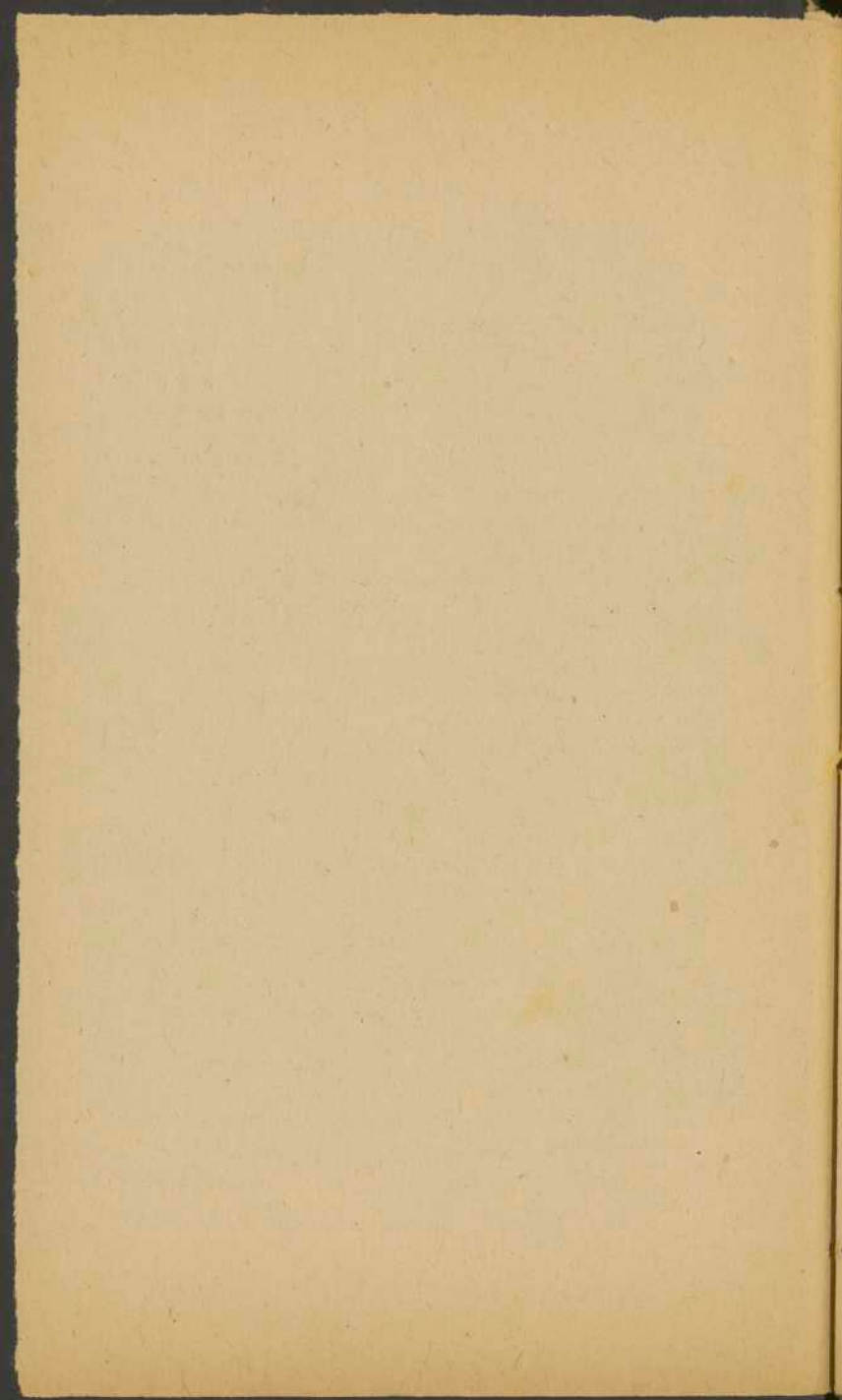
Octavio se apresuró a ofrecerla el brazo; pero Cecilia hízose la distraída y miró a Rafael, esperando que él se lo ofreciese; pero Rafael se lo ofreció a una linda mujer, muy blanca y muy rubia, pequeñita y esposa de un ministro de la República con quien la marquesa transigía porque se había educado con la rubia en la misma pensión, y se querían como amigas.

La rubia era muy apetitosa; ni muy gruesa ni muy delgada, redondita, bien dotada de prominencias, y graciosa y burlona y buena muchacha.

Aceptó el brazo de Rafael al que conocía de vista, teniendo de él y de su excéntrico carácter varias noticias.

Cecilia tomó el brazo de una gruesa baronesa, sin hacer caso del ofrecimiento de los seis brazos que le ofrecían sus súbditos.

Y todos marcharon hacia el comedor.



VIII

El despacho de una mujer

Eran veinticinco a la mesa.

No teniendo sitio señalado, cada cual ocupó con su pareja el que encontró más a mano.

Rafael se sentó a la izquierda de la bella rubia, la señora de Lima, mientras el ministro se sentaba al lado de una robusta matrona, que ponía la boca pequeñita para disimular que la tenía bastante cumplida, los labios carnosos y sensuales y unos ojos pequeños y vivos como los de un ratón, bajo cejas negras, espesas y unidas como las de Ashendros el Judío, errante por toda una eternidad sobre la tierra.

Rafael mostrábase tan obsequioso con la ministra, como satisfecha y alegre ella a quien Rafael no dejaba de tener constantemente las copas de diferentes vinos, llenas hasta los bordes.

Cecilia ocupaba el centro de la mesa, que

es donde modernamente se considera la cabecera, que antes lo estaba en uno de los extremos.

Tenía a su lado a Octavio y a un pintor, y seguía a derecha e izquierda el zaguante completo.

Miraba ella de reojo y sonriendo al contestar a Octavio o a cualquiera de sus compañeros de la guardia negra como si no fijase la atención en ellos, a Rafael y la rubia ministra.

Llamábase ella Conchita y tenía treinta años; pero sus facciones eran tan finas y menuditas que parecía una niña por el rostro, aunque ya se conocía que era talladita por el desarrollo de su cuerpo.

La marquesa, dirigiéndose a su compañera de colegio la dijo:

—Conchita, Conchita... no te fíes de ese seductor...

—Me hace usted mucho favor marquesa—respondió Rafael.—No he tenido todavía el disgusto de seducir a nadie.

—Que tenga cuidado el ministro... es lo único que digo...

—¿Es verdad que es usted tan temible?—le preguntó Conchita mirándole con sus ojitos pardos y graciosos que entornaba al hablar.

—No crea usted a la marquesa. Yo soy un pobre diablo incapaz de hacer el amor a ninguna mujer casada, ni creo que ninguna habría de enloquecer por mí.

—¿Ha experimentado usted eso ya?

—Como yo no me insinué con ninguna, no sé si fracasaría; pero creyéndome inca-

paz de inspirar una pasión, me abstengo de correr el peligro de ser rechazado.

—¿No ha probado usted de hacerse amar?

—No he tenido empeño en ello.

—Pues ahí tiene usted un buen partido...

—¿En quién?

—En Cecilia.

—¿La marquesa?

—Sí. ¿No le gusta a usted?

—Es guapa, sí; pero... no es mi tipo.

—¿Cual es el tipo por usted preferido?

—Las rubias muy blancas, pequeñas y redonditas, como una manzana, de facciones finas y ojos oscuros.

—Entonces quiere decir que yo sería su tipo si fuese soltera...

—¡Ah! ¡de seguro! Es usted una mujer que yo hubiere adorado, la única que realmente lleva todas las condiciones físicas por mí apetecibles.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Ya la cosa no tiene remedio. Si nos hubiésemos antes conocido...

—Nunca es tarde si la dicha es buena...

Y así en aquel tono peligroso siguió la conversación entre los dos.

La ministra estaba muy encendida y brillaban sus ojos con brillo fosforescente; sonreía y bajaba los ojos escuchando con la sonrisa en los labios lo que la decía Rafael.

Luego se puso seria, y a interválos sonriente, mirando a Rafael con la cabeza inclinada como un cazador que hace la puntería.

Otras veces movía la cabeza como diciendo que «no» pero de un modo lento...

Luego dijo que sí, con seriedad, como quien conviene en algo, y púsose pensativa a comer dulce de piña que la sirvió Rafael.

Cecilia había observado cuidadosamente el desarrollo de aquella escena que aunque muda, era perfectamente traductible del lenguaje mímico al oral.

¿Qué le importaba nada de aquello si ella decía que empezaba a detestar a aquel «fantasmón» que se daba la importancia de ser inconquistable por ella para sumarlo al zaguanete o guardia negra sobre la que ella ejercía tan absoluto imperio?

Ella misma, al prestar aquella extremada atención a los manejos de aquella pareja se preguntaba por qué le hacía sufrir el descaño con que se estaban haciendo el amor, sin cuidarse del ministro Lima, que estaba muy entretenido con la mole femenina que tenía al lado, y que, como él, era pequeñito y delgadillo, parecía un polluelo bajo el ala de una clueca.

¡Siempre la ley de los contrastes!

Lima tenía una mujer pequeña y aspiraba a un coloso, y como Conchita tenía el marido pequeñín, sentía inclinación hacia el buen mozo de Rafael.

Cecilia, sin saber ella misma por qué, se puso de mal humor y apresuró el momento de levantarse de la mesa, creyendo que así terminaría aquella atrevida actitud de Rafael y de su amiga y compañera de pensión.

Pero algo quedaría por convenir entre la ministra y Rafael, cuando después de la cena, volvieron a prenderse del brazo y a buscar el rincón de un gabinete próximo al salón, donde tomó ella asiento en un confidente, mientras él, por detrás del espaldar, la contemplaba y reproducía el célebre cuadro *El vértigo*, que ha popularizado una preciosa fototipia.

*

* *

Entre tanto un observador de estos dramas secretos sociales, hubiera podido notar en Cecilia cierta mal disimulada ansiedad que se traducía en miradas oblicuas hacia varios puntos

del salón como buscando algo que no veía, algo que vivamente la interesaba.

Y aquel algo era la interesante pareja de la ministra y el desdeñoso Rafael.

¿Era acaso aquel desasosiego efecto de los celos?

No, porque Cecilia no amaba a Rafael.

Al menos ella lo hubiera jurado sobre el ara de un altar.

¿Entonces, por qué la preocupaba de tal modo Rafael y lo que hacía Rafael?

¿Era posible que su amor propio sintiese el mismo efecto que el amor apasionado, los celos?

Pues así parecía ser; porque en Cecilia la vanidad era tan extremada, y tan acostumbrado su amor propio a verse halagado por la lisonja de sus adoradores platónicos y fetichistas, que la pobre mujer sufría con el desdén altivo y despreciativo de Rafael los mismos efectos que si, enamorada, le hubiese visto hacer el amor a otra mujer.

Y aquel sufrimiento empezó desde aquella noche a engendrar en ella el odio.

No pudiendo resistir más, levantóse de su asiento sonriendo nerviosamente y atravesó rápidamente el salón hacia el gabinete donde estaban Rafael y Conchita.

La infeliz ministra, a quien Rafael había procurado alegrar a fuerza de hacerle beber diferentes vinos, sentía los efectos de una dulce embriaguez; porque a Conchita, como les sucede a algunas mujeres, el vino la volvía más tierna y cariñosa que de ordinario y lo era en grado máximo con los hombres, si estos sa-

bían hacer vibrar la cuerda sensible del amor en su corazón apasionado..., menos con su marido el ministro, el ser más raquítico e insignificante físicamente, por más que fuera un hombre de mucho talento y un hacendista que hubiera podido dar cruz y raya al propio Colbert y a Neker.

Pero era un hombre que vivía en las regiones numéricas y casi no se fijaba en las pequeñeces de la tierra, y dejaba a su mujer suelta como una cabra, sin cuidarse de sus deslices más o menos graves según las ocasiones.

Entró la marquesa en el gabinete en el momento en que inclinado Rafael por detrás del sofá sobre el respaldo, estrechaba la mano de Conchita inclinándose para besarla.

—¡Hola! ¡Están ustedes aquí!—exclamó Cecilia con sonrisa nerviosa que quiso hacer irónica.

—Sí... En este momento me despedía de la señora de Lima, sintiendo grandemente tener que abandonar su agradabilísima compañía.

—¡Vaya! Al fin podemos conocer el gusto de usted, señor de Ozaya. Porque... chica, tu no sabes lo delicado de gusto que es este joven; y es raro que tu le hayas petado.

—¡Yo! ¡Hija por Dios! Yo soy ya un puchero de enfermo...—contestó riéndose Conchita.—Eso tú que estás en estado de merecer...

—¡Yo! Yo soy la antítesis del gusto de este señor ¿verdad amigo Ozaya?

—Ciertamente, marquesa. Sin dejar de reconocer que es usted una belleza de primer orden, confieso mi pecado; pero no es usted mi tipo.

—Sí; soy la antítesis del de usted.

—Ciertamente.

—Que es el de Conchita.

—¡Oh! Conchita está fuera de concurso. Ya tiene dueño.

—Eso para usted no es una dificultad porque según veo es usted un hábil seductor...

—¡Yo señora! ¡Pues hay hombre más infeliz y menos diestro que yo en cuestión de seducciones! Yo no sé adular como otros y arrastrarme a los pies de una mujer, a veces soberbia, engreida y estúpidamente vana, y mostrarme su lacayo, su vasallo, su siervo, su esclavo humilde, a quien ella pague con la limosna de una mirada, de una sonrisa, de un apretón de manos. Solo esa clase de hombres que de todo tienen menos de tales, es la que consiguen los favores de las mujeres; ¡pero yo! Yo soy un neófito en amor y necesitaría que una mujer me enseñase a amar porque es cosa que nunca he gustado, aunque dicen que es un manjar digno de los dioses,... cuando no lo guisó el diablo...

—Ya lo sabes, Conchita; el señor de Ozaya, necesita una profesora en amor que le enseñe a amar.

—¿Y tú por qué no te encargas de esa enseñanza Cecilia?

—¿Pues no has oído que yo no soy su tipo? Y... aunque lo fuese, habría siempre la dificultad de que él no es el mío...

—Sí... el tipo de la marquesa—repuso Rafael, —son Octavio Barceló, Luis de Andrade Antonio Magalanes... y otra cáfila de moros como esos; los que constituyen su guardia negra. Y

como yo nunca habría de filiarme en semejante cuerpo, ni ella me admitiría en él, resulta que ni yo he de pedirla esa enseñanza, ni ella otorgármela.

—Seguramente... ¿A mí que me importa que usted ame o no ame?

—Eso digo yo... ¿A usted que le importa?

—¿He dicho yo que me importe?—contestó ya con desabrido tono Cecilia.

—Pero lo parece—repuso Rafael.

—¡Bah!—exclamó la marquesa volviendo la espalda...

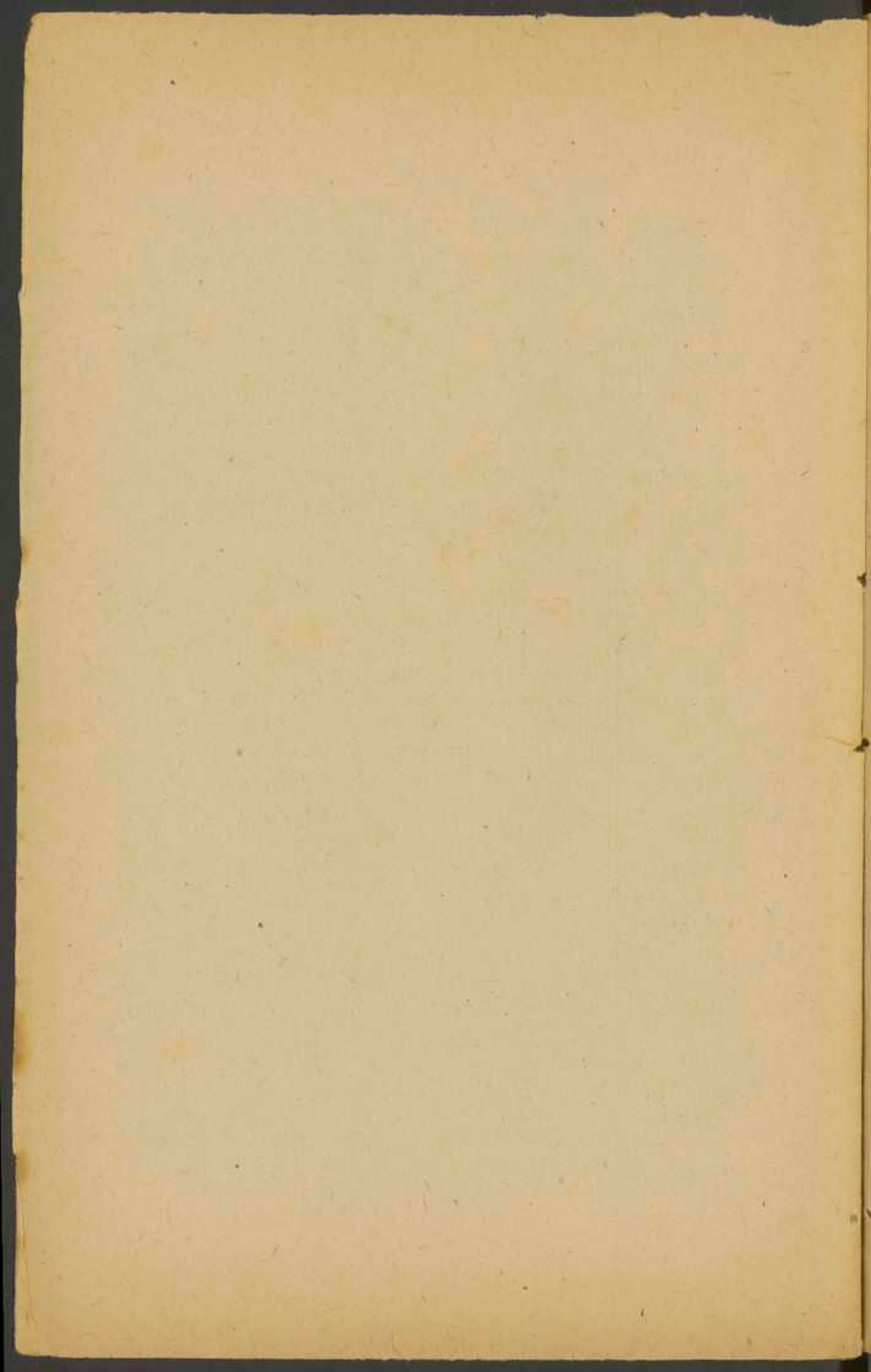
Pero a los pocos pasos se detuvo y dijo a su amiga:

—¿Vienes al salón?

—Ahora irá, marquesa—contestó Rafael—tenemos que ultimar un asunto...

Cecilia se encogió de hombros con impaciencia, y abriendo y cerrando nerviosamente el abanico, que es el que paga todos los despechos, todas las iras de las mujeres, atravesó el salón y fué al comedor para beber un vaso de agua helada.

La ahogaba la ira y el despecho.



IX

La hiel en los labios

El lector comprenderá, que por muy vanidosa que fuera, por mucho amor propio que tuviese, y tenía mucho Cecilia, no era posible, que los desdenes de Rafael, y sus comedias pasionales, la hiciesen efecto tan profundo como el que parecía haberle hecho el proceder y las frases de Rafael, sin que otro sentimiento más profundo, más vehemente y más exigente no produjese en ella aquellos arrebatos, aquella desesperación, aquella ira.

Creía odiar a aquel hombre el único que se había rebelado contra su imperiosa influencia que en tantos otros había determinado un rebajamiento tan servil como el que demostraban aquellos enamorados vencidos, aherrajados a las plantas de la potente diosa.

¿Amaba quizás Cecilia sin saberlo a Rafael?

Ni ella misma hubiera podido decirlo.

Era el suyo un estado psicológico muy frecuente; pero siempre inexplicable.

Quien no ha conocido a alguien que al referir la historia de su casamiento no haya dicho poco más o menos: «Y cuidado que me era antipática mi mujer antes de entrar en relaciones con ella!»

¿En virtud de qué extraña evolución de los sentimientos, la antipatía se había convertido en amor, hasta el punto de unir su suerte y su porvenir a los de la *mujer antipática* que antes era?

Pues estamos ante un caso psicológico semejante al que por el pronto no podemos dar solución.

La síntesis de la situación podía concretarse en este dilema:

¿La marquesa de Porto-Seguro, Cecilia Oliveira, amaba, u odiaba a Rafael Ozáya?

¿Rafael Ozaya, odiaba o amaba á la marquesa de Porto-Seguro?

En aquel caos de sentimientos, no podría penetrar la investigadora mirada del psicólogo; porque, como del caos, del cual brotó el *Génesis* del Universo, solo podía brotar lo que las circunstancias fuesen ofreciendo.

En el fondo de aquellas almas, había elementos para constituir un algo definido.

Pero el «sentimiento cósmico» aquel que debía preponderar en la formación del «sentimiento creado» solo podría brotar por sí mismo, por su propia fuerza, como brotaron los mundos

del caos, a impulsos de esos dos elementos combinados: *materia y fuerza*.

Allí no había que esperar que una voluntad poderosa sacase del caos el Génesis del amor; ni del odio.

El amor o el odio brotarían espontáneamente, como los mundos que pueblan el espacio, brotaron al cabo de millares de siglos de formación.

*

* *

¿Qual era el estado de aquellas dos a'mas al separarse después de aquel rudo encuentro?

Cecilia hubiera aniquilado entre sus manos a Rafael.

Rafael gozaba con gozo infernal con el rebajamiento de amor propio que había infligido a Cecilia.

Era aquel un duelo a muerte entre aquellos dos seres.

Sin que dominase otro interés, no hubiesen tenido aquel empeño en mortificarse.

Ya hemos citado como encabezamiento de es-

ta obra, una sentencia que dice: «Muchas veces el amor, en sus efectos se confunde con el odio».

Y en el caso de Rafael y Cecilia tal vez ocurría esto.

Tal vez se amaban y creían odiarse.

Tal vez solo llevaban *la hiel en los labios* y la miel del amor en el corazón.

Ello es, que sentían un placer infinito, un goce malsano en herirse mutuamente, en rebajarse, en hundirse, en triturarse.

Desde aquella noche se desarrolló en ellos el odio real o aparente que en adelante debía demostrarse.

*

* *

Si alguno de los dos hubiese sospechado que el otro le amaba, la más cruel de las venganzas la tenían en su mano: los celos.

Pero como se creían mutuamente odiados, no era a los celos a lo que apelaban en sus deferencias y manifestaciones de simpatía hacia otras personas.

Con esas manifestaciones creían demostrarse mutuamente, que mutuamente se eran por completo indiferentes, y que cualquiera les interesaba más que la persona del otro.

No por esta situación creada entre ambos, estaban manifiestamente reñidos. Encontrábanse a menudo en sociedad, hasta en la propia casa de la marquesa, y tratábanse con la consideración y respeto que la educación exige, a los que solo falta la gente grosera y falta de trato social.

¡Pero qué de sufrimientos ocultos no había bajo aquella fría urbanidad!

Octavio estaba admirado y los demás alabarlos encantados de que aquel guapo mozo no viniese a hacerles la competencia; pero también atónitos al ver que Rafael no sufría la crisis amorosa que ellos habían sufrido ya.

Octavio, sobre todo, no pudo menos de confesarse vencido.

—No comprendo—decíale a Rafael,—como no te enamora esa encantadora mujer.

—¡A mí! ¿Y qué condiciones tiene el ídolo para que yo me enamore de él?

—¡Ah! ¿No te parece hermosa?

—Sí; pero como ella hay cien en Río de Janeiro.

—¡Ay nó, nó, Rafael! Cecilia es una belleza *hors ligne*.

—Pues a mí no me gusta ¡qué quieres!

—¡Parece mentira!

—Sí, parece mentira tu ceguera, que a la fuerza has de pretender que todos nos enamoremos de tu ídolo. ¡Cuánto más bonita es Serafina de Silva la hija de Amalia Pedreiro!

—Sí, sobre todo porque tiene dos millones de pesos...

—Nó; porque es una figura ideal, una virgencita, una Madona rafaelesca.

—¡Sosa como un demonio!

—Pues si quieres una mujer salada, ahí tienes a Conchita de Lima... una mujer encantadora.

—Que es repugnante solo por el mero hecho de estar casada con ese mamarracho de Lima. Pensar que ese orangután...

—No sigas... Yo sé que entre Lima y su mujer no hay contacto alguno.

—Es posible que hayan hecho un contrato por el que cada uno de los dos puede obrar libremente, con absoluta independencia del otro.

—Así es.

—Pues bien... siendo una mujer facil, no tiene el atractivo de Cecilia, fortaleza inexpugnable cuya inexpugnabilidad excita más el deseo.

—Pues amigo Octavio... yo soy de parecer que en amor, como en el oficio de herrador, no hay más que o herrar, o quitar el banco. Pero complacerse en ser humillado por esa beldad de betún...

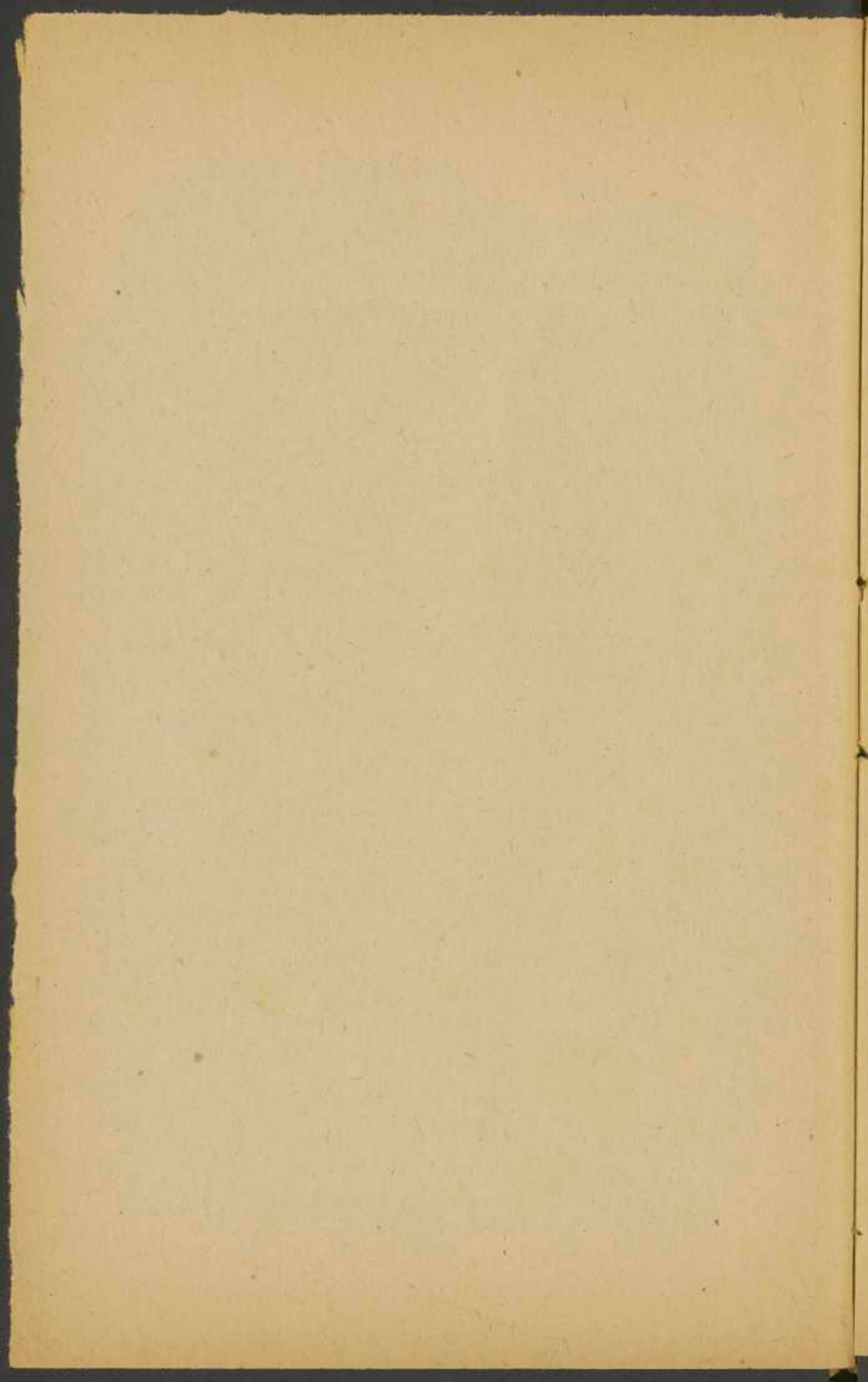
—¡Hombre, hombre... beldad de betún! ¿Sabes lo que te has dicho?

—No rectifico... Esa es una beldad de betún. Aquella frase de Rafael fué comentada entre los adoradores de Cecilia.

Y como nunca falta en estos casos un chismoso que lleve y traiga uno de los del zaguante dijo a Cecilia, que Rafael la calificaba de «beldad de betún».

Y la frase tuvo el privilegio de hacer for-

tuna; y de unos en otros, pasó al dominio de las mujeres, que envidiaban a Cecilia, su belleza, su hermoso cuerpo, su distinción y su elegancia y la frase de Rafael pasó al vulgo y la marquesa de Porto-Seguro fué vulgarmente conocida por la *Beldad de betún*.



X

Un lanceo

El efecto producido en Cecilia cuando supo que todos la designaban con el mote de *Beldad de betún*, y que aquel mote era original de Rafael Ozaya, fué terrible.

Pero el orgullo de Cecilia triunfaba en público de aquella mortificación de su amor propio; y cuando la dijeron que ya era conocida por la *Beldad de betún*, se echó a reir y dijo:

—¡Tiene gracia! ¡Y qué!... ¿Ha sido Ozaya el inventor de la frase? Pues ya puede pedir ese *betunero* privilegio de invención para ese nuevo betún: «Betún belleza».

Y a su vez la frase de Cecilia fué conocida y los amigos de la marquesa, bautizaron a Ozaya con el mote de *El betunero*.

La guerra estaba declarada.

Y sin embargo, se buscaban como en un

duelo a la americana para herirse, para mortificarse, para humillarse uno a otro.

Hubiera sido elemental proceder el que Rafael dejase, no solo de visitar a la marquesa, sino que huyese de toda reunión en la que pudiera encontrar a Cecilia y que esta averiguase antes de ir a cualquier sociedad, si habría la probabilidad de encontrarse con Rafael.

Pero antes al contrario, hacían todo lo posible por encontrarse y pasábanse las horas muertas pensando que de nuevo harían para molestarse.

Llegó el primero de febrero, fiesta onomástica de la marquesa: San Cecilio, Obispo.

Y como en el hemisferio austral, las estaciones son al contrario de las nuestras, estábanse en pleno verano, cuando en Europa había nieve por las calles y los árboles no tenían hojas.

Cecilia proyectó celebrar con un *garder-party* su santo.

Ya se sabía que los admiradores de Cecilia la obsequiarían con flores, dulces y objetos de arte.

Y, en efecto, desde por la mañana no cesaban de llegar magníficos ramilletes de flores, bandejas de dulces y un castillo de piñonete, llevado en parihuelas al hotel de la marquesa.

Rafael mandó a Cecilia como regalo una *Vénus* negra de mármol como símbolo de la *Belleza de betún*.

El regalo fué excluido de la exposición de todos los recibidos.

Como hubiera sido confesar un disgusto, el no invitar a Ozaya, y lo primero de que cuidaba Cecilia era de que no se exteriorizasen sus impresiones de ninguna clase respecto a Rafael, este recibió la elegante invitación impresa en papel márfil, y asistió a la recepción en el magnífico jardín del hotel de la marquesa.

Estaba esta deslumbradora aquella noche; y sobre su medio desnudo busto moreno, brillaba como reguero de estrellas los brillantes de una soberbia riviére comprada en Madrid en la almoneda de muebles y alhajas de una dama de la aristocracia que había venido a menos y no podía costear ya el indispensable palco del Real, lo cual era estar ya en la miseria, y la obligaba a reducirse a vivir solo con diez o doce mil pesetas de renta.

¡Una miseria!

Las luces de quinientas lámparas eléctricas que brillaban entre los árboles como enormes luciérnagas reflejaban en los diamantes y esmeraldas de las damas brasileñas, que por algo vivían en el país de las piedras preciosas.

Cecilia, con un traje de raso blanco bordado de plata y perlas, muy ceñido, anticipándose en veinte años a la moda que hoy viene imperando y que es lo que más favorece la plasticidad de la mujer, estaba elegantísima, y hubiese impuesto la moda a no encontrar las damas brasileñas demasiado atrevido aquel alarde escultural de la marquesa.

Era natural que los admiradores y adoradores platónicos y deshauciados de Cecilia, cantasen himnos de alabanza en loor de la diosa.

Agotaron el vocabulario de los ditirambos, de

las hipérboles, de las lisonjas y quemaron hasta el último grano de incienso ante el ídolo.

Entró en el jardín Rafael promoviendo la atención de todos los que estaban en el secreto de aquel duelo formidable, entre un hombre y una mujer.

Rafael se dirigió a la marquesa y la saludó con la sonrisa en los labios sin felicitarla.

Después se retiró a un grupo donde se ponderaba la belleza de Cecilia y en el que, naturalmente no faltaba Octavio.

—Vamos... ¿qué te parece esta noche esa mujer?

—¿Quién Conchita? Encantadora como siempre...

—No, no... Cecilia, la marquesa...

—¡Ah! ¿Esa?

—Sí, ¿qué te parece?

—¡Una mosca caída en un jarro de leche...

—¡Hombre, hombre, hombre...! ¡qué exajerado eres!—exclamó Octavio.

—Añado en tal caso una exajeración antitética a las vuestras.

Todos aquellos dicterios humillantes para la vanidad y el amor propio de Cecilia, sabía Rafael que iban a circular y llegar a oídos de la diosa y se regocijaba con la pueril satisfacción de hacerla comprender que él no se dejaba deslumbrar por la hermosura casi etiópica de la marquesa.

Que habían llegado hasta ella los burlescos símiles de Rafael, lo denunció bien claro la mirada centelleante que despidieron sus ojos negros al pasar delante de Rafael del brazo de su amiga Conchita y seguida de sus invitados,

que iban a ver los regalos recibidos por la *diosa* de todos sus amigos, y que estaban expuestos en artística forma en un gran cuadro del jardín.

Rafael siguió a todos con Octavio y tres o cuatro más de los alabarderos.

Llegado que hubieron al cenador volvieron a sonar los bombos y platillos de los aduladores que elogiaban los regalos porque «besando la peana se besa al santo» según el dicho español.

Pero Rafael que había besado o mordido al Santo sin besar la peana, no dijo palabra, ¡en elogio de los regalos.

Pero, en un momento en que cesó el zumbido de los ditirambos dijo dirigiéndose a Cecilia y en voz muy alta:

—Marquesa, lo que echo de menos en esta exposición, es mi *Vénus negra*... ¿Es que no la ha considerado usted digna de figurar entre estos ricos presentes?

Subió al rostro de Cecilia una oleada de sangre y contestó con sarcástica sonrisa:

—Es que ya no cabía aquí.

—¡Oh! Una Venus cabe en cualquier parte... aunque sea más negra que el betún...

El tiro era tan directo, y lindaba ya con la grosería, que hizo vacilar a Cecilia quien a pesar de su sangre fría y desparpajo, no pudo contestar nada ni disimular su turbación.

—¡Hombre! Eso ya es demasiado, Rafael—exclamó Octavio en voz baja.

—Pues el que quiera rectificarme que lo haga...

—Diga usted señor de Ozaya—dijo un sujeto que hacía unos días había sido presentado a Cecilia y estaba sufriendo la crisis amorosa

por la que pasaban todos.—Yo encuentro algo impertinente esa contestación de usted a la marquesa.

—¿Sí, eh? Pues con un... *impertinente* (1) se vé más claro ¿qué vé usted en mi contestación?

—Una grosería...

Rafael dió algunos pasos hacia el nuevo idólatra y le dijo:

—¿Es usted capaz de decirme eso fuera de aquí?

—Donde usted quiera.

—Está bien: hasta mañana.

Y Rafael salió del salón sin despedirse de Cecilia.

No tardó en llegar a oídos de la marquesa la rápida escena que acababa de tener lugar y que era tal vez el prólogo de un sangriento drama; porque nadie dudaba del sentido de las palabras de Rafael, y todos sabían, que todos los días pasaba un par de horas en la sala de armas del maestro Roqueiro.

Cecilia palideció ligeramente cuando comprendió la gravedad del suceso.

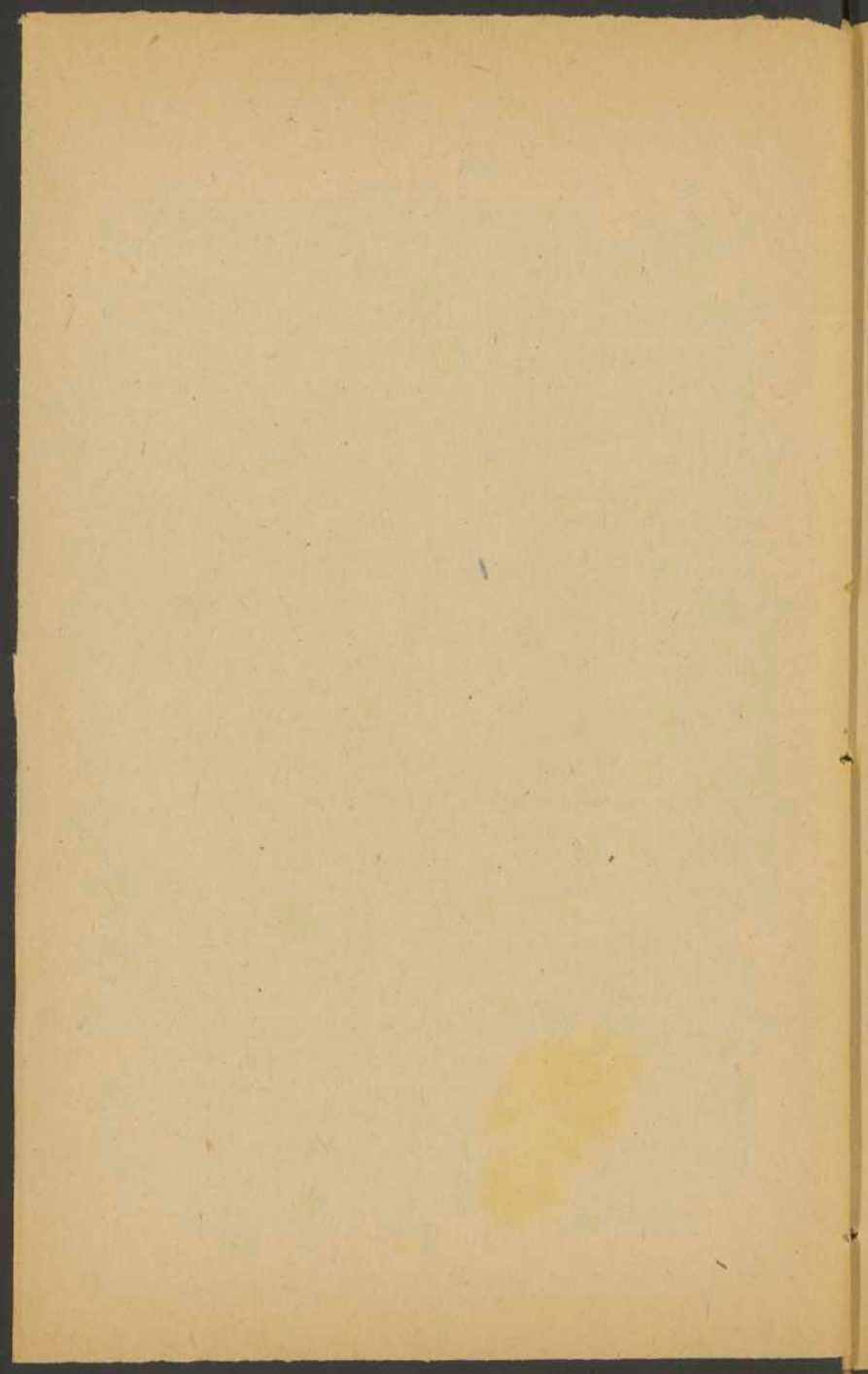
Conocía que ella lo había provocado con su desaire manifiesto, toda vez que expuesto estaba hasta el más insignificante regalo, mientras un objeto de arte tan precioso y de un mérito artístico indiscutible, no había encontrado un palmo de sitio entre objetos que no tenían mérito alguno y ocupaban una gran extensión relativa.

(1) Especie de lentes con cabo de concha o marfil que usan algunas damas cortas de vista.

El resto de la noche fué el lance pendiente la conversación general y que restó alegría y animación al *garden-party*.

Cecilia se mostraba preocupada, distraída y forzosamente sonriente.

Acabó por olvidarse el suceso y continuó el baile y la animación hasta las altas horas de la noche en que la concurrencia empezó a retirarse.



XI

A solas

El hotel había quedado despejado de amigos.

Los criados habían apagado las luces y cerrado puertas y ventanas y retirándose a descansar.

Eran las dos de la mañana, y todavía podía verse el espectro de la lámpara eléctrica a través de un estor, en cuyo centro lucía bordado en sedas de colores el escudo de armas con corona de marqués de la casa Porto-Seguro.

Aquella habitación, única iluminada en el hotel, era el gabinete particular de Cecilia.

Esta escribía a la luz de aquella lámpara, en un precioso buró de ébano y nacar, con escribanía de oro y carpetas de peluche amarillo.

Cecilia había cambiado su traje de recepción por una bata suelta que dejaba desnudos los hombros, la tabla del pecho y la parte superior de su espalda, y que pasaba por debajo de los brazos, sostenida por dos hombreras de encaje, dejando desnudos aquellos brazos admirables morenos y rollizos, con hoyuelos en los codos y rematando en unas manos pequeñas y de afilados dedos que casi acababan en punta.

Marcaba la transparente tela de aquel traje los senos firmes y altos cuyas formas esculturales no disimulaba la flexible batista que los cubría castamente.

La doncella de Cecilia le había deshecho el artístico peinado y reemplazándolo por otro cómodo y sencillo cubierto por una elegante copia de alsaciana francesa.

Con aquella íntima indumentaria estaba mil veces más bella y seductora, que con los elegantes trajes de calle y de recepción.

Estaba sentada en un artístico sillón con una pierna sobre otra, y dejando entrever el principio de una, calzada con media de seda color de lila, calada, y por el levantado borde de la bata, un pie de niña, calzado con una chinela sin talón de una finísima paja, bordada con sedas de colores, producto de la manufactura india y calzado fresco y ligero cual no otro.

¿Que era lo que escribía Cecilia?

Hacía en un libro manuscrito hasta la mitad, cómodamente encuadernado para escribir en sus páginas de vitela con una letra menudita y clara, y en inglés, todas sus impresiones diarias desde el día que se casó, hasta aquella fecha.

Aquella noche escribía:

1.º de febrero de 18...

«Hoy he celebrado mi fiesta onomástica con un *garden party*.

He dudado si invitar a Rafael o castigarle con el desprecio de una preterición y un olvido voluntario.

He creído que no debía darle motivo para que vea en mí los efectos de un vulgar resentimiento.

Deseo mortificarle; pero no rebajándome hasta la grosería.

No me ha imitado.

Ha sido conmigo soez y grosero.

He recibido muchos regalos de todos mis amigos. Mis pobres adoradores han tirado la casa por la ventana, regalándome objetos costosos.

El regalo de Rafael ha sido un insulto: una Venus de mármol negro de extraordinario valor, según los inteligentes, por que está esculpida en un bloque de mármol negro, sin una sola veta, muy difícil de obtener.

Yo no debí darme por aludida, atribuyendo a aquella escultura un significado simbólico del mote conque el muy infame me ha confirmado de la *Belleza de betún*; pero no he querido ofrecer a mis *amigas*... la ocasión de reír a costa mía, porque nadie ignora en la ciudad el motecito, y he ocultado la figurita simbólica. Pero él ha tenido la desfachatez de notar y hacer notar en voz alta la ocultación de su regalo, a lo que le he contestado que no cabía entre los regalos expuestos, a lo que él, con cinismo sin igual me ha respondido, que una

Venus cabe en cualquier parte aunque sea *una Venus de betún*.

¡Oh! Cada día ese hombre se me hace más odioso. Hasta su gracia, porque la tiene de sobra, me hace daño, porque es una gracia mordaz que lastima más que halaga.

Tendrá un encuentro con Jorge Avalos el Vizconde de Niebla que le ha insultado defendiéndome; porque también el vizconde ha tenido la desgracia de enamorarse de mí, que, por lo visto soy una Circe peligrosa, sin hacer, pobre de mí, nada para que estos infortunados den en la manía de amarme locamente...

El vizconde es el ser más antipático que existe, para mí por lo menos; pero es un caballero como los de los antiguos tiempos caballerescos en que no se insultaba a las damas, y al que lo hacía se le cortaba la lengua y se le regalaba a la ofendida.

Creen todos que de ese encuentro resultará un lance serio.

¡Qué maldito hombre! ¿Por qué no habrá tenido más prudencia, y ese otro antipático de vizconde, por qué se habrá metido en lo que no le importa? ¿No me basto yó para contestar a las groserías de mi enemigo sin necesidad de que nadie tenga que intervenir en este duelo en que estamos empeñados?

Cansada de escribir aquella página de su *Diario*, cerró el libro, lo guardó en el buró, echando a este la llave, que guardó en sitio oculto; y como había mandado acostar a su camarera entró sola en su dormitorio, dió luz a una lamparilla eléctrica que figuraba un herrero golpeando sobre un trozo de hierro al

rojo cereza, y la alcoba se tiñó de un color rosado de aurora boreal.

Cecilia se descalzó las medias, desabrochó los botoncitos de las hombreras, y la bata cayó a sus pies apareciendo el original de la hermosa estatua de la Vénus negra a la que el artista escultor había procurado dar el mayor parecido mediante una fotografía de Cecilia que Rafael había logrado obtener del fotógrafo retratista.

Si así la vieran sus admiradores enloquecerían de seguro.

Cecilia, en tan primitivo traje de los tiempos en que no debió conocerse la vergüenza, poco más o menos que en los presentes, pero en los que no había más que hojas de parra o de higuera para vestirse, entró en su lecho con sábanas de hilo, sobre la carnaza de una magnífica piel de jaguar que prestaba agradable frescura al cuerpo.

Cerró las cortinas del mosquitero, y quedó encerrada entre aquella gasa transparente, como una Vénus guardada bajo un fanal de cristal.

Pocos minutos después, sus párpados se cerraron, sus senos se levantaban con lenta regularidad, y su boca sonreía bajo la impresión de algún dulce sueño...

A la mañana siguiente muy temprano, dos amigos de Rafael entraban en el Hotel de Europa, donde estaba hospedado el vizconde de Niebla Jorge Avalos, español agregado a la Embajada Española en Río de Janeiro.

El vizconde estaba todavía durmiendo y el camarero tuvo que despertarle, dada la urgen-

cia conque aquellos señores solicitaban hablarle.

Comprendió Avalos lo que la presencia de aquellos señores significaba y les hizo pasar a la sala de visitas del Hotel, mientras él se vestía.

Cuando vestido estuvo, se dirigió a la sala. Saludó friamente a aquellos dos desconocidos, y dijo:

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—Venimos en nombre del señor don Rafael Ozaya, a rogar a usted retire la frase injuriosa que pronunció usted, con motivo de otra que dirigió a la señora marquesa de Porto-Seguro.

—¿Que yo retire... el calificativo que apliqué a una frase grosera, que ese señor tuvo para una dama principal como la marquesa? ¿Cuándo ha sabido ese señor que un caballero español se retracta de lo que una vez, y conscientemente han pronunciado sus labios?

—Entonces señor vizconde, será preciso que nombre usted dos amigos que...

—Ya están hablados, e irán donde ustedes les citen.

—Pues entonces puede usted decirles que les esperamos en el café de El Cisne en la Plaza de la República.

—Está bien.

Los testigos de Rafael se retiraron saludando ceremoniosamente al joven vizconde, que estaba muy ageno de sospechar que era profundamente antipático a la dama por quién iba a exponer tal vez su vida.

XII

El duelo

Aquella misma tarde, dos carruajes se dirigían por el camino que conduce al río Ferrayba a una magnífica posesión perteneciente a uno de los padrinos de Rafael Ozaya, que estaba situada a orillas de aquel río.

En uno de ellos iban, Rafael, sus dos padrinos y un médico amigo de todos; en el otro, iban el Vizconde de Niebla y dos diplomáticos como el agregados a la Embajada de España en el Brasil.

La posesión estaba muy distante de Río de Janeiro y tardaron más de tres horas en llegar a ella.

El carruaje donde iba Ozaya era propiedad del dueño de la posesión e iba delante para hacer abrir la puerta de la cerca de tapias que rodeaba la magnífica propiedad, cuyos árbo-



les gigantescos asomaban sus enormes copas por cima de las altas tapias.

El joven Marcos Rivéira, que era el propietario de la finca, se apeó del carruaje y llamó a la puerta.

Poco después abrió un campesino que se quitó el sombrero al ver al amo.

—Abre Marcial—le dijo Marcos.

La puerta quedó abierta de par en par, y los dos carruajes entraron uno detrás de otro hasta delante de la casa que era un soberbio edificio, casi un palacio, donde pasaba los veranos la familia de Riveira, que todavía no había ido a veranear.

Marcos informó a Marcial de lo que se trataba, encargándole que nada dijese a su padre y a su esposa de cuanto allí ocurriera.

Después reunióse con Rafael el otro testigo y el médico y marcharon delante, seguidos a cierta distancia por Avalos y sus padrinos.

Todos se detuvieron en un claro del bosque de magníficos árboles enormes como solo los produce aquella región americana.

El duelo debía ser a sable y a primera sangre con prohibición de la estocada.

Uno de los padrinos de Avalos era militar y proporcionó los sables de desafío, con guardamano ancho, y punta redonda y sin mucho filo.

Los adversarios despojáronse de sus levitas y chalecos, y corbatas, y puños, y se levantaron las mangas de los brazos derechos.

Entregáronles los sables y pusieronles a conveniente distancia uno de otro.

Después uno de los padrinos dió la señal de comenzar el encuentro.

Desde los primeros asaltos se comprendió que ambos eran maestros en el arte de la esgrima.

Los asaltos se hacían hasta llegar al cuerpo a cuerpo, interviniendo inmediatamente el juez de campo para restablecer las respectivas posiciones.

Así estuvieron luchando un cuarto de hora, sin llegar a herirse ninguno de los dos.

Descansaron diez minutos y refrescaron sus cabezas y sus manos en el chorro de una fuente próxima y comenzaron el combate con más bríos que durante la primera parte, con el deseo de acabar pronto fuera como fuese.

Al fin, Ozaya logró dirigir un tajo a la cabeza de su adversario que alcanzó a este en la frente sin poderlo parar.

Herida una vena frontal, en un momento la sangre cegó al vizconde.

El juez del campo hizo la señal de haber terminado el lance.

El vizconde perdía sangre, que manchaba su camisa y su pantalón negro y Avalos vacilaba, debilitado por aquella copiosa hemorragia.

El médico lavó la herida, ligó la vena, y aplicó un glutinante y una fuerte compresa a la herida de cinco centímetros que solo había interesado la piel sin quebrantar el hueso frontal.

El doctor le vendó convenientemente y entre los testigos y él le ayudaron a ponerse el chaleco, la levita y de cualquier modo la corbata y del brazo de los dos padrinos, se di-

rigió como Ozaya con los suyos a la casa de campo.

Allí a petición de Rafael se detuvieron, y este adelantándose hacia el herido le dijo:

—Es usted un valiente: tengo el honor de ofrecer a usted la mano de un amigo.

—Señor Ozaya, esta herida, me recordará siempre con su cicatriz que me he batido con un caballero. Ahora, retiro la frase ofensiva que dió origen a este lance y ofrezco a usted mi amistad más sincera.

Estrecháronse las manos, y Riveira alegremente dijo:

—Ahora es preciso que celebremos esta caballeresca reconciliación, bebiendo una copa de champagne.

—Aceptado—repuso Avalos...

Los demás asistieron con íntima satisfacción.

Todos entraron en la magnífica casa de campo y Riveira les condujo al comedor, en cuyos aperadores se veía preparadas para la temporada de campo de la familia, una multitud de botellas, de distintas clases de vinos de las mejores marcas.

El mismo Riveira, a falta de criado que sirviese, puso sobre la mesa siete copas de las de champagne; descorchó una de las botellas y llenó las copas.

Brindóse a la reconciliación de los dos adversarios; y cuando Riveira hubo repartido tabacos de una caja de excelentes habanos, preguntó sonriendo a Rafael:

—Pero vamos a ver. ¿Ya que estamos entre amigos, quiere usted decirnos, Ozaya, que es

lo que hay entre usted y la marquesa de Porto-Seguro?

—Un duelo a muerte; pero sin término, sin desenlace posible.

—¿Un duelo a muerte?

—Sí, señores.

—Afortunadamente, aquí no hay más que un adorador de la marquesa, que es el señor vizconde de Niebla...

—Adorador platónico—observó el mismo vizconde.

—Y no será usted nunca otra cosa, amigo Avalos, porque esa señora es inconquistable.

—¡Ah! ¿Usted lo ha experimentado por sí mismo?

—No he pensado jamás en su conquista. Ella tiene a gala hacer víctimas, esclavos, idólatras que besen sus pies. Estos adoradores forman un grupo que yo he bautizado con el nombre del *zaganete de alabarderos*, que es como se nombra en España al grupo de guardias de Palacio que está de servicio dentro o fuera de este. Todos a su vez, uno a uno y a medida que los han ido presentando en su casa, se han enamorado de la marquesa... y después de esa crisis, han permanecido enternecidos y esclavizados más o menos; pero todos esclavos, que han formado poco a poco una especie de iglesia, de la que ella es la santa venerada, de la que hablan continuamente entre ellos, encantados aún lejos de ella. Cuando se reúnen, la celebran, la elogian, la critican y hasta la desprecian según los días y los resentimientos de cada uno por preferencias de ella, reales o supuestos, pero... siempre, bien entendido, sin más

consecuencias lamentables. Tienen celos unos de otros; se espían para visitarla solos, para sorprenderla, y siempre manteniendo en torno suyo un fuerte muro para no dejar pasar ningún nuevo aspirante temible...

—¿Y no ha procurado usted franquear ese muro, señor de Ozaya?—preguntó sonriendo el vizconde.

—¡Al contrario! He hecho cuanto he podido desde que a ella me presentaron, y conociendo yo estos antecedentes, por demostrarla que hay quien no cae en el fetichismo en que han caído esos desdichados.

—Y en verdad sea dicho, con razón; porque como hermosa... es hermosa.

—Sobre eso hay opiniones: hay a quien le gustan las blancas; hay a quien le gustan las morenas lindando con la mulata, y hay... quien no distingue de colores... Yo soy uno de estos; pero... sin desconocer que Cecilia es guapa, no encuentro en ella... ese exceso de guapeza como para volver loco a siete u ocho hombres, como los que forman el zaguanete y a los que yo... no he querido sumarme. Y como ella fija su vanidad en hacer nuevos esclavos y yo he sido para ella el Espartaco que ha levantado estandarte de rebelión contra su tiranía, creo que me he conquistado su antipatía, con lo que me he contagiado y hétenos aquí en un perpétuo duelo a la americana, buscando emboscadas desde donde herir al otro y demostrarle esa antipatía irresistible y ese dulce placer del mortificamiento, que cada vez va creando menos medios de reconciliarse con el otro. Ella me ofende, y yo la ofendo a ella; ella

me desprecia, y yo la desprecio; ella estoy seguro que me odia y yo empiezo a odiarla...

—¿No estaría usted equivocado, amigo Oza-ya—observó Riveira—y lo que usted cree odio, eso que la profesa, sea al contrario, efecto del amor contrariado?

—¡Amor contrariado! Eso supondría que yo alguna vez he caído en la necesidad de amarla...

—¿No será que la hiel del odio solo está en los labios de usted y no en el corazón?

—Pero señor Riveira, eso podría suponerse, si yo hubiese dado paso alguno para obtener de Cecilia alguna concesión que hubiese sido por ella rechazada; pero si desde antes de conocerla, cuando Octavio Barceló, uno de sus adoradores, y el más distinguido por ella me habló con exajerado encomio de la marquesa, augurándome, si me presentaba a ella que sería una de sus víctimas, ya me fué antipática y me propuse quebrantar su vanidad y demostrarla que yo no era débil como sus súbditos...

—¡Ah! Fué una especie de medio profiláctico para preservarse usted del contagio...

—Nó, nó... Yo nunca temí contagiarme de tontería. Si me hubiese enamorado de Cecilia, se lo hubiese dicho, hubiera planteado muy claramente la cuestión; y como yo soy partidario de herrar o quitar el banco, rechazado por ella, hubiérame retirado vencido, pero con honra, como Francisco I en París, y no hubiese pensado en vengarme miserablemente de mi falta de atractivos y de dotes de seductor; pero nó. Desde antes de conocerla me propuse

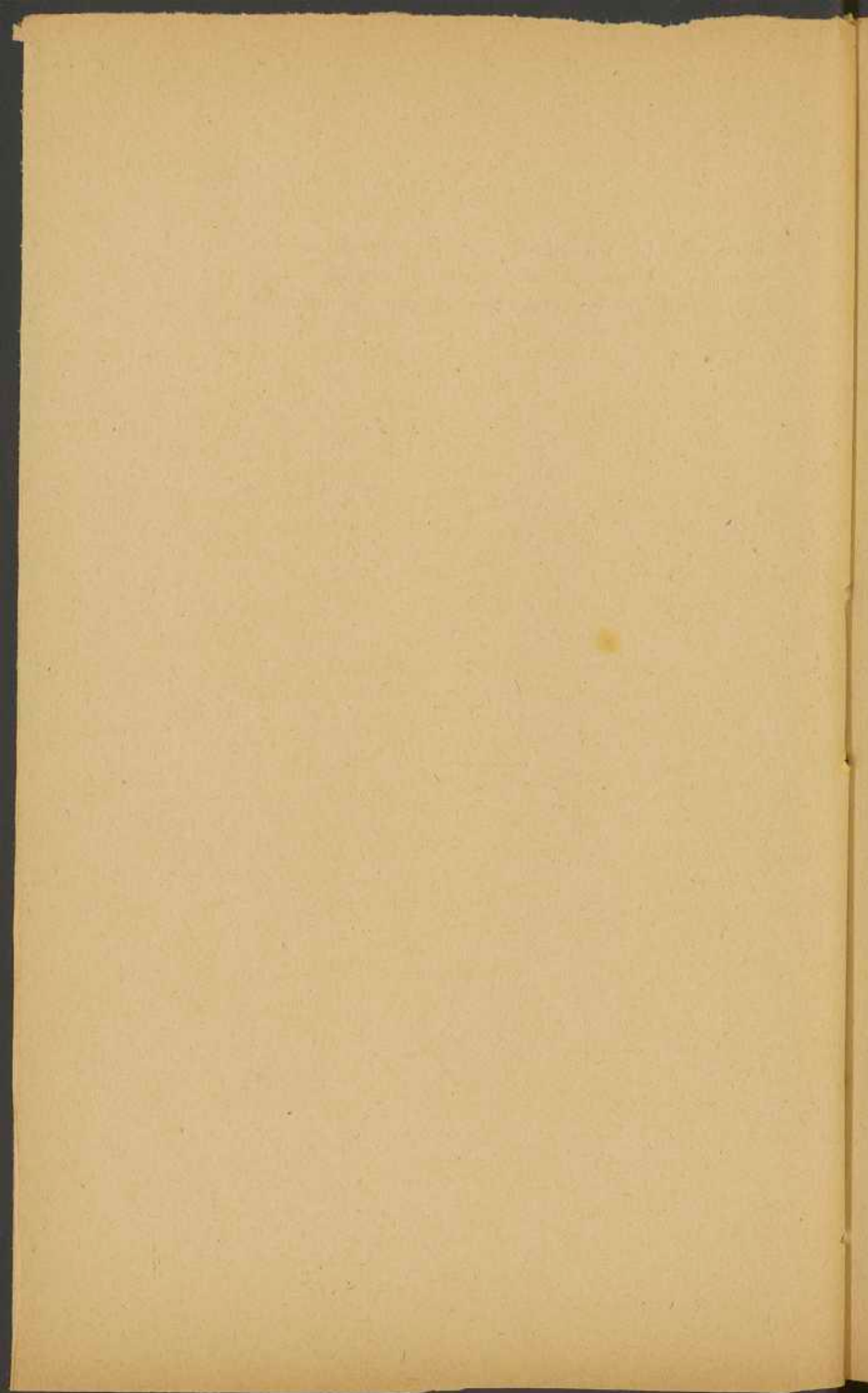
quitarle esos moños como un lidiador se atreve a quitar la moña al toro, y he aquí la causa de nuestro duelo: ella que he de reconocer su soberanía, que ha de humillarme ante el poder de su belleza, que he de formar en las filas de los alabarderos o de su guardia negra y yo que he de vencer y humillar su vanidad y demostrarla que no es tan fiero el león como la gente lo pinta, ni ella de un atractivo tan poderoso e irresistible, que no haya más remedio que humillarse y caer de hinojos ante sus plantas. Eso es todo.

—Que quiere usted amigo Ozaya... Creo algo pueril ese ensañamiento de usted con una pobre mujer que tiene... con algún exceso, lo que tienen todas las mujeres: vanidad. Hemos de aceptarlas como son. La mujer moderna es muy distinta de la antigua, a la que se educaba jesuitamente en la santa humildad y en el santo temor de Dios. Hoy la mujer hermosa es una nave de guerra que despliega al viento su bandera de combate contra la independencia cada vez más acentuada del hombre hacia su sexo; que apunta las baterías de sus ojos al corazón y a la que es preciso rendirse...

—¿Sí? Pues ríndase usted amigo vizconde. Yo... no me rindo, y dispuesto estoy a sostener mi pabellón levantado, sin temor a ser vencido por ella... ni por los que lo defiendan. ¡Y he dicho!

Un momento después, tomaban sus respectivos vehículos y regresaban a Río de Janeiro donde el lance verificado aquella tarde había de ser pasto de los comentarios de todo gé-

nero en la sociedad que frecuentaban los actores y comparsas de aquella comedia, que pudo terminar en tragedia o por lo menos, en drama.



XIII

Misterios que cooperan

Aunque no era día de recibo, aquella noche personóse en el hotel de la marquesa viuda de Porto-Seguro su excelente amiga la condesa de Elvas, que sinceramente la quería y respecto a Rafael Ozaya, persistía en su propósito de casarlo con Cecilia, lo cual a cualquiera hubiérale parecido más difícil que poner una pica en Flandes, cuando había *piqueros* que en Flandes combatían y era tan difícil a España mandar más picas, como si dijéramos hoy, más bayonetas.

Entró la condesa sin anunciarse hasta el gabinete particular o *boudoir* de la encantadora marquesa.

—Dispense usted marquesa que haya venido a molestarla en día que no recibe. Pero he sabido la noticia de ese lance... y creyéndola

afectada por su causa he venido a acompañarla...

—Yo se lo agradezco en el alma Elvira, y en vez de molestarme su presencia, siempre me es muy agradable; pero está usted en un error si cree que yo he de estar afectada por un hecho que tiene hasta cierto sabor a satisfacción, si he de ver castigada la osadía, la desvergüenza de ese señor Ozaya, que yo no sé qué le he hecho, para que no desperdicie ocasión de molestarme.

—Hace mal; ya se lo he dicho yo; pero es muy orgulloso y cree que usted trata de someterle, de humillarle para despreciarle una vez humillado.

—¡Yo! Si no me acordaría de que existe si él no cometiese actos de presencia, que me ofenden...—exclamó sonriendo nerviosamente la interesante viuda.

—¡Vamos Cecilia, que usted también algo la hará cuando él así se ensaña con usted!

—¿Yo qué le hago? ¿No le recibo como a todo el mundo con amabilidad? Nó...

—Yo creo que hay entre ustedes dos, alguien que mete cizaña, que está interesado en enemistarles...

—No diré que nó; porque entre mis leales amigos... esos... que él llama mi zaguanete de alabarderos, mi guardia negra... ¡qué se yó...! existe una rivalidad sorda, sin que yo por mí la aliente; porque bien sabe usted condesa, que a todos los he medido por el mismo rasero sin que ninguno pueda decir, que tengo más distinciones para otro que para él. Y cada uno de los que vienen a engrosar mi pequeña corte

de adoradores, es objeto de alguna intriguilla para que se aleje y venga a disminuir las probabilidades que cada uno cree tener de ablandarme. Y sin duda han visto en Ozaya un rival temible, porque veo... veo la tendencia a enemistarnos.

—Pues no hagan caso: tengan uno y otro prudencia y...

Aquí llegaban en la conversación, cuando anunció el criado de antesala a Octavio Barceló.

Extrañóle a la marquesa la visita, pues no acostumbraba a recibir en días que no eran de recepción.

Admitido que fué Octavio a la presencia de Cecilia, entró y dijo:

—Dispénsame, marquesa, que contraviniendo sus órdenes y costumbres establecidas, venga en día que usted consagra a otros deberes que los de la amistad; pero yo creo que la amistad está de servicio permanente siempre, para prestarlo a cualquier hora y día... ¿no es verdad marquesa?

—Bien... Pero ese exordio...

—Solo tiene por objeto preparar a usted a recibir una noticia desagradable.

—¿Cómo! ¿Qué noticia?—exclamó alarmada Cecilia.

—En el duelo que se ha verificado esta tarde ha salido herido de un tajo en la cabeza...

—¿Quién? ¿Ozaya?—exclamó palideciendo la marquesa.

—Nó, señora; el vizconde—contestó Octavio (con rostro falsamente compungido).

—¡Ah! Me había alarmado...

—¡Cómo! ¿la ha alarmado a usted el temor... de que el herido fuese Rafael... y no... el vizconde?—exclamó Octavio.

—Lo siento también, naturalmente; pero ¿quién ha metido a ese botarate a desfacedor de agravios y enderezador de entuertos? Sí, lo siento; pero... le está bien empleado a ese anti-pático y cursi de Avalos...

Octavio se quedó con la boca abierta y la condesa sonreía con rostro de satisfacción; porque era mujer de mundo y sabía juzgar al fondo de las situaciones; y decía para sí.

—Cecilia hubiera sentido que el herido fuese Ozaya; luego no le odia, como ella dice cuando él le hace alguna de las suyas. Y si no le odia, porque todavía no la ha llamado fea, sino... *Vénus*... todavía hay esperanza de reconciliarlos.

En esto ocurría lo que siempre a los que intervienen entre matrimonios que riñen y se tiran los trastos a la cabeza, que no pueden ver las mujeres, que se increpe al hombre que las enamora y martiriza, cuando alguien presencia una reyerta conyugal y toma la defensa de la mujer como ser más débil.

Siempre el interventor sale con las manos en la cabeza, porque la mujer, no gusta de que nadie la prive del placer de recibir algunas bofetadas o palos de su marido.

¡No hay nada más ingrato que una mujer!

Hemos presenciado vapuleos conyugales, en los que ha querido intervenir algún transeunte, y los cónyuges entonces se han revuelto contra el mediador, y hemos oído decir a la mujer: «¿Qué tiene usted que ver en esto? para eso es

mi marido (o mi amante) y nadie tiene que ver, si me pega o no me pega...»

Algo así le sucedía a Cecilia. ¡La ofendía Rafael! ¿Pues por qué tenía nadie que mezclarse en aquel pleito?

¡Y después de todo si el defensor hubiera sido Octavio, u otro de sus genízaros o labarberos...! ¡Pero el vizconde! ¡Ese antipático y cursi de Avalos!...

¿Era que ya Cecilia amaba a Rafael hasta el punto que le gustaba que le diese con la badila en los nudillos, como el personaje de la comedia?

¡Pero qué había de amar, si ella decía, y aseguraba, juraba y perjuraba, que le odiaba, que le aborrecía, que de buena gana le mataría!

Misterios hay recónditos
que avaro guarda la mar.

Pero más reconditos e indescifrables son los que suelen guardar el corazón y el pensamiento de una mujer.

¿Misterio?

¡Sí; es posible que lo fuese para Cecilia misma lo que sentía por Rafael!

Ya hemos estampado al frente de esta obra una sentencia muy razonable que dice:

«Hay en lo íntimo de toda mujer no sé que secreto instinto de crueldad y sumisión. Desean a la vez hacer sufrir y ser dominadas.»

¡Y Cecilia empezaba a sentir cobardía, debilidad y próxima parecía estar la sumisión.

El espíritu que informaba los dos antagonismos, eran muy diferentes en uno y en otro.

En Rafael nacía de la antipatía que le había inspirado siempre una mujer vanidosa, que parece ejercer una especie de hegemonía en todos los corazones, imponiendo su imperio absoluto a todas las voluntades.

Siempre habíale sido odiosa esa tendencia de la mujer al predominio, y a hacerse adorar como una fetich, y en Cecilia estaban tan desarrolladas estas tendencias, que no se ocultaba para demostrar que se veía halagada al verse rodeada de aquella imbécil tropa de humillados galanes.

En Cecilia, el sentimiento que la inspiraba su malevolencia hacia Rafael, nacía del afán de la dominación, el despecho de no solo no dominar, sino de verse dominada, el deseo de vencer aquella resistencia de lo que ella cría irresistible: a sus encantos, solo por él desconocidos y menospreciados.

Esto había hecho nacer muy a menudo en ella con una intención felina y una curiosidad inagotable, el mal secreto y torturante del amor en todos los hombres que había podido seducir.

Le divertía tanto verles poco a poco contagiados, conquistados, dominados por su poder invencible de mujer, de ser para ellos *la Única*, el *Idolo* caprichoso y soberano.

Esto había hecho nacer en ella como un instinto oculto que desarrolló poco a poco, el instinto de la guerra y de la conquista.

Había nacido coqueta.

Fué fiel a su marido los cinco años que estuvo casada; pero desde que se vió libre, dedicóse a perseguir y domar a los enamorados,

como el cazador que persigue la res solo por el placer de verla caer muerta.

No procuraba encontrar el amor único de un hombre ni la felicidad en una pasión. Solo la complacía sentir en torno suyo la admiración que inspiraba, los homenajes a su belleza, el humo del incienso de la lisonja y de la adulación.

El que quería ser del grupo de su confianza debía ser el esclavo de su belleza.

Pero ambicionaba más: No era solo la admiración que ella creía inspirar a todos los hombres, lo que ambicionaba, sino el ser amada y fabiosamente deseada. A los que pedían demasiado, les rechazaba, y volvía a atraerlos imponiéndoles severas condiciones.

Esto la divertía tanto, que sentía el mismo placer enloqueciendo a los viejos que a los jóvenes.

Se juzgaba feliz y satisfecha porque se creía la más seductora y distinguida de las mujeres.

Orgullosa con su belleza, que hasta a ella misma se imponía, amándose así mismo casi carnalmente, ya que a veces se acariciaba y besaba en su espejo de tres lunas, que reflejaba su imagen como adorador de su propia persona.

¡ Su doncella, que ya la había muchas veces sorprendido en estos éxtasis de amor propio, decía maliciosamente:

—¡ La señora se mira y se besa tanto, que acabará por deslustrar y hacer opacos, los cristales de su espejo!

Pero este amor propio, era el secreto de su seducción y de su poder sobre los hombres.

A fuerza de mirarse y de amar la finura

de su figura y la elegancia de su persona, y de buscar todo cuanto pudiese realzar más su belleza natural, de hacer jugar sus ojos, y su boca y sus movimientos de cabeza y de manos, llegó a la perfección en el arte de agradar y (que no hubiese adquirido al ser más indiferente para con su belleza.

XIV

Guerra sin cuartel

El lance entre Ozaya y Avalos, se comentó en todas partes y produjo apasionadas disputas que amenazaban reproducir, en varias ediciones el lance habido.

Había muchos, especialmente *muchas*, a quienes se había hecho antipática la marquesa a causa de su soberana vanidad insoportable para los hombres serios y para las mujeres bonitas que se veían rebajadas por aquella altiva hegemonía que quería ejercer Cecilia sobre todo su sexo.

Así había quien encontraba justo y oportuno el latigazo de Ozaya a la vanidad de la marquesa y se alegraban de que hubiera salido incólume del lance mientras los adoradores más o menos entusiastas de Cecilia hallaban grosera, descortés, e incivil la contestación

dada, a la disculpa de Cecilia por la exclusión del regalo de Ozaya entre los de los demás amigos de la *diosa* venerada.

Como consecuencia lógica del lance, Ozaya dejó de ir a casa de la marquesa.

En cambio Avalos obcecado como todos al principio de su enamoramiento, continuó haciéndole la corte más asídua, recibiendo por cada homenaje, un desengaño, hasta convencerse de que la *Belleza de betún*, era inconquistable, con la agravante para él de la antipatía que le profesaba.

Entre tanto, Ozaya no se descuidaba en mortificar a Cecilia con sus burlas sangrientas que le eran fielmente transmitidas por amigas oficiosas, en cuyo saco de los chismes depositaba Rafael todo el veneno que tenía en el cuerpo y con el que quería envenenar a su enemiga.

Habían presentado en casa de la marquesa un personaje de ridícula figura, pequeño, calvo, medio jorobado, de piernas largas, rostro pálido como el de los jorobados y largo de brazos, y ancho de manos, a quien se le ocurrió Rafael bautizar con el mote de *Gorila*; porque, en efecto, con sus largos brazos y anchas manazas, tenía semejanza con el rey de los cuadrumanos.

Pero el *Gorila*, cuyo nombre era Mister William Joresprik era el segundo archimillonario después de Vanderbilt en los Estados Unidos, y al que ya se llamaba el «Rey de la Grasa de Caballo», porque con grasa de caballo, de aplicaciones varias, especialmente en la maquinaria había hecho una inmensa fortuna.

Era un rico muy soberbio, y *otro* Cecilia por

su estilo, pues toda su mayor satisfacción consistía en ser admirado y adulado por sus millones incalculables de dólares, como la marquesa por su belleza y elegancia.

Después que le conoció Ozaya, y le bautizó con el nombre de el *Gorila*, y supo las grandes deferencias que Cecilia guardaba para el yanqui, (sin duda para mortificar a Rafael), celebrando un banquete de honor con recepción y baile, dedicado al *Rey de la grasa de caballo* o al *Gorila*, dijo en una reunión donde se hablaba de aquel próximo agasajo al multimillonario:

—¡Vamos! Al fin vamos a ver juntarse África con América.

Ya se sabe que el *Gorila* solo se encuentra en África en la región ecuatorial.

La frase llegó como todas a los oídos de Cecilia.

Esto, que suponía en ella un detestable gusto y una codicia ridícula puesto que era rica y no necesitaba de los millones del nabab americano, la sublevó considerándolo como el mayor de los insultos.

Dijéronle delante de varias amigas lo que de ella suponía Rafael y púsose intensamente pálida de ira.

—Pero... ¿ese mamarracho por quién me ha tomado?—exclamó Cecilia.—¡Es hasta donde pueden llegar las inconveniencias de ese mentecato!

Pero a no haber estado repartidas las invitaciones para la reunión y banquete como homenaje al yanqui archi-millonario, Cecilia hubiera desistido de aquel acto.

Pero ya la cosa estaba hecha y no podía retrocederse.

Hasta tal punto llegaban al alma a Cecilia las sangrientas pullas de su enemigo, al que, sin embargo, de serlo declarado de ella, no excluyó Cecilia de la lista de sus convidados.

Pero Rafael no asistió al banquete, y solo hacia la mitad del baile apareció en los salones de la marquesa.

Saludó a esta friamente.

Y la marquesa con tono displicente le dijo:

—¿Ha velado usted mucho la pasada noche?

—Me he acostado a las doce, marquesa ¿por qué es la pregunta?

—Porque creí que se habría usted dormido tarde y se le habría pasado la hora... de mi cena.

—No, señora... la he tenido bien presente.

—¡Ya! ¡es que no ha querido usted asistir a ella!

—Ciertamente.

—Es, dicen, costumbre oriental, el no comer jamás el pan del enemigo.

—¡Es cierto! señora.

—Usted debe haber viajado por Africa.

—No he pisado el país de los *gorilas*; es verdad que para verlos no se necesita ir al Africa. En Norte América los hay que viajan por el Brasil en busca de morenas brasileñas que conquistar.

—¿Está usted seguro?

—Dicen...

—¿Y no le parece a usted que calumnian?

—Nó,... porque... *si non e vero, e bon trovato*... Todo es cuestión de un poco de mal

gusto... en la favorecida... o que pretende serlo.

—Pues creo que todo eso trasciende a un poquito de envidia, señor mío.

—¿Envidia de qué?

—De no ser el ridiculizado por usted.

—¡Oh! Eso cada uno es dueño de ponerse en ridículo como le parece.

—Es que en ese caso, tan en ridículo están los que inician el agasajo como los que a él concurren. ¿Por qué, entonces, ha venido usted?

—Yo no... *he venido*... Me han llamado...

—¿Quién?

—Usted...

—¡Yo!

—Me parece que esta elegante tarjeta de invitación... es de usted...

—Es que mi secretario ha incluido a usted entre mis invitados... Yo no le he dicho que invitase a usted.

—Pero usted no me eliminó de la lista.

—No me acordé.

—¿A esa flaqueza de memoria se debe el que haya usted lamentado mi ausencia de su mesa, como hace poco lo lamentaba?

—Es usted insufrible...

—Sí, ¿éh?

—¡Bah!...

Y Cecilia volvió sus hermosas espaldas desnudas, en cuyo omóplato derecho lucía un lunar pequeño, negro como una mota de terciopelo.

Rafael sonriendo de satisfacción, lanzó un profundo suspiro.

¿Era un suspiro de satisfacción o de pesar?
Ni el mismo hubiera podido decirlo.

Algunas veces, después de un tiroteo de esta especie, preguntábase Rafael hablándose así mismo, como si fuese un amigo:

—Pero oye, oye Rafaelillo: ¿es que tú amas a esa mujer, creyendo que la detestas? ¿Qué es esto? ¿Por qué no se separa de tú imaginación? ¿Por qué es la última imagen que ves antes de dormirte y luego en sueños y es la primera que ves al despertar, y siempre ocupando en tu memoria? ¿Por qué tu corazoncito que nunca palpita por ninguna mujer se agita de este modo cuando la encuentras de pronto? ¿Es amor o es odio y antipatía y desprecio e ira lo que esa mujer te inspira? Vamos: estamos solos... confíesalo hijo mío. Tú estás enamorado de la *Beldad de Betún*, de esa *Vénus Negra* y crees que la odias. ¿Pero por qué experimentas ese placer infinito en rebajarla, en humillarla, en fingir que la desprecias...? Sí, sí... acababa diciendo, la desprecio, la odio, le aborrezco... la mataría estrujándola en mis brazos y comiéndomela a besos...

Y Rafael comprendía que, aunque él mismo trataba persuadirse de que la odiaba, la quería como un loco, la deseaba con pasión y hubiera sido capaz de matarla de un abrazo...

¡Misterios sublimes del corazón!

Antitesis extraña:

«El amor, por sus efectos, se confunde a veces con el odio».



¡Y qué hemos de decir de Cecilia!

Ella era mujer, y la mujer cuando ama lo oculta a todo el mundo; pero se lo confiesa a sí misma.

(Cecilia muy pálida después de aquel encuentro, necesitaba estar sola, porque en su salón lleno de gente, no veía a nadie, o, por lo menos todas aquellas eran figuras fantásticas que veía cruzar, saltar, girar sin darse cuenta de que eran seres humanos que paseaban, que bailaban que loqueaban animados por los vapores del champagne y el perfume humano que sin notarse que lo sea, se aspira y excita en las reuniones de hombres y mujeres.

(Cecilia se ausentó durante un cuarto de hora que necesitó para calmarse.

Habíase dirigido a sus habitaciones y ya sola consigo misma, el llanto se desbordó de su corazón, y subió a sus ojos, derramándose por sus morenas mejillas, como resbala por la cor-

teza de un cauchú la savia que brota de la herida que abre el hacha en su tronco.

—¡Oh! ¡qué infame, qué infame!—exclamaba Cecilia.—¡Como se goza en despreciarme, en humillarme! ¡Y yo... necia de mí... que cada vez le amo más y haría por él lo que no hice por ninguno de mis imbéciles adoradores! Pero... yo no sé qué es esto, porque yo también siento un placer malsano en devolverle desprecio por desprecio, injuria por injuria; pero él es imperturbable, mientras que yo me turbo y caigo en contradicciones que él aprovecha para herirme, como el adversario que aprovecha, el descuido del que con el riñe cuando vé que se descubre... Yo creo que positivamente me detesta Rafael: le soy antipática, odiosa, y goza con rebajarme, como un amante celoso, goza despreciando aparentemente a la mujer que ama...

Luego que se hubo desahogado llorando y lamentado a solas, se levantó, lavó sus ojos con agua y unas gotas de colonia, espolvoreó su rostro con velutina perfumada, y volvió al salón donde todo era animación y ruido.

Buscó con la vista a su enemigo y no pudo encontrarle.

Rafael se había ausentado del hotel sin despedirse de ella...

Y fué aquel otro golpe dirigido a su llagado corazón.

XV

El golpe decisivo

«La marquesa no recibe».

Era la orden que tenía el portero de Cecilia para todo el que fuese a visitarla.

Pero después de dada la orden, mandó subir al portero, y le dijo:

—Únicamente estoy para el señor de Ozaya, si viene; tiene que darme unos informes que le he pedido de un lacayo que necesito y que ha servido en su casa.

El portero se inclinó y estuvo al cuidado de si llegaba Ozaya para hacerle pasar, como una excepción única.

Pero Ozaya no pareció en todo el día por el hotel de la marquesa.

Cecilia estaba nerviosa, impaciente.

A cada momento mandaba preguntar al portero si había ido alguien.

Entrábanle algunas tarjetas con un pico o el extremo doblado; pero eran todas de personas cuya presencia no le interesaban lo más mínimo.

Y ella que había puesto aquel día todo el mayor esmero posible en su *toilette* para recibir aquel desengaño...!

¿Pero por qué se había figurado que Ozaya iría a visitarla?

Una corazonada, según ella pensaba.

La había tratado tan mal la noche anterior en su recepción, que ella esperaba que fuese a darle una satisfacción a su casa, cuando reflexionase todo lo que la había dicho.

Pero, acostumbrada a la sumisión humillante de sus adoradores, no conocía a Ozaya y no sabía que justamente lo que él debía demostrarla era, que no lograría nunca someterle y unirlo a su carro triunfal, del que tiraban aquellos necios, idólatras de una diosa, que no se dignaba concederles que la besasen las puntas de los dedos.

Pasó el día y no pareció Ozaya, ni siquiera como alguna vez que otra solía, paseando a caballo por la sombría alameda en que estaba situado el hotel.

Cecilia tenía fiebre.

La fiebre de la impaciencia.

Llamó a su médico quien atribuyó aquella destemplanza a las emociones del día anterior, a la agitación que siempre tiene que sufrir una ama de su casa al preparar una gran recepción como la celebrada la noche anterior.

Cecilia se metió en su lecho con dolor de cabeza, nerviosa, descompuesta.

Era una lucha imposible la que se desarrollaba dentro de su alma.

En el gran Casino de Río de Janeiro, donde se reunía lo más florido y granado, que se decía antes, cuando se hablaba castellano en España, o lo más *pchut*, lo más *gabarra* lo más *chic* o lo más *snob* que se dice ahora, había un rincón donde sobre cómodos divanes, en sillones como camas, en mecedoras silenciosas, se congregaban todos los días, treinta o cuarenta hombres desocupados para dar o quitar patentes de honradez a las mujeres de las familias más principales de Río Janeiro.

Aquella reunión había sido bautizada con el nombre del *Areópago* Brasileño.

Y no sería porque allí se reuniesen sabios como los de Grecia, ni se juzgase a nadie con la madurez y tacto que juzgaban los doctos magistrados del *Areópago* de Atenas.

Todo menos eso. Aquel era un mentidero,

en el que no quedaba honra sana, in un pedacito de las ya enfermas y maltrechas.

Allí, tomando café, fumando un puro, y meciéndose en un balancín, decía uno:

—Conque... ¿qué me cuentan ustedes del feísimo yanqui señor William Jorispk al que, no obstante su fealdad y facha y de lo que ha dicho usted amigo Ozaya que parece un gorila, están las mujeres locas por él?

—Pues que es inútil que lo estén—repuso Rafael—porque ya tiene hecha su elección.

—¡Ah! No sabía...

—Es un secreto de Estado—repuso sonriendo Rafael.

—Un secreto de Estado... que si usted quiere, no saldrá de entre nosotros.

—¡Oh! me es igual que salga de entre nosotros como que salga del Brasil y recorra América y Europa y dé la vuelta al mundo, sobre todo no siendo ninguna cosa que afecte a la honra de nadie.

—¡A ver... diga, diga Ozaya: ¿qué es ello? ¿Dice usted que el *Gorila* ha hecho ya su elección?

—¡Sí hombre! ¿Quién ignora que la marquesa de Porto-Seguro ha hecho su conquista y no tardará mucho en anunciarse su boda? Hace Cecilia un gran casamiento y él también, porque los *gorilitas* que produzca ese enlace, saldrán más perfeccionados... una generación reformada.

Todos se echaron a reir como idiotas al oír a Rafael.

—¿Pero es eso cierto?—exclamó el primero que inició aquella conversación.

—¡Que si es cierto! ¿Cuándo ha dado la marquesa un banquete y baile para festejar a nadie hasta anoche que lo hizo en honor del *Gorila* yanqui? Amigo... cien millones de dólares hacen un casi Dios, de quien es un semi hombre...

—Creo, amigo Ozaya que está usted algo equivocado—dijo uno.

—¿Sí? ¿Aver? ¿Ha celebrado quizá en honor de usted la marquesa alguna fiesta?

—Nó... pero...

—Yo entiendo que debe obsequiarse con un acto así, a un personaje régio de país extranjero, a quien conviene festejar mucho por interés nacional. ¿Pero quién es el *Rey de la grasa de caballo* para que toda una persona semi-principesca como la marquesa de Porto-Seguro, dé una fiesta en su honor? Eso ya no es interés internacional, sino individual. Esa fiesta ha sido dedicada a los cien millones de dólares de S. M. el *Rey de la Grasa de Caballo*.

—Pero amigo Ozaya, la marquesa es muy rica, y no creo que necesite...

—No, no necesita dinero, efectivamente, pero sí le falta algo.

—¿Qué le falta?

—Hasta ahora se ha creído reina de la belleza, aunque sea una belleza de betún; reina de la elegancia, reina de algunos majaderos que la rinden pleito homenaje y a los que tiene puesto el pie en el cuello; pero no es reina efectiva, como si se casa con el señor Jorisprik, que entonces tomará el título de su ma-

rído, el de *Reina de la Grasa de Caballo...*
¡Bonito título!

—Amigo Ozaya, va usted a ser causa de que Cecilia Olivença huya de Río Janeiro y no vuelva aquí jamás.

—¿Y por qué? ¡Acaso es alguna difamación la que de ella hago! ¡Que la cosa se preste a la broma es indudable; pero no es para que una dama se expatrie...

*

* *

Y la broma de Rafael Ozaya, llegó rodando a oídos de Cecilia aumentada y corregida, porque hubo quien quiso aprovechar la ocasión para impedir que fuese un hecho lo que había asegurado Rafael, esperando como los israelitas el Mesias y los carlistas un rey absoluto, que Cecilia se ablandese y le concediera su morena pero preciosa mano.

Hubo quien la llevó el cuento de que, según indicaban las frases de Rafael Ozaya, parecían querer significar que existían relaciones íntimas entre la marquesa y el yanqui.

Esto puso en el colmo el furor de Cecilia aunque públicamente fingió reírse de aquellos cuentos.

Pero cuando a solas pudo dar expansión a sus sentimientos, encerróse en su departamento y como una leona paseábase por el elegante gabinete murmurando:

—O es un infame, un miserable, un mal caballero, o es un despechado orgulloso y necio que no quiere confesar que me ama. ¡Oh! Va a ser necesario tomar una grave resolución... Yo no puedo rogarle que cese en esa campaña; ni puedo apoyarme en la caballerosidad de ninguno de mis adoradores, a quien tendría que... recompensar de alguna manera... Yo significaría a mister William Jonspruk que suspendiese sus visitas: pero esto sería ridículo; sería dar a entender que ese hombre me domina y me impone indirectamente su voluntad... ¡Y tener que confesarme a mí misma que ese mismo hombre es el que llevo en mi pensamiento, que es...! ¡desdichada de mí! ¡al que amo!...

Cecilia se dejó caer en una *chaise longue* y lágrimas amargas cayeron de sus ojos.

Luchaba con una gran contrariedad: el amor propio.

Temblaba de que, por un descuido pudiese descubrirse, en el combate que sostenía, y dejar adivinar aquel recóndito secreto de su corazón que solo podría salir de él después de una humillación a sus plantas de aquel formidable enemigo.

Después de meditar largo rato tomó de pronto una resolución.

—Consultaré a Lucía. Ella tiene talento y experiencia, y me aconsejará.

Y llamando a su doncella, la dijo:

—Que enganchen la berlina: voy a salir.

Y media hora después, vestida como ella solía, con suprema elegancia, y anticipándose a las modas previstas que luego concidían con sus soluciones contrarias, entró en su preciosa berlina verdadero estuche de laca y raso, de tan preciada joya, y se hizo conducir a casa de la Condesa de Elvas, su dulce amiga, y consejera.

XVI

¡Vencida!

—Pero amiga mía es preciso que piense usted bien eso. Creo que sería lo más acertado; pero si huye usted va a creer Rafael que la ha vencido y que usted toma el desquite, poniendo en práctica aquella máxima de la Rochefoucauld: «En las guerras de amor, el huir, es vencer». Es decir que huye usted por temor de odiarle bastante, y... caer en el extremo opuesto.

—¡Es verdad! ¡Y así es amiga mía!—exclamó Cecilia con triste acento.—A usted puedo decirselo todo. ¡Sí, Elvira! Quiero huir porque... le amo, porque ese hombre se ha enseñoreado de mi corazón. Lo que no han podido hacer otros humillándose servilmente hacia mí, lo ha logrado Rafael con su gallardía despreciativa, con sus desplantes y sus sangrientas burlas.

—Entonces... amiga mía hace usted bien en marcharse por algún tiempo y distraerse en Madrid donde tiene usted sus conocimientos y sus amistades. Ya conoce usted Norte América. En París... no tiene usted relaciones de amistad íntima alguna. Madrid la distraerá, y la hará olvidar a ese ingrato.

—Ingrato nó, Elvira, porque nada tiene que agradecerme.

—Ingrato, digo, porque tiene talento y ha debido conocer el fondo de los sentimientos de usted.

—¡Oh! Bien he cuidado yo de ocultarlos.

—¿Cree usted haberlo conseguido?

—Sí, él debe creer que le odio y le desprecio.

—Preciso es confesar Cecilia, que somos un animal muy raro las mujeres...

—¡Maldita debilidad la nuestra que no nos permite ni odiar!

—Entonces... ¿está usted decidida a hacer el viaje...?

—Sí, sí, sí... resuelta. Y espero que si vuelvo a Río de Janeiro ya habrá mudado el cariz de las cosas. Procure usted casarle... como tiene usted empeño en hacerlo y...

—Procuraré prepararle para casarle... con usted—dijo la marquesa estrechando las manos de su amiga.—Mientras esté usted ausente yo creo que convenceré a Rafael para que deponga su actitud y su amor propio, en la seguridad de que si se sondease bien su corazón como yo he empezado a sondearlo, se encontraría en el fondo lo que en el de usted... solo que los

dos han equivocado sus verdaderos sentimientos, y han confundido el amor, con el odio.

—¡Elvira por Dios! Comprendo yo que ese hombre me aborrece que le soy antipática, sea... por lo que sea... el es un hombre. Acaso pretenda a que yo le estuviese mirando siempre a la cara; que prescindiera de amistades de...

—No, Cecilia: usted no le ha comprendido, Rafael me lo ha dicho muy claro: «Es una mujer encantadora; pero que pone todo su empeño en ser adorada sin ella amar. Es... (perdone usted Cecilia).

—Diga usted.

—Es—dice—una coqueta que no goza más que en sublevar a los hombres, para dominarles como esclavos y quiero demostrarle que hay quien no se deja por ella dominar y humillar.

—¿Pero yo he tratado de hacerlo con él?

—Nó, pero él se ha anticipado, para demostrar a sus amigos y súbditos de usted... que hay quien sabe rebelarse, y no sucumbir.

—En fin, condesa; si quiere usted algo para España, dentro de tres o cuatro días me marcharé... ¡Huir... es vencer: dice usted bien!

*

* *

La resolución de la bella marquesa viuda de Porto-Seguro fué pronto conocida de todos sus amigos.

Su hotel se llenó de gente al siguiente día de conocerse la resolución tomada por Cecilia.

El yanqui Jorisprík que estaba completamente ignorante de que él había sido una especie de proyectil lanzado a la cabeza orgullosa de la condesa, acudió como uno de tantos sin notar en su vanidad de burgués cien veces millonario, la fría acogida de Cecilia.

La condesa fijó para dos días después su marcha, porque para esa fecha zarparía del puerto de Río de Janeiro, el vapor *El Brasileño* que se dirigía a Cádiz y a Lisboa.

Todos los amigos de Cecilia prometieron despedirse en el muelle.

Solo una persona no pareció por el hotel! Aquella persona, era Rafael Ozaya.

XVII

¡Hasta aquí!

En el muelle principal del puerto de Río de Janeiro, agrupábase aquella mañana al pie de la rampa que conducía a la borda del vapor *El Brasileño* una multitud de gente que había ido a despedir a la encantadora viuda Cecilia de Olivença marquesa de Porto-Seguro.

Después de los saludos, apretones de manos, besos entre ella y las amigas y demás manifestaciones más o menos verdaderas de afecto con que se despide a una amiga que va a emprender un largo viaje, Cecilia, acompañada de su secretario particular y factotum el señor Briviesca, subió a cubierta y pidió al capitán que le mostrasen el camarote que se la había designado y el de su secretario.

El capitán hizo acompañar a los viajeros por un camarero que les condujo al número 5 y

6 de los camarotes que se abrían alrededor de la cámara de primera, saloncito independiente del comedor, al que se pasaba desde este saloncito donde los viajeros podían reunirse en tertulia.

Cecilia entró en su camarote con el señor Brivesca que iba cargado con un pesado saco de noche y dos mantas de viaje una de ellas para Cecilia y otra para él.

Dejó allí el saco de noche, y salió para tomar posesión de su camarote.

El de Cecilia, de precio cuatro veces mayor que cualquiera de los demás, porque era exclusivamente para ella, tenía en vez de la repugnante litera, especie de nicho de panteón, una cama de madera, fija en el suelo, con buenos colchones, sábanas, manta y colcha; un lavabo con espejo, un water automático y una lámpara eléctrica.

Todo pequeño, pero en condiciones aceptables para catorce o quince días de navegación en aquel vapor que no era ningún trasatlántico, sino un buque bastante viejo, propiedad de una Compañía de navegación de Río de Janeiro.

Después subió Cecilia sobre cubierta, sin sombrero, y asomóse a la toldilla mientras ya quitada la plancha en rampa que daba acceso al vapor, iba enroscándose en el molinete la cadena del ancla levada por la máquina que hacía girar aquella pieza y el cabrestante, que cobraba el cabo de amarre ya desatado de un hito de hierro.

El vapor íbase separando del paramento del muelle, sobre el que se veía el grupo de amigos de la marquesa, que saludaron su apari-

ción en la toldilla con una salva de aplausos y agitación de los pañuelos de las damas.

Volvióse el buque de popa enfilandó la entrada de aquel puerto natural dividido por regueros, colinas o islotes de peladas rocas basálticas.

Cecilia correspondía a los saludos de sus amigos agitando un pañuelo y su sombrilla roja abierta como una inmensa amapola sobre la bonita cabeza de la marquesa.

El vapor desapareció detrás de la bella isleta; volvió a vérselo cruzar entre otras dos, y al fin desapareció de la vista de los espectadores.

Cecilia lanzó un suspiro que lo mismo podía ser de satisfacción que de pesar y quedóse mirando tristemente desaparecer las pintorescas costas brasileñas.

Pronto no fueron más que una línea ondulada y azul entre el horizonte.

La noche empezaba a tejer en el cielo su manto de sombras y estrellas y por el oriente asomaba una claridad plateada, precursora de la aparición de la luna.

Al fin levantóse
...la luna, cual hostia santa.
sobre las olas del mar

que escribía Núñez de Arce.

Elevóse enorme, roja, con ese color de sangre que los preocupados de antaño tenían por señal de guerra o catástrofe sangrienta.

Pero cuando dejó su aparente lecho de zafiro y se elevó sobre el horizonte fué disminu-

yendo de tamaño y recobrando su color de plata bruñida y reflejándose en el mar donde formaba un cabrullio, que semejaba enorme banco de peces bullidores y plateados.

Cecilia permaneció en la toldilla casi sola, porque el pasaje estaba ocupado en arreglar sus camarotes y cambiar sus trajes de calle por otros más frescos y cómodos.

Permaneció allí apoyada en la baranda de caoba que rodeaba la toldilla y fija la vista en la luna, y pensaba:

—¿La mirará también él?...

Y como molesta por aquel involuntario recuerdo, hizo un gesto de desagrado y volvióse para encaminarse al comedor, donde convocaba al pasaje de primera la campana de a bordo que solo tocaba las horas de comer y cenar.

Quedóse de pronto como petrificada y sin aliento al ver a la luz de la luna la figura de un hombre, que con los brazos cruzados, parecía haber estado esperando que ella se volviese para hacerse presente.

Realmente, era para causar estupefacción lo que veía.

Y lo que veía era al mismísimo cuya imagen acababa de ver flotar en un rayo de luna.

Allí estaba su eterno enemigo, su perseguidor incansable: Rafael Ozaya.

—¡Hasta aquí!—exclamó Cecilia cuando el estupor la permitió articular algunas palabras.

—Hasta el fin del mundo que usted vaya—le contestó Rafael.—He consagrado mi vida, lo que de ella me resta poco o mucho, a hacerla a usted aborrecible donde quiera que dirija sus

pasos, y no he de cejar en mi propósito: No, ni he de parar hasta que no dome ese orgullo y humille esa vanidad que me la hace a usted tan antipática y odiosa, y no me pague los muchos desprecios con que me ha honrado, hasta que no implore usted de mí, compasión...

—¡Implorar a usted yo!—exclamó Cecilia con soberana altivez.—Ni mi salvación la pediría a usted si de usted dependiese... conqué ya vé...

—¡Mucho decir es eso!

—¡Yo no podré olvidar jamás... jamás... el en-sañamiento conqué me ha perseguido, el ridículo que ha procurado crear en torno mío, haciéndome objeto de injuriosas suposiciones hasta con relación a un ser ridículo por usted bautizado con un mote más ridículo todavía.

—El *gorila*...

—Sí... Un hombre a quien como a todos he tenido la desgracia de trastornar el juicio.

—¿A todos? Tal vez... Menos a mí.

—¡Quién sabe!

—¿Quién sabe? Quizás habrá usted supuesto en su vanidad inaudita que yo estoy loco por usted.

—No lo extrañaría, porque no es usted de mejor condición que los demás. Pero aunque así fuese, de rodillas y lamiendo mis plantas había de venir usted y...

—No, no tenga usted cuidado que no habría de rebajarme hasta ese extremo aunque la amase a usted como un *gorila*: es decir, como un tonto.

—Sería en vano; porque le aborrezco a usted con mis cinco sentidos y ya puede usted hacer

lo que quiera para que le perdone, porque nunca...

—¡Y que tiene usted que perdonarme ni cuando he de pedirla ese perdón, ni con qué fin!

—En mí tendrá usted siempre su más implacable enemiga—repuso Cecilia.

—Lo celebro, y al cielo doy las gracias por haberme reservado tan suprema alegría.

Cecilia dirigió una terrible mirada a su implacable enemigo y pasó por delante de él con el aire reposado de una diosa, y dejando oír una risita despreciativa y sarcástica.

—Hasta luego... ¡María Estuardo!—le dijo Rafael riendo burlescamente; significando con esto que le parecía una reina destronada.

Nada contestó Cecilia, desapareciendo por la escotilla de la cámara para ir al comedor donde ya estaban reunidos los veinte pasajeros que habían embarcado para Lisboa.

Tomó asiento a la mesa redonda y poco después apareció Rafael Ozaya, que casualmente solo encontró sitio en frente de Cecilia.

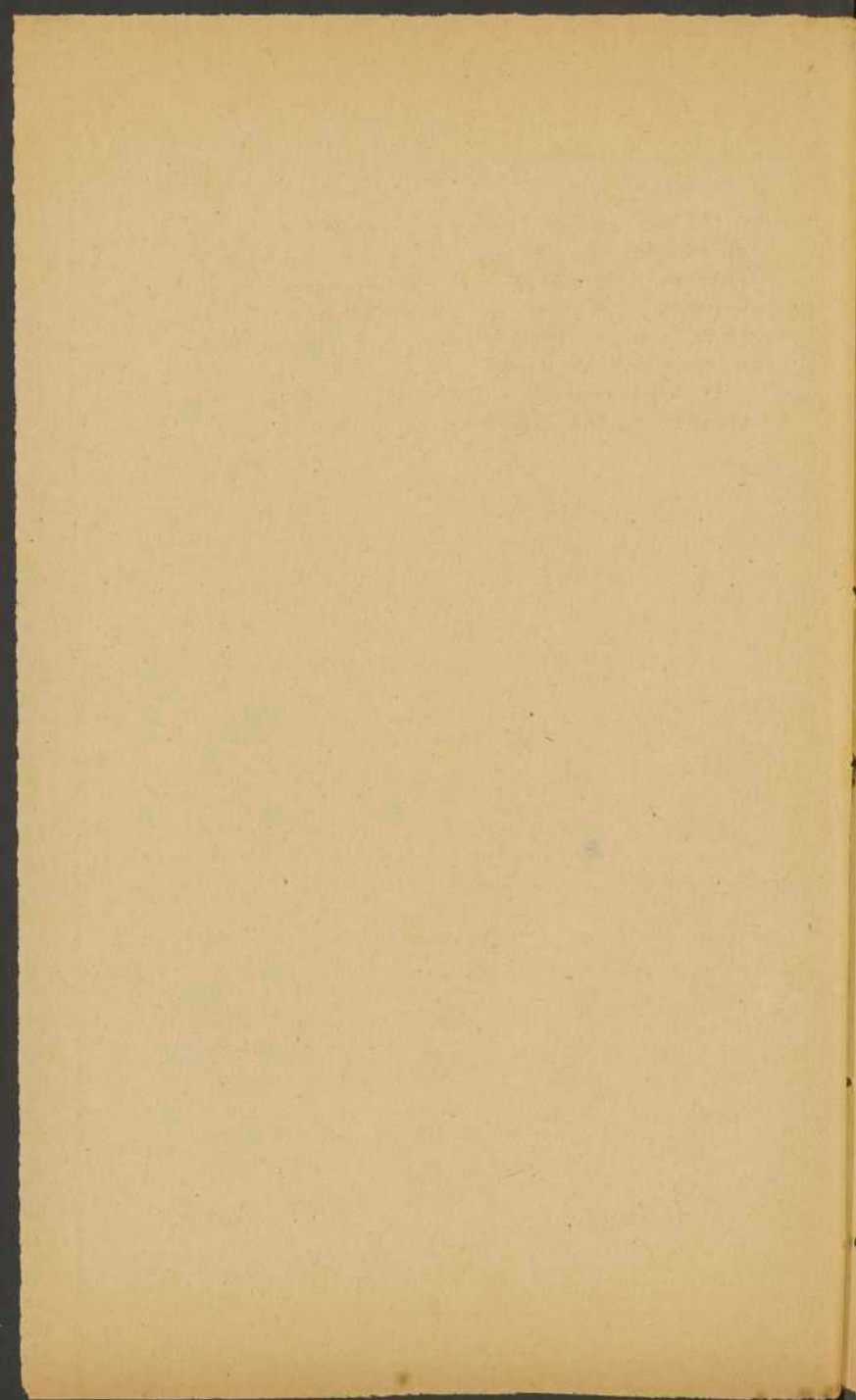
Era para ella una nueva mortificación el tener delante de sí a aquel enemigo aborrecible, temiendo a cada momento una de aquellas audacias que acostumbraba y a las que había puesto el colmo Rafael ultimamente.

Pero Rafael no caía fácilmente en el ridículo, y ridículo y grosero hubiese sido el provocar un nuevo espectáculo delante de gente extraña.

Abstúvose, pues, de dirigirla la palabra y solo alternó con dos o tres brasileños que conocía superficialmente.

Por su parte Cecilia, no conociendo a nadie del pasaje, aunque ella sí era conocida de vista por algunos que la habían admirado por hermosa y elegante en Río de Janeiro, solo hablaba con el señor Briviesca su administrador y secretario particular.

La cena terminó pacíficamente y luego cada pasajero se fué a dormir a su camarote.



XVIII

El naufragio

Hacía cinco días que el buque navegaba con tiempo bonancible.

Hallábase justamente bajo la línea equinoccial, en el punto señalado en la ruta para Europa a los buques que salen de los puertos del Brasil más bajo del Ecuador; es decir, el Río Amazonas, cuya desembocadura está justamente en la línea ecuatorial.

De pronto se encapotó el cielo.

El capitán de *El Brasileño* se mostró intranquilo, porque el mar empezaba a tomar el color verdoso azulado de las tormentas y ciclones.

En el horizonte se veía una ráfaga roja, que era lo que más inquietaba al capitán, porque era casi señal de un próximo ciclón.

El capitán dió sus órdenes para precaver las

consecuencias del fenómeno, y hasta se prepararon los botes y se aseguró la carga que iba sobre cubierta.

Los pasajeros alarmados querían permanecer en esta; pero el capitán mandó que todo el mundo permaneciese en las cámaras y los emigrantes repatriados en la bodega.

Sin embargo, no mandó cerrar las escotillas, en previsión de que fuese preciso que el pasaje saliese precipitadamente.

El ojo del marino no se había engañado.

Minutos después de haber hecho sus preparativos, el mar se hinchó de pronto, y rugió empujado por el ciclón que veloz avanzaba y al llegar al buque lo tumbó de costado embarcando tal cantidad de agua que entrando en el departamento de máquinas apagó los hornos.

El buque fué empujado contra unos escollos que se cubrían durante las altas mareas, y el casco quedó destrozado.

A algunas brazas de distancia, distinguíase un verde islote poblado de palmeras, con una costa acantilada, y en el centro un cono elevado coronado por un ligero penacho de humo.

Era un islote desierto y de naturaleza volcánica en el que las erupciones eran tan frecuentes que no era posible el habitarlo, con seguridad para los habitantes que allí se establecieron.

El pasaje horrorizado subió sobre cubierta, excepto algunos desgraciados que estaban durmiendo en sus camarotes, cuyas puertas se abrían hacia fuera y que el peso del agua les impidió abrir pereciendo asfixiados en aquellos reducidos espacios.

También en la bodega donde flotaban los equipajes habían quedado algunos cadáveres.

El capitán había mandado echar al agua dos botes en los que embarcaron precipitadamente los pasajeros y parte de la tripulación supervivientes al desastre.

Una repentina variación de aire, que giraba como una vorágine, formando remolinos en el mar, arrastró los botes en dirección contraria a la isleta, y algunos tripulantes de los botes cayeron al agua ahogándose inmediatamente.

El buque destrozado se hundió en pocos minutos, y después cuando el encrespado mar se calmó por el alejamiento del ciclón, solo se veía en la superficie del mar algunos cadáveres que las olas se llevaban lejos de la isleta, y varias jarcias y cajas flotando en la superficie.

De los supervivientes de la catástrofe solo quedaba al parecer, con vida en el mar, una mujer asida a un madero.

Aquel fragmento del buque caminaba unas veces avanzando y otras retrocediendo hacia la isleta.

Aquella mujer de ojos dilatados por el terror, de manos crispadas, de cabellos sueltos y espaldas desnudas porque no había tenido tiempo más que para ceñirse una falda sobre su camisa, era la hermosa marquesa de Porto-Seguro, Cecilia de Olivença.

Detrás y como a diez metros de distancia, nadaba desesperadamente un hombre.

Había visto desde la lancha donde él iba, caer al mar de la otra, abarrotada de gente, a Cecilia, que se asió a aquel trozo de madera; y sin pensarlo, impulsado tal vez por un sentimiento

que existía latente en su corazón, no vaciló en salvar a la marquesa o perecer con ella.

Entonces el amor se sobrepuso al odio.

De pronto un golpe de mar arrebató su débil sostén a la joven.

Ella levantó los brazos cruzó las manos como implorando gracia al Cielo y desapareció entre un torbellino de espuma.



Cuando volvió a flotar su negra cabellera sobre el agua, dos brazos nerviosos sostenían a la joven que, medio asfixiada ya, pudo respirar fuera de la superficie del agua.

Al separar los cabellos de los ojos, dirigió la vista sobre su salvador; a quien reconoció inmediatamente.

—¡Déjeme usted—exclamó haciendo un brusco movimiento que estuvo a punto de separarla de Rafael.—Quiero morir, antes que deberle mi salvación.

—¡Bien! No se acuerde usted en estos momentos de quien soy yo.—Contestó Rafael.—He

prometido seguir a usted a todas partes y si usted se hunde, me hundiré con usted y juntos iremos a visitar las profundidades del mar.

Cecilia calló y Rafael siguió nadando con un brazo, mientras que con el otro sostenía fuera del agua el busto de Cecilia, fuertemente asido por la cintura.

Poco espacio les separaba ya de la costa.

Un golpe de mar les arrastró hasta un estrecho estero de arena que limitaba una pared de rocas basálticas casi vertical e inaccesible por aquella parte.

Cuando sus pies tocaron la tierra firme, Cecilia con un brusco movimiento se desprendió de los brazos que la aprisionaban.

—¡Hasta donde podía llegar mi desgracia!— exclamó Cecilia cruzando sus brazos sobre el pecho como representa la estatuaría a la Vénus Púdica.—Le soy a usted deudora de la vida, lo que me obliga a estarle a usted agradecida y a no atentar jamás a la suya...

—Siempre es una ventaja—repuso Rafael con sonrisa irónica.—Y yo así tendré que agradecerla que me perdone usted la vida. Pero... en fin... no se acuerde usted de este pequeño servicio y suponga que es a un rudo marinero a quien debe la vida.

—¡No es tan pequeño servicio el salvar la vida a un ser humano!

—¿Y usted es un ser humano? Usted es una fiera, señora... Pero... en fin... Ahora lo que importa es saber donde estamos, y lo que hemos de esperar de este islote que supongo no estará habitado por antropófagos, aunque ahora sí...

—¿Por qué?

—¿Pues quiere usted más antropófagos que nosotros que estamos para devorarnos? La cuestión ahora es saber cual de los dos será el devorado.

—Tiene usted mal diente para comerme a mí.

—Bueno, será usted quien me coma haciendo el papel de reina Naná en *Robinsón*.

—¡Hombre! Hasta en una situación tan grave como la nuestra, tiene usted ganas de bromas.

—No, no es broma... A Río de Janeiro vino hace muchos años una compañía española de opereta o zarzuela bufa, que entre su repertorio contaba la zarzuela *Robinsón*, en la que aparecía una isla poblada de antropófagos, y cuya reina era Naná. De modo que, como aquí es usted lo que no ha podido ser para satisfacción de su vanidad, es decir, reina absoluta; me recuerda usted el papel de la reina Naná de *Robinsón*, y más lo parecerá usted cuando ya no le sirva esa única falda y tenga que hacerse un taparrabos de plumas. ¡Estará usted divina! ¡Medio Eva y medio Reina *Naná*!

Y Rafael acompañó aquella burla con una risa que hizo estremecer de ira a la marquesa.

Luego mirando a todas partes, Rafael, con su ropa pegada a las carnes empapada en agua como las de Cecilia que modelaban admirablemente, como si estuviese desnuda su cuerpo escultural, dijo:

—Por el pronto no veo la salida de este pedazo de playa. Probaré escalar las rocas, aunque yo no tenga nada de alpinista...

Despojóse Rafael de su cazadora de dril empapada en agua, recorrió la playa observando con minuciosa atención los detalles del acanti-

lado y pudo observar, que hacía el extremo de la angosta playa y rodeando una roca saliente que la limitaba por la derecha, metiéndose en el agua hasta la cintura, podría llegar a un sitio en que la masa roquiza ascendía en escalones, pudiéndose abordar la cima con alguna dificultad.

Intentó, pues, la aventura y, al efecto, alcanzó en breve una primera meseta; entró por una angosta grieta formada por dos enormes rocas, separadas menos de un metro una de otra; escaló otras dos; y haciéndose cada vez más fácil el acceso a la plataforma superior, llegó a ella, abarcando desde allí un bellissimo paisaje.

Grupos de cocoteros, de ananas y guayabas, daban fresca sombra a pequeños oasis, detrás de los cuales, distinguíase una cerrada selva, que iba extendiéndose hasta cierta altura del cono central, cuya pelada superficie negruzca se destacaba vigorosamente del azul purísimo del cielo que resplandecía después del ciclón.

No se veía ni la más ligera señal de habitación humana, a no hacer los habitantes vida de trogloditas.

Después de este rápido examen, Rafael se asomó al borde del acantilado, precisamente sobre el sitio donde permanecía Cecilia tendida en la arena, dejando secar sus ropas, que humeaban al calor de un sol ecuatorial capaz de calcinar un hueso sobre la ardiente arena.

—Señora marquesa... he llegado hasta aquí—gritó Rafael desde lo alto.

—¡Buen provecho!—contestó Cecilia desde abajo sin levantar la cabeza.

—Bajaré para enseñar a usted el camino— continuó diciendo Rafael,—y ayudarla a subir en caso necesario.

—Estoy aquí perfectamente señor Ozaya no se moleste usted...

—Mire usted que ahí abajo no hay ni lapas que comer; que la marea avanza y en breve cubrirá la playa y la envolverá a usted. Voy a bajar, señora, porque es lástima que se pierda tan hermoso ejemplar de mujer morena.

Cecilia permaneció callada; pero sonriendo; porque aun creyendo odiar a Rafael lo que es gracia, le hacía lo que ella llamaba, «sus salidas de pillo», por no confesar que eran gracias que le hacían reír cuando él no la veía.

Volvió Rafael a desandar lo andado; y al entrar en el agua para rodear el pequeño promontorio que le separaba de la playita pudo recoger una larga cuerda que flotaba unida a algo que debía existir debajo del agua.

Tiró del oculto objeto, que arrastró con bastante dificultad, suponiendo debía ser hartopeso cuando aún perdido parte de su peso, según el principio de Arquímedes por su inmersión en el agua, le costaba tanto trabajo sacarlo a tierra.

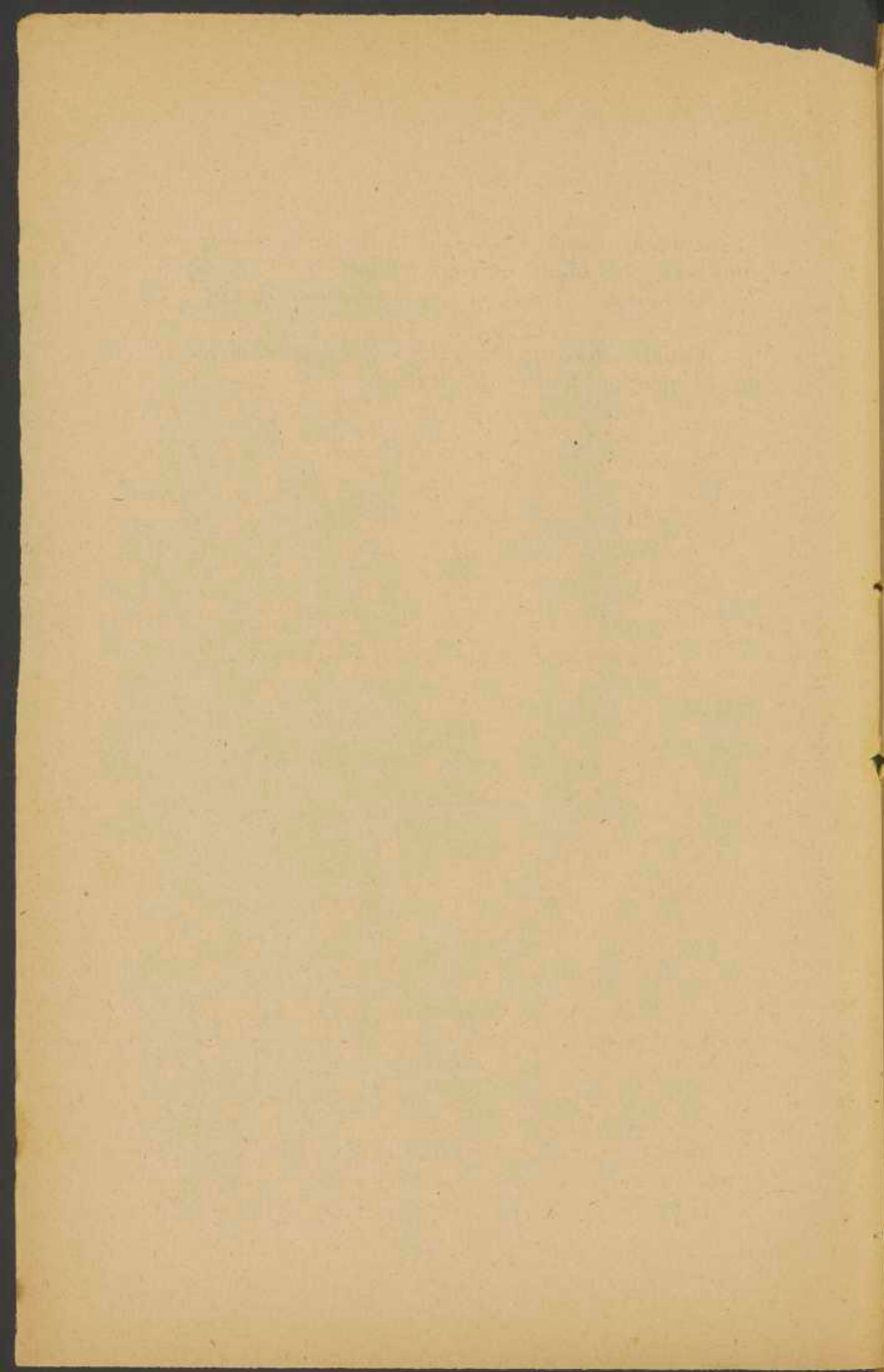
Al fin apareció el bulto, que no era otra cosa que un baúl, mundo de regulares dimensiones, a una de cuyas asas estaba atada la cuerda que debió rodear para más seguridad la tapa del mundo que se desataría al rodar el baúl por el fondo, empujado por el oleaje hacia la isleta.

Rafael acabó de sacar el baúl a la playa;

y corriendo hacia Cecilia, le dijo inclinándose como en un salón de recepciones.

—Marquesa... Estoy a la disposición de usted.

—Vamos—dijo sin titubear Cecilia emprendiendo la marcha detrás de Rafael.



XIX

Una pareja de Robinsones

—Hay que entrar en el agua—dijo Rafael.—
Si usted me lo permite...

—¡Qué!

—Tomarla en brazos...

—Nó, gracias... Entraré en el agua...

—Pero después de seca la ropa...

—Se secará otra vez.

Y Cecilia entró en el agua, que le cubrió hasta la cintura.

—¿Qué es eso?—preguntó al ver el baúl que permanecía medio hundido aún en el agua, más allá del promontorio.

—Ya lo ve usted... un baúl mundo. No sé lo que contendrá. Lo primero es subir a la plataforma, para buscar algo que yantar, y reconocer nuestros dominios... ¡Nuestros; porque al fin algo habría de haber de común entre

los dos, y... ¡vea usted! Estamos a partir, nó un piñón, sino todo un reino... salvaje como nos volveremos los dos dentro de poco...

—Yo no puedo escalar esa roca—dijo Cecilia.—¡Es más alta que yo!

—Suba usted sobre mí... alguna vez, ya que no ha podido lograrlo moralmente—respondió Rafael, poniéndose de rodillas y con las manos en el suelo como un cuadrúpedo.

Que en tal convierten, así el odio... como el amor a los hombres.

Cecilia puso un pie sobre la espalda de su enemigo; después el otro; y cuando estuvo en esta posición, Rafael se levantó lentamente y Cecilia pudo dominar el filo de la roca.

—¿Sabe usted lo que pienso?—exclamó la marquesa.

—¿Qué señora?

—Que si nos viesen así los de Río de Janeiro, dirían que al fin le tenía yo bajo mis pies.

—Eso sería una verdad de Pero Grullo, marquesa; pero, apresúrese usted a subir, porque crea usted que ahora es cuando únicamente puedo apreciar lo pesada que es usted, y lo que pesa una mujer sobre las costillas de un hombre.

Cecilia reprimió la risa que aún en tan tristes circunstancias retozaba en sus labios, secretamente encantada de aquella cómica situación, que hábíales creado la espantosa hecatombe del vapor desaparecido en el mar.

—Ahora, penetre usted por esa grieta—dijo le Rafael—y pronto estará usted arriba. Yo voy a examinar lo que contiene ese baúl mundo,



Mientras Cecilia seguía la ascensión hacia la plataforma, Rafael atrajo el cofre hasta el pie de la roca.

No obstante lo fuerte de su construcción, con el largo trayecto que había recorrido rodando por las olas y dando tumbos por el fondo del mar, estaba desvencijado y su mal encajada tapa, dejaba escapar algunos pedazos de tela que desde luego llamaron por su calidad y extraña hechura toda la atención de Rafael.

Un esfuerzo supremo hizo saltar un pedazo de la tapa, al que siguieron otros, descubriéndose en breve el contenido del baúl.

Eran ropas de mujer.

¡Pero qué ropas!

Había allí vestidos de brocado ordinario guarnecidos con galones, agremanes y flecos dorados,

Mantos de pana roja con pieles imitando armiño con motas negras, como los mantos de los reyes de baraja.

Otros vestidos eran de gasa bordados de plata y lentejuelas.

Coronas de piedras falsas, brillantes cinturones en forma de cingulos egipcios, cuajados de pedrería de imitación; coturnos bordados con hilillo de oro y lentejuelas; botas imperiales modernas con tacones de raso Luis XV.

En fin aquella indumentaria, debió, seguramente, de pertenecer a una *primera-donna* italiana que había cantado en el teatro de Pernambuco y embarcado en *El Brasileño*, y tal vez una víctima del naufragio.

Rafael fué sacando y extendiendo las prendas casi todas empapadas en agua, sobre la primera roca y hasta el baul vacío, fué extraído completamente y depositado sobre las rocas.

Rafael tomó algunas prendas de abrigo y emprendió la ascensión por los amontonados bloques basálticos, tal vez proyectados por el cráter del volcán en alguna tremenda erupción del mismo.

Al fin se reunió con Cecilia que, tendida en el suelo, recibía con fruición los rayos solares, que le devolvían el calor natural y hacían humear sus ropas en una rápida evaporación.

—¿Qué trae usted ahí?—preguntó atónita a Rafael al ver lo extraño de aquellas ropas relumbrantes.

—Parte del futuro vestuario de usted—contestó el joven,—Es digno de una «Reina de la Be-

lleza» como la llamaban a usted allá cuatro mentecatos.

—Entre ellos usted...

—Sí; pero yo añadía un calificativo, el de...

—Bien: no es preciso que lo repita usted.

—Mire, mire si estará usted maja con esto: Un traje completo de corte; túnica de brocado, de raso blanco bordado en plata y perlas; manto de terciopelo, forrado de armiño; botas siglo XIX injerto en siglo XVII, un guarda pies de raso azul, y por si quiere usted proclamarse Reina de estos lugares con permiso de la diplomacia universal, aquí tiene usted la corona de latón dorado que la ofrece su único súbdito... aquí... Y en país civilizado, súbdito, rebelde, contumaz, reincidente y perdurable enemigo.

—La ocasión, creo que no es para bromear a la vista aún de los despojos de una catástrofe como la que, en mal hora nos ha reunido...

—Usted me ha dado el ejemplo, al pisotearme los riñones.

—Bien: aquí lo esencial, lo que interesa, es buscar abrigo para pasar la noche; alguna cabaña... algún...

—Lo que es cabaña, como no hagamos una a lo Robinsón Crusoe... yo creo que no hallaremos la de ningún indígena salvaje, porque yo creo que los únicos salvajes que hay aquí, somos nosotros. Esta isla es pequeña, y pronto se abarca su contenido. Si detrás del volcán no hay ningún poblado, rancho o aduar, lo que es en lo que alcanza la vista no se vé nada que denuncie la existencia del hombre. Mañana exploraremos *nuestra isla* y veremos. Soy

de opinión de que esta noche busquemos albergue debajo de esos primeros árboles, bastante frondosos para librarnos del rocío: Por fortuna tengo aquí fósforos en esta fosforera de oro que cierra herméticamente y que nos proporcionarán una buena hoguera, que auyente si los hay los animales salvajes de que conste la fauna de nuestra isla robinsónica.

—¿Sabe usted—observó Cecilia—que mi posición es crítica por demás, señor Ozaya?

—La mía también, señora marquesa.

—No: la de usted no tanto. Usted podrá añadir a sus juveniles aventuras, la de haber hecho de Robinson durante... yo no sé cuanto tiempo; pero yo no podré decir a nadie que he habitado con usted una isla, tal vez desierta, sin exponerme a las interpretaciones con-
siguientes...

—¡Oh! descuide usted. Yo la daré un certificado de buena conducta, declarando que como no es usted mi tipo, ni usted me gusta, y me es completamente, indiferente, su honor ha quedado a salvo.

—¡Buena está la recomendación de usted!

—O si usted lo prefiere, si hay por aquí algún cura salvaje, nos unirá... *pro fórmula*, se entiende, y nos descasaremos cuando hayamos vuelto a pisar tierra civilizada: así podremos pasar por un matrimonio salvaje, divorciado y las formas quedarán cubiertas...

—Si las circunstancias permitiesen reír me reiría de buena gana de esas majaderías que a usted se le ocurren, pero después de esta desgracia en la que tal vez he perdido a mi honrado secretario, don Manuel Briviesca, si no se

ha salvado en uno de los botes, la risa sería una profanación. Ese mar es hoy un cementerio, y ante él no se puede reír.

—¡Es verdad!

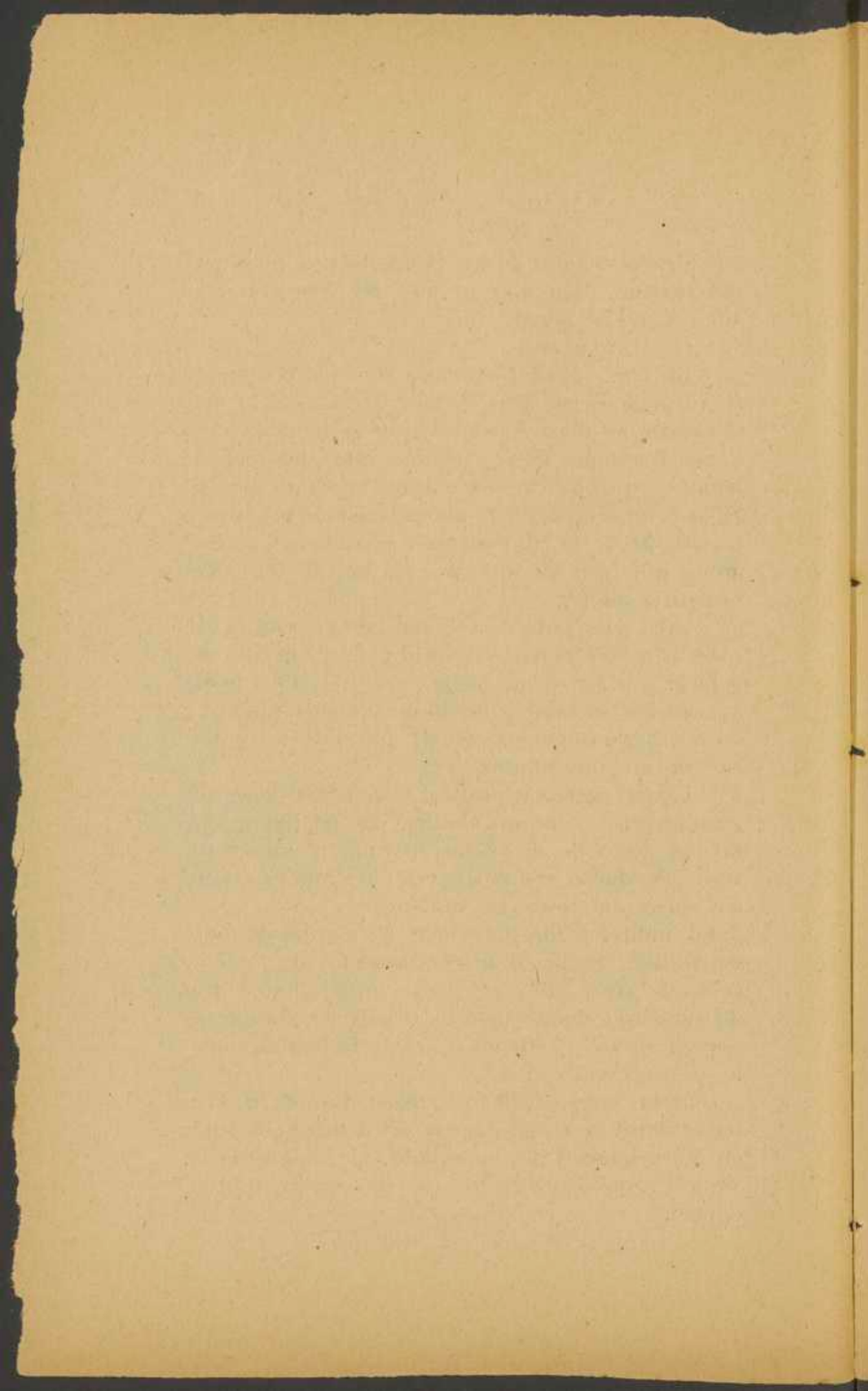
—En fin... a este extremo nos ha conducido la adversa suerte. Procuremos hacer esta lo más llevadera posible. A todo estoy resignada; creo a usted aunque feroz enemigo mío, hombre de honor y que ha de respetarme en la desgracia. Si así no lo creyera, ahora mismo me precipitaría desde lo alto de ese acantilado; porque antes que ser víctima de un brutal atropello, preferiría morir.

—¡Ah! Descuide usted marquesa: nuestra situación no ha menguado en lo más mínimo la adversión que usted me inspira. Solo el amor incita a cometer locuras al que no es un infame y yo no siento amor por usted, sino todo lo contrario, ni soy un infame.

—Están perfectamente de acuerdo nuestros sentimientos—contestó Cecilia, que no pudo ocultar un gesto de despecho; porque la mujer parece ser dueña de despreciar al hombre; pero no sufre que este la desdeñe.

La indiferencia, más bien el alarde de odio de Rafael, la llegaba secretamente al alma, y la hacía sufrir allí, mil veces más que en Río de Janeiro, donde podía devolverle desprecio por desprecio y quedar satisfecha públicamente del agravio.

Cuanto hubiese dado porque Rafael se hubiese atrevido a tocarla con un dedo, para tener el dulce placer de rechazarle, de despreciarle. Aquel respeto insultante la molestaba profundamente.



XX

Buscando casa

—¿Quiere usted que escojamos el dormitorio antes de que cierre la noche?—preguntó Rafael a Cecilia.

—*Los dormitorios* querrá usted decir.

—Es igual. La casa es grande y hay donde escojer habitación.

—Vamos, pues...

Emprendieron la marcha hacia los primeros árboles; y llegados allí, vieron que no ofrecía aquel paraje tan oportuno abrigo como creyeron.

—Sigamos adelante,—dijo Rafael—pero recojamos antes la cena: algunos cocos de los que hay caídos en el suelo a fuerza de maduros, y algunas guayabas creo que serán suficientes para no morirnos de hambre. Si no encontramos agua, la de los cocos nos bastará hasta que nos

llegue la hora de morir de hambre o de sed... Nunca de amor...—concluyó diciendo con sonrisa burlona.

Cecilia callaba; pero interiormente, cada vez admiraba más a su enemigo, y la admiración en la mujer es el prólogo de su amor.

Recogió Rafael dos cocos y un buen número de guayabas y siguieron adelante.

A la entrada de la selva, que como un telón de fondo cerraba el paisaje, hallaron un inmenso baobab cuyo tronco carcomido ofrecía un amplio y seguro refugio para una familia entera.

—Aquí está lo que se buscaba—dijo Rafael deteniéndose.—Es una habitación sin casero, que es el supremo ideal de los pobres que no poseen fincas rústicas, ni urbanas para ser habitadas sin ver mensualmente tan molesto individuo. Bien acondicionado este hueco, puede convertirse en un dormitorio *chic*.

—Es que ese hueco debe de ser quizás el cubil de alguna fiera o de alguna alimaña—exclamó Cecilia.

—¡Bah! Las fieras más temibles—contestó Rafael—no son los de cuatro pies, con garras, o las que se arrastran sobre la tierra. Fieras he visto yo, en forma de hermosísima mujer, mucho más temibles y peligrosas que un jaguar o una serpiente de cascabel.

—Y esa mujer... se parece a mí... por detrás ¿no es eso?

—Nó, y por delante también.

—¡Es usted muy galante!

—Nunca lo fui con mis enemigos declarados. En fin... veamos este antro vegetal que es lo que contiene.

Rafael encendió un fósforo, y avanzó resueltamente dentro del hueco tronco.

La mujer admira siempre la intrepidez del hombre, como desprecia la pusilamidad y la cobardía, por lo mismo que el hombre representa la fuerza, y la mujer la debilidad.

Cecilia gritó:

—Tenga usted cuidado señor de Ozaya. Es una imprudencia aventurarse así, y no debe usted exponerse a ser devorado por otra fiera... que no sea una mujer.

—Para una como para la otra tengo armas de ofensa y defensa.

—Sí, sí... ya se conoce... y envenenadas..

—Justo; para que no revivan cuando las dé por muertas.

Rafael entró en el hueco del árbol.

Tendría este unos veinte metros de circunferencia exterior y el hueco unos tres metros de diámetro de forma casi circular naturalmente bastante irregular y su altura era de dos metros y medio.

Las paredes ofrecían un aspecto leñoso, y no se comprendía como en la sucesión de los siglos que aquel árbol contaría, y cuyas raíces debían extenderse por casi toda la isla, se había ido carcomiendo aquel tronco o creciendo alguna deformación natural de su tronco hasta ahuecarlo de aquel modo.

Nada indicaba que fuese aquel cubil de ninguna alimaña; antes bien debía de ser, o haber sido, vivienda o refugio de seres humanos porque aún sin detenerse en su examen, Rafael notó la existencia de muchos objetos del uso de seres civilizados.

—¡Calla!—exclamó Rafael cuando su vista se habituó a la obscuridad de aquel antro vegetal.—Aquí hay dos armas de fuego... ¡Dos rifles...!—añadió examinando aquellas armas,—y dos cinturones cananas con cartuchos...

—¡Es raro eso!—exclamó Cecilia entrando con más confianza en el hueco del tronco.

—¡Hagamos inventario!—dijo Rafael alegremente.—Aquí hay una botella de champagne, dos cajas de conservas, un poncho peruano... y... ¡Ah! ¿Que es esto? ¡Somos felices! Una linterna y tres paquetes de velas. ¡Mire usted, mire usted marquesa! ¡Estamos en país civilizado.

Cecilia se aproximó y examinó aquellos objetos.

Sobre una de las cajas de conservas, había un papel de filo dorado y ángulos redondos que parecía arrancado de una cartera de bolsillo.

En él se leía en francés:

«A sus sucesores en estos sus dominios, un nuevo Robinsón que se reintegra a su patria». [No había firma.

—¡Algún náufrago o algún loco!—exclamó Rafael.

En el fondo del hueco del árbol, había un lecho de hojas secas, y sobre él una hermosa manta inglesa.

—¡Ea! Ya tiene usted alcoba, cena, y abrigo; es más... observe usted un espejo colgado de una estaquilla introducida en esta grieta del tronco. Es pequeño; pero puede serle a usted útil para contemplar su rostro del que está usted pérdida-mente enamorada.

—Supongo que no hablará usted del suyo, que es el que vé usted ahora en el espejo.

—¡Qué disparate! ¿Cómo he de figurarme yo que esté enamorada de mi rostro la persona a quién debo parecer más feo que Picio?

—Yo no diré a usted lo que me parece su rostro; pero aunque fuese el de un Antino o el de un Apolo de Belveder, no me gustaría, porque... tiene usted en él cierta cosa que le hace antipático... No sé si es ese aire burlón, y satírico, que le dá a usted aspecto de Mefistófeles...

—Pues... tenga usted cuidado con el diablo ¿eh? porque... debe usted recordar una copla que habrá usted oído cantar en España.

—No sé... no sé a cual se refiere usted.

—A una que dice:

El demonio son los hombres,
según dicen las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve...

—¿Ah y usted cree que yo querría nunca que usted se me llevase?

—Como me compara usted con Mefistófeles, y Mefistófeles es el demonio...

—No, pues no temo yo ni a Mefistófeles, o satán, ni a toda su corte infernal.

—¡Ah! ¿No? Es usted muy valiente.

—No: es que no creo en los diablos ¿sabe usted? Esos son cocos para asustar niños y tontos; pero creo en el *Diablo Hombre*...

—¡Y en sus diabluras!—concluyó Rafael—y no es chica esta de haber seguido a usted nada más que para tener el gusto de mortificarla.

—Pues... tiene usted muy mal gusto; porque ni a mí me mortifican las majaderías de usted, ni me doy por ofendida por sus groserías y desplantes.

—Solo en la alteración de su voz, cuando dice usted eso y en lo fuera de lugar, dada su educación, que están esos insultos, se conoce que está usted muy indignada y que me detesta cordialmente.

—Como usted a mí.

—¡Ciertamente!

—Entonces... estamos pagados.

—En paz y... jugando, ¿eh? Pues muy buenas noches, marquesa. Yo voy a ver si veo papeles en algún otro árbol que indique que está vacío como este. Si se le ofrece a usted algo llámeme a tiros, que es como nosotros podemos llamarnos. Aquí dejo uno de los rifles, cargado.

Cecilia se estremeció.

—¡Ah! Se vá usted...—dijo como distraída.

—Es claro... voy a buscar fonda en los guayabos y papayas y albergue en alguna cómoda rama de árbol. Aquí... no estoy seguro.

—¿Teme usted que le arañe?—le preguntó Cecilia sin poder contener la risa.

—¡Oh! Usted araña muy hondo, marquesa. Ya se yo a lo que saben los arañazos de usted...

—En fin... como usted quiera...

—Volveré a ofrecerle a usted mi casa, cuando encuentre piso por alquilar. A los pies de usted marquesa...

XXI

Como amigos

Cecilia quedó sola.

La linterna esparcía por el suelo un sector de luz que iba diluyéndose en las sombras del espacioso hueco del tronco del gigantesco baobal.

Por la entrada se veía el oscuro bosque cercano cuyas cimas plateaba la luna llena.

A lo lejos oíase el rumor de las olas que se quebraban sobre los cantiles de la costa, y algunas veces, una ráfaga de aire fresco conmovía las copas de los árboles, produciendo extraños ruidos, que semejaban quejas y suspiros.

—¡Qué miedo tengo!—dijo Cecilia a media voz.—Ese hombre se ha ido y, cosa rara, detestándole, quisiera que no se separase de mí. Y el demonio del tal Rafaelito, es gracioso. Ha habido momentos en que he estado a punto

de prorrumpir en carcajadas. No extraño que sus sangrientas burlas me hayan puesto en ridículo entre mis conocidos y *amigos... íntimos*. ¡Oh! Si me viesen ahora... ¡Qué situación la mía tan rara! Estoy a la merced de este hombre que, no obstante su malevolencia, me guarda todo género de consideraciones. Por supuesto, —añadió pensativa paseando por el interior del hueco árbol,—¿qué motivos ha tenido para perseguirme con su saña? Se empeñó en humillarme para que yo no le creyese uno de mis esclavos de amor, y a fuerza de sarcasmos quise yo dominarle sin conseguir otra cosa que, en vez de hacerme amar de él me haya captado su odio... su antipatía... Ahora no sé, si el tiempo que permanezcamos aquí, seguirá siendo el caballero galante y respetuoso que hasta ahora va mostrándose... Estoy en su poder y... hará de mí lo que quiera... Pero estoy segura, de que por mortificar mi amor propio y mi vanidad de mujer, ni se atreve conmigo... ¡Es mucho hombre!

Asomóse a la entrada del hueco y mirando delante de sí y a los lados, murmuró:

—Y no vuelve... Hace calor y no puedo despojarme de mis ropas. Si volviera, le invitaría a cenar. Pero él quizás lo despreciaría como mi cena en Río de Janeiro, porque piensa como los árabes que cuando se comparte el alimento con un enemigo deja de serlo; y él no querrá dejar de ser enemigo mío... No, ni yo, ni yo... Si fuésemos amigos, quien sabe... quien sabe... Pero, no no...: firme, firme siempre. El luchando por humillarme; yo, por avasallarle y uncirle a mi carro... veremos quien cede el pri-

mero. Yo quiero odiarle, odiarle... Me ha hecho mucho daño.

Y volviendo a su preocupación, añadió después de una breve pausa:

—¿Dónde pasará la noche? ¿Dónde encontrará abrigo?

—Marquesa—dijo a sus espaldas Rafael que oyó estas últimas frases del monólogo de Cecilia, aunque fingió no haberse dado cuenta de ellas.—Marquesa, en la tercera avenida *Guayabas street*, árbol primero de la derecha, rama principal, tiene usted su casa y un enemigo a quien odiar. ¡Buenas noches!

—¿Se va usted sin cenar?

—¡Gracias! Tengo un coco.

—¡Suculento manjar, por vida mía!

—Basta para un hombre frugal como yo. En la guerra, como en la guerra.

—¿Le vendría a usted mal un tasajo de carne de Chicago y un poco de vino?

—Confieso que es eso preferible a esta fruta fría y deslabazada; pero...

—Pero... ¿qué?

—¡Nada; buenas noches!

—Es que yo no voy a poder cenar tampoco. No tengo fuerzas para abrir estas cajas y esta botella.

—Eso es otra cosa: las abriré y dejaré que restaure usted sola sus fuerzas.

Rafael tomó una de las cajas de latas de conservas, y con la punta de una navaja que había podido conservar hizo saltar la tapa de la caja que contenía seis latas de distintas conservas.

Con la llave que llevaba una de las latas,

arrolló la tapa y sacó una magnífica lengua a la escarlata.

Después abrió una caja de lata de galletas y, como muy práctico en aquella operación, cortó los alambres del tapón de la botella de champagne, dejándola solo pendiente de un alambre que podía destorcerse y hacer saltar el corcho.

Sobre las cajas había un vaso de viaje, de cuero, porque el generoso inquilino, antecesor de Cecilia lo habría previsto todo y dejado allí su vaso de viaje, que no era de los del más moderno sistema por cierto.

—Ahí tiene usted todo eso preparado—dijo a Cecilia que le miraba sentada sobre el lecho de hojas secas.—Ahora que pase usted buena noche en compañía de los loros y ornitorinquíos que he visto en las ramas de este baobab.

—Lo malo es...—empezó a decir Cecilia.

¿Qué es lo malo?

—Que tengo miedo.

—¿Miedo... a qué?

—A... no sé qué... a las bestias salvajes a los réptiles, quizás a hombres desconocidos, indios, o contrabandistas o piratas...

—Creo que no hay aquí nada de eso, cuando ese incógnito Robinsón no ha descargado su rifle que contenía la carga completa y dormía, como usted vé, en el piso bajo y en el suelo.

—Sin embargo considere usted a una mujer acostumbrada a verse rodeada de una numerosa servidumbre, de dependientes, de amigos, trasladarla de pronto a una isla desconocida, desierta, salvaje y habitando como una ardilla en el hueco de un árbol, sola y...

—Con un enemigo a la puerta ¿eh? En efecto, su situación es grave... pero muy grave y peligrosa; y por mi parte estoy dispuesto a no agravarla más. Cene usted... yo vigilaré a la entrada. Este poncho me servirá para no recibir el rocío que se cierna entre la copa del baobal y... haré mi cama en el suelo.

Cecilia quedó impresionada con aquella heroica galantería.

—Cenemos juntos señor de Ozaya. No puedo permitir que mis guardias estén en ayunas, mientras yo...

—Guardián querrá usted decir, marquesa; porque yo... ni he pertenecido, ni perteneceré jamás a la guardia de los alabarderos, al zaguanete que yo le llamaba allá en Río de Janeiro. En cuanto a esa cena que quiere usted compartir conmigo, yo sigo siendo beduino... y no como el pan de mis enemigos.

—Pero hombre... advierta usted, que esto no es mío, que pertenece a los sucesores de Robinson que nos ha precedido aquí. Esto es lo mismo mío, que de usted.

—Entonces... cenemos—dijo alegremente Rafael.

—Tome usted asiento aquí: hay sitio para los dos,—dijo Cecilia indicándole un sitio en el lecho de hojas secas.

—Rafael aceptó sonriendo y en breve comenzaron a cenar en silencio.

Cuando algunos bocados de exquisita lengua a la escarlata y varios sorbos de champagne que tomados en el mismo y único recipiente, calmaron la necesidad que ya empezaba a dejar-

se sentir en sus estómagos, Cecilia rompió el silencio.

—¡A qué situaciones tan extrañas, conduce la suerte!—exclamó en actitud reflexiva.—¿Quién habría de decirnos hace un mes...? ¿qué digo? Hoy mismo, hace cinco o seis horas, que habíamos de vernos obligados a compartir la cena, la habitación...

—Y el lecho—interrumpió seriamente Rafael.

—El lecho nó!—exclamó vivamente Cecilia.

—Creo que es el lecho de usted el en que estamos sentados...

—¡Ah! Sí... sentados, sentados... nada más.

—Otra cosa sería imposible, marquesa. Solo el amor comparte la almohada. El odio que nos profesamos, unido a las conveniencias que deberíamos en todo caso respetar, ponen a usted a cubierto de todo atentado. Este es un extraño episodio de la vida, que no sé como se resolverá, por lo que respecta a nuestro porvenir en este islote; pero que no ha de influir en nuestros sentimientos. Hoy la desgracia nos une; mañana o el otro, cuando recuperemos nuestra independencia individual, volveremos a ser lo que hemos sido el uno para el otro: dos mortales enemigos.

—Tanto me odia usted ¿verdad?—exclamó Cecilia afectando viva alegría, aun que un buen observador, hubiera podido observar un destello de despecho en aquellos hermosísimos ojos que volvían hacia él sus negras pupilas, veladas por espesas y rizadas pestañas.

Después de un breve silencio, de pronto dijo Cecilia prosiguiendo la interrumpida conversación:

—Y... diga usted: ¿por qué nos odiamos?

—¡Ah! ¿Y usted me lo pregunta?

—¡Es verdad! ¡Qué tonta soy! Nos odiamos porque uno y otro hemos llegado en la guerra que nos declaramos, o más bien que me declaró usted desde que llegué de España a Río de Janeiro, hemos llegado al colmo de las ofensas de amor propio, y según dicen en Francia, *l'amour propre offensé ne pardonne jamais*; y esto mismo sucede en el Brasil y en todas partes...

—Donde hay mujeres vanidosas, y en todas partes las hay, porque, como decía el otro, la *vanidad* tiene nombre de mujer. Es la vanidad de usted marquesa, que yo me propuse combatir, lo que ha dado margen a esa mutua falta de respeto que nos tenemos.

—Pero... si dice usted que todas las mujeres somos vanidosas ¿por qué es solo conmigo con quién se ha ensañado usted?

—Verdaderamente, que yo debí verla a usted con indiferencia. Pero ese tonto de Octavio tiene la culpa.

—¿Octavio... por qué?

—Porque de tal modo me exageró el imperio que usted ejercía sobre todos los hombres, que llegó hasta decirme que yo formaría en el zaguanete de sus alabarderos, como todos los que habían sufrido esa... crisis amorosa... esa especie de vómito negro que todos parece sufren al hallarse en la región en que usted vive... Y ya padecido el indispensable mal, se aclimatan a la atmósfera que en torno de usted se respira, quedándoles la debilidad morbosa de seguirla amando a usted platónicamente,

como el fetichista a su ídolo. Y como yo nunca fuí fetichista, ni hubo mujer que me dominase, propúseme demostrar al amigo Octavio y a todos los convalecientes de esa fiebre... amarilla, de su amor a usted, que yo era refractario a la enfermedad y que haría conocer a usted lo que, según parece nunca ha reconocido; la rebelión contra el poder hipnótico, que dicen ejerce usted sobre los hombres. He ahí el principio de nuestra aversión: en usted porque ha visto rebajada su vanidosa soberbia, y en mí, porque siempre me ha sido antipática toda mujer que ha pretendido ejercer una especie de hegemonía amorosa, creyendo súbditos suyos a sus necios adoradores. Ya tiene usted explicada la causa de nuestro mútuo aborrecimiento, que ha envenenado, el deseo de causarnos mutuas molestias.

Cecilia callaba.

Sentía vivos impulsos por quebrantar aquella barrera de hielo que parecía existir entre los dos, ofrecer a Rafael su amistad y venir a una reconciliación.

Pero, el instinto de la mujer que suple a su escasez de entendimiento y a su inexperiencia, la hizo comprender todo lo peligroso de su situación.

Quizás en otra cualquiera, hubiese intentado dar por terminado aquel duelo a muerte; pero en aquella porque atravesaba, era exponerse a muy graves consecuencias. No sabía los días, las semanas, tal vez los meses, que habrían de permanecer juntos; conocía que entre jóvenes se pasa pronto de la amistad al amor, y el amor a solas... en donde no existe más testigo que

la Naturaleza, que desconoce los convencionalismos sociales que enfrenan las pasiones, el amor y la Naturaleza, se imponen, y triunfan.

La historia de Atala y René vino a su memoria, y vió llena de *dulce terror* aquel momento en que un incidente cualquiera podría producir la chispa abrasadora que ciega, como descarga eléctrica, y la hiciese caer, sin valor para apurar el veneno (que después de todo no poseía) como la heroína que ha poetizado Chatcaubriand, muerta al comprender que la caída era inevitable.

Y la marquesa no era la Virgen pura de Atala y no podía tener la pérdida de su virginal pureza como viuda que era.

¿Pero que podría entonces ocurrir?

Ella no conocía las condiciones de nobleza de Rafael, y pensaba con horror que después del triunfo, al volver a la sociedad, hiciese él gala de su triunfo y la desconceptuase.

Era, pues, preferible conservar aquella muralla de hielo entre ella y Rafael levantada.

—Es usted muy exagerado—repuso Cecilia.—Yo no he pretendido nunca esclavizar a nadie. He creído muy natural, que una mujer joven, viuda, no mal parecida...

—No sea usted ahora tan modesta. Diga usted hermosa, porque usted se cree hermosa hasta adorar su propia belleza.

—No, no desconozco que tengo cierto atractivo, y por esto no es de extrañar que tenga pretendientes. ¿Si después de desengañados continúan amándome... platónicamente, qué culpa tengo yo? Siempre halaga a una mujer verse rodeada de una corte de adoradores; pero eso

no quiere decir, que yo pretendiese hacer un nuevo adorador de cada hombre que me presentan.

—Incluso el *Gorila*...

—¡Oh! ¡No recuerde usted una de las más graves ofensas que de usted he recibido!

—Bien, dejemos al cuadrumano yanqui y continuemos nuestra conversación.

—No, no... señor... de Ozaya. Suspendámosla, que tiempo nos queda de seguir esta controversia. Tengo mucho sueño—dijo Cecilia fingiendo un bostezo—pero tengo mucho miedo, y si usted no se alejase mucho, dormiría un rato...

—Pues duerma usted. Yo estaré ahí a la entrada. Si algo se le ofrece, con una voz suya me tendrá a sus órdenes.

Rafael colocó a la cabecera del lecho el manto de terciopelo y armiño, de la infortunada actriz desconocida, formando con él una blanda almohada a Cecilia.

Dióle las buenas noches, apagó la luz de la linterna, como medida económica; y envolviéndose en el poncho, se instaló en el duro suelo fuera del hueco del tronco del árbol, y poco después, dormía como un bien aventurado.

XXII

Firmes en sus trece

Los primeros rayos del sol, que surgía resplandeciente de su lecho de záfiro por el horizonte marítimo, hirieron los ojos de Rafael, que se despertó lentamente.

Cuando se despejó por completo, vió con sorpresa, a su lado a Cecilia que sentada en el suelo y el espejito sobre la falda hacía su *toilette*.

Sus magníficos cabellos, negros como el ébano flotaban sobre su espalda en deshechas crenchas que había empezado a trenzar.

—Buenos días, marquesa,—exclamó Rafael levantándose con presteza.—Ha madrugado usted más que yo.

—Como que me he levantado con el alba. Ese concierto de pájaros cantores, me ha despertado en medio de un ridículo sueño, que me ha hecho reír cuando he abierto los ojos.

—¿Un sueño ridículo?

—Juzgue usted, enemigo mío, juzgue usted: Soñaba que me paseaba del brazo de mi marido por Río de Janeiro.

—¿Del brazo del difunto? ¿Y a eso llama usted un sueño ridículo?

—Nó, no era del brazo del difunto que en gloria esté, sino de un nuevo marido.

—Alguno de los del zaguanete... Octavio, tal vez, Barreiro, Ruano...

—Nó; nó, es la cosa más ridícula todavía... Ese marido era...

—¡Yo!

—¡Ah! ¿Cómo lo ha comprendido usted?

—Porque como máximum, como el colmo de lo ridículo... no cabe más.

—Figúrese usted—añadió Cecilia levantándose después de atar el extremo de la segunda trenza, que echó atrás con un gracioso movimiento—figúrese usted nosotros, enemigos irreconciliables caminando así...

Y Cecilia tomó el brazo de Rafael, apoyándose en él con afectado abandono.

—¡Qué le parece a usted! ¿No se reiría la gente si así nos viesan?

—Es probable. Después de oírla decir a usted que era yo el ser más antipático y odioso de la Creación, después del *Gorila* se entiende, de aquel yanqui entusiasta adorador de usted a quien prodigó usted sus preferentes atenciones...

—Y con quien usted me calumnió horriblemente...

—Las apariencias...

—¡Las apariencias mienten! Por supuesto que usted, estoy segura, no creyó nunca lo que dijo.

—Tal vez; como usted cuando me calificaba de necio don Juan, cuando no se me conoce una sola fortuna con ninguna mujer en Río de Janeiro.

—¡Como cuando decía usted que merecería que nadie me mirase a la cara... a... mi cara... *de betún!*—añadió lentamente Cecilia con graciosa sonrisa, y una mirada fascinadora, como las suyas cuando quería herir mortalmente a un hombre en el corazón.

Y en efecto, Rafael sintió como un vértigo pasar por su vista, impresión que no pasó inadvertida para Cecilia.

Pero Rafael se repuso y dijo:

—En efecto, ese sueño me parece cada vez más ridículo.

Pero ridículo y todo el sueño, Cecilia no dejaba el brazo de Rafael como si hubiese olvidado, distraída, el soltarse de aquel apoyo.

Las mujeres tienen esa clase de *distracciones*.

Cecilia tenía perfecta conciencia de lo que estaba haciendo, y tal vez esperaba de aquella prueba un resultado definitivo.

Seguían andando, callados y apoyado el uno en el otro como dos amantes enamorados.

—¡Qué cosas se sueñan!—volvió a decir Cecilia después de más de diez minutos de solemne silencio.

—Afortunadamente los sueños... solo sueños son—objetó Rafael.

—¡Afortunadamente!—repitió Cecilia con irónico tonillo y recargando sobre cada sílaba.

—Vale más juzgarlos una desgracia que una ridiculez, como usted ha calificado el suyo, Cecilia.

—Y usted también.

—Yo he asentido nada más.

—Pues es igual: eso dice que piensa usted como yo.

—¡Oh! Pues si pensase yo como usted, estaba divertido.

—¿Crée usted que pienso yo mal?—dijo Cecilia desprendiendo su mano del brazo de Rafael, secretamente enojada, al ver que aquel hombre era indomitable e indomable.

—¡Siempre!—repuso Rafael.

—¡Dichoso usted, que piensa con tanto acierto!

—Al menos con más que usted, sí...

Callaron de nuevo.

Habían llegado al filo del acantilado y contemplaban el mar en toda su extensión, abri-llantado por los rayos del sol naciente y en cuya superficie flotaban a lo lejos algunos puntos negros, restos, sin duda, del buque náu-frago.

—¡Qué terrible catástrofe la de ayer—exclamó Cecilia con tristeza.—¡Y qué porvenir más oscuro el nuestro!

—Viviremos aquí mientras podamos—contestó Rafael;—y si nos toca morir a uno de los dos, antes de ser rescatados por algún buque de los que siguen el derrotero que seguía *El Brasileño*, cuando estalló el ciclón, el que de nosotros sobreviva, se llevará el consuelo a América, de haberse visto libre de un enemigo.

Cecilia enternecida sintió bañarse los ojos en lágrimas, que rodaron por sus mejillas.

—¡Ah! ¡Llora usted... llora usted!—exclamó Rafael.—¿Es usted capaz de llorar?

—¡Qué! ¿Acaso me crée usted una fiera?—exclamó Cecilia con impaciencia.—Lloro al úni-

co ser que de veras me amaba: mi anciano amigo don Manuel Briviesca... Lloro por todos los infortunados que han desaparecido para siempre tragados por el mar... Por eso lloro.

—No importa, por qué, o por quien sea que llore usted. Por lo menos... ya veo que tiene usted corazón.

—¿Me ha creído usted acaso de piedra?

—Poco menos... La he creído a usted una mujer incapaz de amar a nadie; más que a sí misma.

—Me ha juzgado usted muy mal... ¡Pero en fin...! Me importa muy poco el juicio que usted de mí haya formado.

—¡Lo creo! Porque a mí me sucede lo mismo respecto de usted.

—Entonces... ¿a qué preocuparnos con lo que uno y otro somos, ni física, ni moralmente? Figurémonos que somos dos hombres... o dos mujeres...

—No, permítame usted: prefiero figurarme que es usted un hombre como yo ó que yo soy una mujer: es decir lo peor que ha criado Dios, encerrado en el busto de barro más hermoso. Sí, sí... tiene usted mucha razón: figurémonos que somos dos amigos... si es que no la molesta a usted mi amistad, y preparémonos a soportar el largo destierro que aquí nos espera, o bien... si lo prefiere usted... separémonos y vivamos o muramos sin saber uno de otro hasta que la casualidad, dentro de un mes, de un año de tres o más... la casualidad nos descubra en este islote a los ojos de algún navegante que pase cerca de estos escollos y podamos hacernos ver y recoger convertidos ya en un Adán

y una Eva, o en dos indios salvajes vestidos con plumas...

—Puede usted tomar la resolución que guste, señor de Ozaya... Puede usted abandonarme si le parece bien y vivir solo, dejándome a mí que viva o muera sin cuidarse de mi persona.

—Eso ya sería, señora marquesa, el colmo de las infamias, y... yo no soy ningún infame.

—Así lo creo. Pero como por lo visto se hacen incompatibles nuestras existencias...

—Tendremos paciencia. Supóngase usted un perro y un gato metidos en una jaula, o en un saco... pues, una de dos: o se devoran a mordiscos y arañazos o se resignan, y... celebran un convenio... Mi padre que era español, bilbaíno, me hablaba de sus tiempos, de la guerra civil de España, y del Convenio de Vergara, al que él como oficial del ejército carlista asistió y... presencié el abrazo que ante sus tropas se dieron Espartero y Maroto...

—¿Y qué quiere usted, que nosotros hagamos otro... convenio de Vergara?

—¿Con abrazo?

—¡Por lo visto...!

—Gracias... No soy Maroto.

—Ni yo Espartero.

Quedaron los dos silenciosos largo rato.

—Tengo sed...—dijo al fin Cecilia. Esa agua de coco no satisface: es dulzona y no quita la sed y solo la aplaca.

—Si quiere usted, buscaremos si hay por ahí un manantial, un riachuelo... un charco o pantano; porque yo también siento la necesidad del agua.

—Como usted quiera.

—Vamos pues...

—¿Y daremos con este sitio otra vez?

—¡Oh! No es tan grande el islote que podamos perdernos.

—Creo que no haremos mal en llevar algo de comer ¿verdad? Porque la hora de almorzar se acerca y nos va a pillar fuera de casa, y no creo que haya por ahí ningún restaurant campestre.

—Dice usted bien.

—Entonces volvamos al árbol y tomemos lo que creamos necesario.

Y, en efecto, allá fueron como chicos en día de campo, corriendo y saltando hacia el árbol donde tenían las provisiones.

Tomaron una de las latas que contenía langosta, unas cuantas galletas y el resto ya evaporado de la botella de champagne descorchado la noche anterior.

—Por hoy no nos moriremos de hambre,—dijo Cecilia jovialmente.

—Creo que nó...—repuso Rafael.—Y si nos aprieta la necesidad podremos echar suertes y...

—¿Suertes? ¿Para qué?

—Para ver quien de los dos se ha de comer al otro.

—¡Oh! ¡Tiene usted unas ideas...!

—¿Crée usted que ni aún muerto, me ha de poder tragar?

—¡Calle usted hombre! ¡Como es posible eso!

—¿Cómo ser posible? Pues yo a usted si me la comería.

—¡Ah! ¿Es cierto?

—¡Ve usted! Si yo fuese uno de sus siervos adúladores, la contestaría a usted diciéndo-

la. «Sí, marquesa, me la comería a usted a besos...» pero como no soy recluta disponible para servir en ese ejército de zánganos, la digo a usted con toda verdad, que en caso preciso, no me sabría mal un solomillo de marquesa a la parrilla.

—¡Jesús qué asco!

—¡Asco por qué! ¡Hay animal más hermoso que la mujer! Piel blanca, fina, bien cuidada; porque excepto ahora, que no tiene usted su cuarto de baño, su lavabo y sus tarretes de tocador, la piel de usted ha de haber estado esmeradamente cuidada y... dará gusto meterle el diente...

—No hable usted así, hombre... Eso es asqueroso... No sabía yo que era usted antropófago.

—No lo he sido nunca...

—Sin embargo hay quien dice que se come usted los niños crudos.

—No, señora: las niñas... Se han equivocado. Pero las de quince años para arriba hasta... ¿Qué edad tiene usted, marquesa?

—¿Le interesa a usted mucho saberlo?

—No... nada, era para fijarle a usted el límite de la edad que me gustan las... niñas.

—¿Y para qué?

—Para decirla a usted que ya está usted fuera de cuenta para mis apetitos...

—¡Ah! ¿sí?

—Es usted ya... gallina vieja.

—Dicen que es la que hace mejor caldo.

—Tal vez; pero tiene la carne dura...

—A los veintiocho años, no creo que una mujer sea vieja.

—¡Ah! Tiene usted...

—Veintiocho años.

—Pues representa usted diez años más.

—¡Usted siempre galante!

—Yo siempre claro. *Vitam imperdere vero*: el lema de Juan Jacobo Rousseau.

Siguieron andando callados, esperando que el uno hablara para replicarle el otro.

XXIII

¡Agua, agua!

La isleta donde habían encontrado refugio los náufragos enemigos, era doble de larga que de ancha y formaba una especie de elipse de curva irregular en su contorno, y de tres kilómetros por uno en sus dos ejes.

El centro lo ocupaba el pequeño volcán de forma cónica y de superficie tan lisa y pendiente, que no era muy fácil escalar la cima.

Aquella eminencia que tenía la forma de un pecho virginal, surgía de enmedio de un mar de verdura y solo en su base se veía algunas rocas cubiertas de culantrillo, y musgo.

No había naturalmente senderos sino pequeños claros en los bosques teniendo que pasar de uno a otro cortando lianas y arbustos para franquear el paso.

Abundaban las palmeras cargadas de dátiles, los altos cocoteros con sus pardos frutos pendientes de sus ramas, y a cada paso un ár-

bol frutal de la zona tórrida, un margo, un aguacate, un chirimoyo, un plátano, un ñame y demás frutos de esas regiones ecuatoriales.

Hasta entonces, los excursionistas no habían encontrado agua por ninguna parte.

En cambio, andando de uno a otro claro del bosque llegaron a uno en el centro del cual veíase unas piedras ahumadas, ennegrecido el suelo, y algunos pequeños resíduos de cenizas de las que metidas entre las piedras no había barrido el viento.

Sobre aquellas piedras que debieron servir de hogar, veíanse dos estacas clavadas en el suelo rematadas en forma de horquilla y sobre estas una vara recta terminada en punta y una especie de manubrio natural en el otro extremo.

Era sin duda alguna un asador de carnes.

Pero lo que hizo detenerse a los dos naufragos con espanto, fué el espectáculo macabro que se ofreció a su vista en aquel claro del bosque.

Apoyado en el tronco de una palmera había un esqueleto de hombre sentado y cerca de él otro en posición supina, de mujer.

De los dos esqueletos no quedaba más que los huesos blancos, perfectamente limpios de carne y con algunos de ellos desprendidos.

El hombre tenía el trajedestrozado, hecho en harapos, y se veía por los restos de tela, que habían pertenecido a un traje elegante y de rica clase.

El de la mujer se componía de una falda de piqué blanco, unas enaguas y una camisa con encajes y lazos de color derosa, todo harapiento, sucio, y manchado de sangre,

Observado de cerca el esqueleto del hombre, se veía el cráneo agujereado por un proyectil y el traje de la mujer horadado por otro proyectil en el sitio del corazón donde se veía una gran mancha de sangre en las ropas y alrededor del orificio en ellas abierto.

—¡Qué drama terrible existirá oculto en estos restos!—exclamó la marquesa.

—Esto parece o un asesinato y un suicidio o dos suicidios a la vez.

—¿Pero y las armas?

—¡Oh! Las armas serán tal vez estos rifles que llevamos, encontrados al lado de estos cuerpos por nuestro antecesor, el que nos ha surtido de conservas. Vea usted este sombrero fué un jipijapa... ¡Ah! tiene un sello en la badana, que dice según aún puede medio leerse: *México Sombrerería de An...* y no se lee el resto.

—Veamos la mujer.

En las rotas prendas interiores de las que salió un enjambre de hormigas que vivían en la carroña de aquella mujer muerta, se veía una cifra enlazada y bordada al pasado, una E. F.

Ni sobre su cuerpo ni a los lados se veía joya alguna.

Al levantar la vista notó Cecilia en la corteza de un árbol algunos trazos como cifras y caracteres, hechos con navaja.

La fecha era bastante atrasada lo menos de tres años.

En la corteza lisa de un álamo blanco, leíase aunque con dificultad, escrito con un alfiler o hierro fino y punzante lo siguiente en francés: «Llevamos tres años aquí, enfermos, exánimes. He matado a mi mujer de acuerdo con

ella y yo me he suicidado en seguida. Rogad por los dos.» *Blak y Emilia.*

¡Qué misteriosa historia aquella que no se podría aclarar nunca!

—Cuando salgamos de esta isla, si alguna vez salimos—dijo Cecilia—llevaremos estos restos al hueco del baobab, que ahora me sirve de vivienda, y cubriremos con piedras la entrada y así tendrán cristiana sepultura a la que pondremos una cruz y dentro de esa tumba la explicación del encuentro.

Cecilia que aún conservaba sus creencias de niña, se arrodilló en el suelo entre los dos cadáveres, y rezó durante algunos minutos, mientras Rafael permanecía descubierto y contemplando con cierto embeleso aquella bonita figura de mujer, postrada en el suelo, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en el cielo.

Es casi seguro, que aparte de la intención religiosa de aquella plegaria, la coqueta marquesa había aprovechado la ocasión de ofrecer una artística *pose* a los ojos del joven enemigo, de cuya conquista, y dominación, ni allí desistía.

Pero Rafael, como hombre experimentado que conocía todas las tretas de las mujeres no le pasó como ignorado aquel recurso empleado por Cecilia para interesarle.

Volvió la vista hacia otros troncos de árboles y no pudo ver nuevas cifras ni escritos de ningún género.

La tragedia estaba bien clara.

Seguramente eran aquellos los restos de dos naufragos abandonados durante tres años.

La carencia de albergue y de alimentos nutritivos, debió determinar en ellos enfermedades dolorosas, insoportables, y tal vez buscando el descanso en los dulces brazos de la muerte apresuraron las suyas, sin esperanza ya de salir jamás de aquel destierro malsano.

Veíase allí cerca restos de algo que debió querer ser albergue; pero no todos son ingeniosos como Robinsón Crusoe, para construir chozas, trajes de pieles y útiles de labranza, y los restos de aquella vivienda resultaban tal falta de solidez y de maña, que bien se comprendía que el viento y la lluvia y algún terremoto habrían convertido en ruínas aquel mal refugio.

La desaparición de las armas conque se había realizado la muerte del infeliz matrimonio se explicaba por la presencia secreta de otro Robinsón o más de uno de los que habían dejado en el hueco del árbol aquellos víveres y los dos rifles y las cápsulas y tal vez los mismos conque se realizó el homicidio y el suicidio salvadores.

Pero examinando el orificio del cráneo que aparecía en la sien, y el de la ropa de la mujer, vió Rafael que las cápsulas empleadas debían ser de revólver de ocho milímetros mientras los proyectiles de los dos rifles, eran de doce.

Sin duda los revólvers o revólver, si no había más que uno debió recogerlo el misterioso habitante del tronco de baobab.

Después de dirigir una última mirada a aquellos restos humanos que aún marcaban perfectamente la figura y posición de los cuerpos, siguieron adelante.

De pronto oyeron algo que arrancó a Cecilia un grito de alegría.

—¿Agua?—exclamó.

—Creo que sí...

Aplicaron el oído y oyeron en efecto el armonioso y alegre sonido de una cascada.

—Señor de Ozaya... corramos... Me estoy muriendo de sed...

Corrieron en dirección al ruido que habían oído y que cada vez se producía más claro hasta convertirse en ensordecedor.

Salieron del bosque, y de pronto cambió el panorama.

Delante de sí tenían una profunda sima, que formaba una cortadura en la que se precipitaba un verdadero río que caía en forma de tres cascadas escalonadas hasta el fondo de la sima en la que desaparecía el agua por un enorme agujero como un túnel, que probablemente saldría al mar.

Era imposible bajar a aquella sima sin estrellarse con solo intentarlo.

Veían el agua y más les avivaba la sed aquel suplicio de Tántalo.

Hasta ellos llegaba la frescura del agua y una especie de fina lluvia que les mojaba el rostro y los vestidos.

—Es preciso que lleguemos al origen de la cascada; al río que se despeña por esa cortadura y desaparece como una decoración de comedia de magia—dijo Rafael.

—Daremos la vuelta a ese monte y veremos de trepar a lo alto por donde corre el río, que indudablemente procede de algún gran manantial.

Tomaron la dirección de aquel monte que se iba elevando y llegaron al pie de un escarpe en el que crecían unas plantas raras de largas ramas muy fuertes y flexibles.

Cortó una de ellas Rafael y dándosela a Cecilia la dijo:

—Agárrese usted bien al extremo de esa vara y procure poner los pies en sitios seguros.

Asió el otro extremo de la vara Rafael, y comenzó a subir llevando a remolque a Cecilia, que se asía con las dos manos a la vara y ponía con cuidado los pies en las pequeñas anfractuosidades de la pendiente por donde trepaban.

XXIV

Nuevas tendencias hacia la paz

El ruido de la cascada que había disminuído hasta casi extinguirse al dar la vuelta al monte, volvió a percibirse más distinto a cada paso que daban, ascendiendo por la empinada pendiente.

Al fin llegaron a lo alto y pudieron apreciar en toda su extensión el panorama que tenían delante de su vista.

En el fondo se destacaba a tres kilómetros el cono del volcán reducido a la mitad de su altura por la ganada con la subida de la pendiente.

Por una especie de zanja de diez o quince metros de ancha, bordeada de árboles y bam-

bues, corría con rapidez vertiginosa por una pendiente bastante pronunciada, un río de agua pura.

Rafael y Cecilia siguieron por borde de aquella enorme acequia que el agua había ido abriendo en la roca sabe Dios durante cuantos siglos.

De pronto llegaron al origen del río.

Por aquel frente de la montaña cónica se veía caer el agua brotando del seno de unas rocas, como una cascada de quince o veinte metros de altura.

El volcán parecía entonces un pecho virginal de mujer herido de una puñalada y vertiendo un torrente de... agua en vez de sangre.

Era aquel un manantial caudaloso que salía de las entrañas del monte entre una superficie lisa de piedra pomez, sin duda producto de alguna erupción volcánica antigua.

Cecilia no podía resistir más la sed.

En una de las inflexiones de la margen del riachuelo, podía llegarse hasta la lengua de agua de un gran remanso en el que crecían nenúfares y otras plantas acuáticas ecuatoriales, enormes y de un perfume más penetrante que el de la magnolia y el nardo gigante.

Afortunadamente llevaba Rafael el vaso de cuero y pudieron saciar la sed con aquella agua fría como la nieve y de un ligero sabor ferruginoso.

Bebió ella primero cuatro o cinco vasos de aquellos, que no hubiera satisfecho, de ser uno solo, al menos sediento; y luego dijo vaciando la que quedaba en el vaso.

—No quiero que sepa usted mis secretos, mi digno adversario.

—Buenos serán ellos, cuando teme usted que se adivinen, si fuese verdad semejante dicho.

—Toda mi vida es transparente como un cristal y cualquiera puede sondearla sin que encuentre en ella nada que sea vituperable.

—¡Oh! es que yo no creo que haya usted hecho nada en el mundo que pueda imprimir infamia ni que sea punible.

—Aunque usted no quiera reconocer en mí mérito alguno, creo que lo tengo y solo hay o han existido dos hombres que lo han desconocido—repuso Cecilia.

—¿Quiénes?

—Usted y mi marido.

—¿No se casó enamorado de usted?

—Se casó... porque yo era para él una mujer menos que desear; pero si hubiese apreciado en mí un mérito cierto, su conducta hubiese sido otra conmigo... ¡En fin! ¡Pese, Señor, en mí el caliz de amargura de esos recuerdos! Pero decía a usted que teniendo un mérito físico que usted desconoce...

—¿Pero quién le ha dicho a usted que desconozco que es usted incomparablemente hermosa?

—Eso no me lo ha dicho usted nunca.

—Y ahora se me ha escapado involuntariamente.

—¡Ah! ¿Luego usted dice lo que no siente? Luego...

—Es que a veces es preciso.

—¿Y usted es el que citaba no sé que lema latino que decía usted era el de Rousseau, y que traducido al lenguaje vulgar quiere decir que la Vida debe ser consagrada a la verdad?

—Cuando la verdad daña al prójimo, no se debe emplear.

—¿Y en qué puede dañarme a mí el reconocimiento por usted de mi belleza?

—¡En hacerla a usted más vanidosa de lo que es, marquesa!

—¡Vanidosa! Nunca me tuve por tal...

—Sí. Por lo mismo que se cree usted la más hermosa de las mujeres: por vanidad; por el prurito que en usted se advierte de querer sobreponerse a todos por belleza y entendimiento, y como confesar que existen en usted esas dos cualidades, sería fomentar más aún su vanidad, de ahí por qué no he querido hacer a usted ese mal, que la hubiere resultado de decirle a usted la verdad.

—Vamos... Creo que al fin nos reconciliaremos.

—Es posible, porque mientras a una mujer no se la llame fea siempre hay la esperanza de poder reconciliarse con ella, según opinión de un sabio que lo entiende.

—Entonces... amigo mío...

—¿Amigo?

—Digo... enemigo mío—dijo Cecilia riendo y mostrando aquella dentadura incomparable, aquellas encías sonrosadas y aquella garganta que parecía interiormente una bóveda de coral...

—Bien; ¿qué dice usted a su enemigo?

—Digo que entonces no cabe reconciliación entre nosotros.

—¿Por qué?

—Porque... lo que es fea... me lo ha llamado usted varias veces.

—No es exacto.

—¿No?

—Nó. Yo lo que he dicho y Octavio mismo no me dejaría mentir que, aunque reconocía que era usted soberanamente hermosa, no me gustaba usted.

—¿Y... entonces... decía usted la verdad?

—Hace un momento, que la he dicho a usted que no era mi tipo, que no me gustaba y entonces como ahora dije la verdad: no me gusta usted y no puedo enamorarme de quién no me gusta.

—Tiene usted razón...—suspiró Cecilia.

Y luego, afectando indiferencia:

—¿Continuaremos nuestra ascensión?

—Creo que no es necesaria. Por allí veo una serie de rocas escalonadas que bajan al valle donde tenemos o... tiene usted su albergue vegetal, su baobab y por allí podemos bajar y subir para buscar agua en este río.

—¡Ah! ¿No tendremos que bajar por aquella horrible cuesta por la que usted me ha remolcado...?

—No hay necesidad de tal cosa.

—Bajemos, pues.

—Vamos allá.

Llegaron al escalonado.

La naturaleza a veces parece que ha previsto las necesidades del hombre.

Aquel escalonado era prodigioso. Las rocas formaban una verdadera escalera de gradas desiguales, pero gradas al fin, unas anchas, estrechas otras, unas altas de cuarenta centímetros y otras de quince y veinte.

El descenso era fácil y cómodo.

Sin embargo una mujer, y mujer poco acos-

tumbrada a andar por pedregales y riscos, estaba en peligro de caer a cada paso.

—Marquesa—dijo Rafael a Cecilia.—Creo que lo cortés no quita a lo valiente y como el que no nos podamos ver, no está reñido con la galantería...

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque, como veo que vacila usted al andar y teme saltar estos escalones ciclopeos no se si atreverme a ofrecer a usted mi brazo.

—Sí... atrévase usted que ni por eso le voy a usted a querer menos ni usted a mí. ¿No es verdad?

—Justamente.

Rafael ofreció su brazo a Cecilia que se apoyó en él con fuerza.

—Creo que le haré a usted caer—díjole mirándole de soslayo.

—Me parece que nó, marquesa; usted... tal vez se caiga... yo... nó.

—¿Y si... algún día le viese yo a usted caer...?

—¿A mí?

—¡Sí, a mis pies!

—Muerto, tal vez...

—De amor.

—¡Qué disparate! amarla yo a usted. ¡Para qué querría usted más satisfacción!

—¿Ah, usted cree que yo estoy ávida de que usted me quiera?

—Estoy seguro.

—¡Cómo!

—Si señora.

—¿Y qué bienes me reportaría esa gracia?

—El placer de haberme vencido y humillado.



Usted como toda mujer es coqueta Cecilia, no puede negarlo...

—¡Por qué! ¿Por qué me gusta agradar?

—Eso sería ser presumida y... nó es eso lo que es usted, nó. A usted la encanta el inspirar amor, para no corresponderlo; y es un placer inmenso para usted el hacer sufrir a un hombre amor por usted. Eso... eso es coquetería... y el que cae en ese lazo es un estúpido.

—¿Y es por eso por lo que tanto se defiende usted?

—No tengo que defenderme porque estoy seguro de que no he de caer en esas redes.

—Vamos a ver Rafael, digo, señor de Ozaya...

—¿Por qué ha rectificado usted y no me llama por mi nombre?

—¡Oh! Mientras usted me llame... marquesa... y no Cecilia, yo debo llamar a usted don Rafael o señor de Ozaya.

—Y no excelentísimo señor, porque no tengo excelencia... ¿éh?

—¿Convenimos en una cosa?

—Usted dirá...

—Apear mi tratamiento de marquesa y el don de usted y reemplazar título y apellido por los nombres respectivos.

—Como usted quiera.

—Es decir que desde hoy, renuncio a mi título y usted a su apellido, y quedamos simplemente Cecilia y Rafael.

—Como usted quiera, repito.

—¿Pero... le agrada a usted?

—Me es indiferente... no he de quererla menos por eso.

—¡Oh! ¡Es usted insoportable!

—También; como usted quiera.

—¡La verdad es que esa calma de usted es capaz de achicharrar la sangre!

Rafael se echó a reír.

—¡Se ríe usted!

—¡Sí...!

—Eso prueba solo una cosa.

—¿Qué?

—Que no tiene usted corazón.

—¿Nó... eh?—preguntó haciendo un esfuerzo para no estrechar a Cecilia contra su corazón, y decirla cubriéndola de besos:

—Te amo, te amo y ya no soy dueño de seguir disimulando.

Pero siempre desconfiado, creyó ver en los ojos de Cecilia la alegría del triunfo, el placer de la venganza y se contuvo y... calló.

XXV

Esplieaciones

Acabaron de bajar la natural gradería, y se encontraron en un campo de cespèd como una inmensa zalea de verdura, matizada de florecillas blancas y amarillas como margaritas pero dobles de grandes que las nuestras.

—Cecilia... creo que ha llegado el momento en que el animal se sobrepone al hombre y pida reparar el estómago.

—Tiene usted razón Rafael: es preciso no darlo todo al espíritu. El cuerpo reclama combustible; la máquina sin carbón no anda; es preciso variar, alternar; unas veces atracán-donos

de psicología práctica y basta de fisiología y otras de economía animal.

—Pues como pasto tenemos aquí lo suficiente por ahora; y si usted no lo encuentra desacertado, bella señora, creo que haríamos perfectamente en tendernos sobre esta blanda alfombra de césped y poner la mesa que ya tenemos adornada de flores, en este espacio cubierto por la sombra de ese árbol secular.

—Y compañero del otro; porque también está hueco aunque no tan profundamente.

—¡Oh! Aquí haré yo esta noche mi cama con estas hierbas frescas, y por lo menos no estará tan duro mi lecho, como el santo y pelado suelo donde pasé la noche anterior.

—Perdone usted: fué culpa mía, porque le exigí a usted en cierto modo, que se quedase cerca de mí, pues realmente tenía mucho miedo.

—De todos modos hubiera necesitado echar el cuerpo en alguna parte y solo el suelo me ofrecía duro lecho; porque supongo que no hubiese usted sido tan generosa que me hubiera ofrecido la mitad de su lecho de hojas secas.

—¡Oh! ¡Eso de ningún modo! Ya puede usted comprender...

—Sí... las consecuencias sociales... Aquí que estamos en sociedad con los pájaros...

—Sí... el buen parecer...

—¡Justo! Ante esos dos esqueletos que hemos encontrado...

—¿Pero qué quería usted, hombre de Dios, que compartiésemos el lecho como el pan?

—¿Yo? ¡Qué había yo de querer!

—¡Es claro...!

—Odiándonos como nos odiamos...

—¿Me odia usted mucho, verdad?

—Una atrocidad. Pero eso no quita para que, faltando a la costumbre árabe, partamos el pan y...

—La sal.

—Nó, la sal no podemos partirla porque se la ha apropiado usted toda.

—Es usted, cuando quiere, muy galante Rafael.

—Solo usted me calificó en el mundo de grosero.

—¡Yo...! ¿Cuándo?

—Recuérdelo usted...

—Sí, ah; fué... no quiero recordar el motivo.

—Bien pues... no recordemos y comamos.

—Armisticio por una hora.

—¿Sabe usted lo que pienso? Rafael.

—¿Qué?

—Que hay horas que no debían acabar nunca.

—Eso es muy fácil.

—¡Cómo!

—Pues parando el reloj y figurándose uno que siempre marca la misma hora eterna.

Rafael sacó su reloj, abrió el cristal y rompió las manillas.

—Ya todo es una hora.

Miróle Cecilia con ternura y suspiró.

Rafael se encogió de hombros exclamando:

—La humanidad está loca perdida: Comamos.

Y en un papel depositó algunos trozos de carne de ternera en conserva, que sacó con la punta de una navaja de Albacete de la lata.

Acompañando la carne con galletas comieron

aquel rico tasajo y bebieron el resto de la botella de champagne.

—¡Demonio de vicio;—exclamó Rafael.—Hace veinticuatro horas que no fumo y festoy como sin vida. Daría por un habano...

—A mí—dijo riendo Cecilia.

—¡Cómo a usted!

—Sí, que me cambiaría usted por un cigarro.

—Una cosa es que la aborrezca a usted y otra que no reconozca que no se la puede a usted cambiar por todos los ingenios de Cuba, y menos por un solo cigarro puro.

—Yo no sé como siendo usted tan galante ha podido usted ser tan áspero conmigo.

—¡*Chi lo sá!* ¿Y usted?

—¿Qué?

—¿Por qué se ha mostrado usted siempre tan despreciativa?

—¡Por qué! ¿Qué quería usted qué a los desplantados de usted, a sus insultos contestara con sonrisas y rostro placentero?

—Es usted muy orgullosa.

—Tengo motivos para serlo. ¿No lo cree usted así?

—No es lo malo el orgullo, sino la tendencia que tiene usted a avasallar, a dominar. Y después de todo comprendo que una mujer, domine al hombre por el amor: el hombre que se vé amado, gusta de hacer su reina, de la mujer amada: pero es humillante y bajo, indigno y hasta miserable el papel del hombre, que amando a una mujer, se vé de ella despreciado y todavía se rebaja hasta prestar una adoración ridícula a su ídolo. Esa es el bello ideal de usted y esa la situación de los necios que

forman en Río de Janeiro su guardia de honor, su escolta de alabarderos. Y he ahí lo que he combatido en usted.

—¿Pero... a usted que le puede interesar todo eso?

—¡Qué quiere usted! Me aseguraba Octavio que yo sucumbiría, como los demás, a su poder de fascinación, que por lo visto emana de usted, aunque yo no he sentido esa fuerza sugestiva, esa influencia hipnótica que suponen en usted.

—¿Crée usted que sin esa prevención contra mí, porque me crée usted dominadora y que me enorgullezco con serlo, me hubiese usted amado?

—Según.

—Según... qué, o cómo.

—Según viese yo la probabilidad de ser amado por usted. En eso me diferencio de sus idólatras y en algo más.

—¿En qué?

—Yo no he tenido nunca el mal gusto de enamorarme como la mayor parte de los hombres. Pero si hubiese caído en esa ridícula debilidad, hubiese sido tan exigente, que me hubiese hecho aborrecible a la mujer por mí amada.

—¿Pero qué podría usted exigir más sino que le amase a usted...?

—A mí solo.

—¡Oh! Eso está descontado para toda mujer honrada...

—Es que no basta ser honrada y no faltar al hombre a quien se ha jurado fidelidad. Yo hubiera exigido que fuese yo el único objeto

que la preocupase en el mundo; que si vestía con elegancia fuese para agradarme a mí y no a los demás. Porque la mujer que no se hermosea solamente para su marido, la falta, en el momento en que desea agradar a los hombres, o alimenta la baja pasión de producir la envidia en las demás mujeres, y ya esos dos sentimientos excluyen el único que yo desearía inspirar a la mujer amada: el sentimiento exclusivo de amor, y usted, Cecilia no es mujer que lo sacrifique todo al hombre amado.

—¿Y por qué no?

—¿Usted? imposible.

—No lo creo yo así.

—¡Cá! ¿Cómo habría usted de prescindir de su corte de aduladores, de sus reuniones, de sus banquetes de sus bailes para consagrarse exclusivamente al hombre que amase?

—¿Pero... hijo mío, es que el amor necesita vivir en una Tebaida social? ¡Por qué ha de prescindirse del mundo...!

—Por ser uno de los enemigos del alma, según la doctrina cristiana; al mundo sucede el demonio, y el demonio... pide carne; de modo que para ser yo feliz con una mujer, sería preciso que ella renunciase al *mundo*, al *demonio* y a la *carne*, a los tres enemigos del alma y de la tranquilidad conyugal. Usted es... lo que en la buena acepción de la palabra, se llama una mundana y [no podría usted nunca prescindir de todo eso que la embelesa, que la hace feliz: los elogios de los unos, los homenajes de los otros, los rebajamientos de estos, las desesperaciones de aquellos. En fin Cecilia: que entre

usted y yo hay tal discordancia de gustos que siempre sin odiarnos, seremos adversarios.

—¿Pero Dios mío por qué? ¿Sabe usted acaso de lo que yo soy capaz si me viese amada con pasión?

—¿De qué?

—De lo que tal vez usted no lo fuese.

—Diga usted...

—De prescindir del mundo...

—Y de sus pompas y vanidades... ¿verdad?

—Eso mismo.

—¡Bah! ¡bah! Permítame usted que me ría. Y Rafael dió una sonora carcajada.

—¿Se ríe usted?

—¡Es claro! ¡Si es usted Cecilia un saco de vanidades! Si quisiese usted prescindir de ellas, se moriría, como los alcoholizados se mueren si de pronto se les suprime el alcohol que ficticiamente anima su existencia. Si usted tuviese que renunciar a todo eso que he dicho, la mataría la nostalgia de la vanidad...

—¡Qué mal me ha juzgado usted siempre Rafael!

—Creo no haberme equivocado un ápice en mis apreciaciones.

—Sí y voy a demostrar a usted lo contrario.

—Será curiosa la demostración. Veamos.

Y Rafael se dejó caer en la mullida hierba sobre que estaban sentados, apoyando en ella el codo y la cabeza en la mano, para oír sonriendo con sonrisa de incredulidad lo que a decir iba Cecilia.

XXVI

Lo que debía esperarse

—Ustedes, los señores hombres—empezó diciendo Cecilia,—piensan como ciertas razas orientales, que la mujer no tiene un alma como el hombre, lo cual la reduce a ser un objeto puramente de placer.

¡Cuán equivocados están los que así piensan!

—Seguro...—observó Rafael.

—No hay seguro. La mujer tiene un alma que piensa y un corazón que siente. Sois vosotros los que habéis hecho de ella un juguete bonito, un objeto de placer nada más. Sois vosotros mucho más huenos que nosotras. Si nosotras nos satisfacemos con una lisonja. Vosotros os contentáis con una mirada...

—El que se contente—objetó Rafael.

—Yo creo que entre esos que usted llamaba allá en Río de Janeiro mi zaguante, hay hombres de talento ¿no los juzga usted así? El mismo Octavio lo es...

—¡Y bien!

—¡Y bien! Pues esas grandes inteligencias, esos grandes talentos... se rinden ante el poder de una mirada o de una sonrisa de mujer. ¡Si nosotras somos despreciables porque nos halaga la lisonja, cuán más despreciable es aquel a quien halaga su vanidad una mirada o una sonrisa de mujer!

—Tiene usted razón...

—Pues bien, si nos mostramos vanas, y dominadoras, es porque los hombres nos hacen así, en vista de sus rebajamientos.

—¡También es verdad!

—Y así como esos mismos hombres nos consideran solo como objetos de placer, nosotras... y hablo por mí, nos vengamos de ese juicio temerario burlándonos de esos mismos deseos que nos demuestran y que dejamos de satisfacer.

¿Pero es esto decir que no seamos capaces de amar? ¿Y si en vez de vernos juzgadas tan equivocadamente, nos viésemos amadas con verdadero amor, cree usted que preferiríamos esas pueriles satisfacciones de la vanidad? ¡Qué podría satisfacer más a una mujer de corazón, que el verse locamente amada y locamente amar! Yo... que no he conocido ese sentimiento, en mi vida; pero que me creo capaz de sentirlo, daría todas esas lisonjas, todas esas adulaciones que parecen satisfacernos, por un «¡te amo!...» dicho con el lenguaje inequívoco de la verdad. Yo daría por amar y ser amada como yo concibo el amor, todas esas efímeras satisfacciones que cree usted que son las únicas que me halagan y enorgullecen. No... yo desprecio a los que me adulan, los que yo he despreciado y se arrastran a mis pies, y... ¿lo creerá usted? más admiro y respeto en el fuero interno de mi conciencia al que rebelde se revuelve contra mi dominación, me domina y humilla como humilla el fuerte. La mujer,... preciso es confesarlo, ha nacido para ser dominada, Si se muestra vanidosa

y altanera, es porque los mismos hombres con sus rebajamientos la educan mal.

—Entonces todavía puedo abrigar la esperanza de que, reconociendo en mi proceder con usted una dignidad de que han carecido otros que usted ha humillado, todavía podemos ser amigos hasta en medio de la sociedad si algún día volvemos a ella y no alcanzamos el desdichado fin, que esa pareja, cuyas osamentas hemos contemplado con estupor y respeto.

—Si aquí se prolongase nuestra permanencia —contestó emocionada la marquesa— en la intimidad del trato diario, sin necesidad de velar sentimientos e ideas, podría usted apreciar mejor mi carácter y ver algo más en mí... que *un saco de vanidades* como usted me calificaba duramente hace un momento con ruda franqueza.

—Perdóneme usted Cecilia. 'Comprendo que me he extralimitado y que nunca he debido olvidar que es una dama mi... enemiga...

—Enemiga que usted ha tenido empeño en crearse, porque yo, al conocernos en el baile de mi amiga la Condesa de Elvas nada hice para desagradarle. En cambio, usted me provocó en una forma tan agresiva, que me sorprendió, hasta que el amigo Octavio me explicó la verdadera causa de la actitud de usted. Después... no quiero acordarme de lo ocurrido... porque...

En aquel momento, un ruido extraño arrancó un grito a los dos *enemigos*.

—¿Ha oído usted?—exclamó poniéndose de pie de pronto Cecilia.

—Sí... parece el estampido de un cañonazo.

—Dios mío será algún aviso del volcán? Irá a producirse una erupción.

—Nó, nó... otro... otro disparo.. ¡cañonazos...! Venga usted Cecilia... corramos. Es sin duda un buque que ha visto flotar restos del Brasileño, tal vez cadáveres y dispara como señal de presencia en estas aguas, por si hay naufragos refugiados en esta isla...

—¡Oh Dios mío, qué alegría!—exclamó Cecilia corriendo en pos de Rafael.

Por fortuna, el campo donde acababan de comer estaba cerca de aquella explanada del acantilado desde cuyo borde se dominaba el mar, teatro de la tragedia marítima que había tenido lugar la víspera; hacía treinta y cinco horas.

Sonó un nuevo cañonazo; sin duda el tercero y último.

Porque era probable, que si no se contestaba pronto a aquellas señales, el buque pasaría al largo, y se alejaría creyendo que nadie necesitaba de su auxilio.

Acercáronse al filo del acantilado, y vieron, efectivamente, un vapor que se mantenía sobre la máquina, dando bordadas esperando alguna señal.

Rafael disparó varios tiros seguidos con su rifle.

A los cinco primeros disparos, contestó un cohete volador que se deshizo en lágrimas brillantes en el aire.

Rafael tomó el rifle que llevaba Cecilia y siguió disparando.

El vapor disparaba también bengalas.

—Hemos sido vistos—dijo Rafael.

En efecto, el vapor poníase al paio y destacaba un bote salvavidas de su costado de estribor.

Se hallaba a menos de dos millas porque debía saber que el islote estaba rodeado de peligrosos arrecifes.

Los náufragos embriagados por la alegría, se abrazaron.

—Cecilia... cuán feliz he sido aquí durante estas treinta y tantas horas.

—¡De veras! ¿Feliz al lado de una mujer tan odiosa, a quién se aborrece? No lo comprendo.

—¿No cree usted que a veces el odio se confunde con el amor? Cecilia.

—¡Sí... quién sabe si algunas veces el aborrecer es amar demasiado! y agregó:

—Seamos, por lo menos, amigos, Rafael.

—¡Cecilia... yo no puedo ser amigo de usted!

—¿Por qué?—exclamó llena de extrañeza Cecilia.

—Por qué... la amo a usted y... no puedo formar en... el zaguanete...

—¡Ah! ¿Con qué al fin me cede usted el triunfo?

—Nó: porque también yo soy triunfador.

—¡Cómo!

—Ponga usted la mano sobre su corazón, y jure usted que no me ama.

Dudó un momento Cecilia y luego tendiendo sus dos manos a Rafael, le dijo con sonrisa nerviosa y palpitante el seno:

—No... no puedo jurar eso... ¡Sería jurar en falso!

Las manos de aquellos jóvenes, hacía horas

abandonados sobre una isla desierta, rodeados de todos los misteriosos encantos de una naturaleza espléndida, lujuriosa, se estrecharon con efusión.

Cecilia levantó los ojos hacia Rafael que la cubrió con una mirada de fuego.

Rafael rodeó con sus brazos la cintura de la joven y la estrechó sobre su corazón.

Sus rostros se acercaron como atraídos por fuerza irresistible y el estallido de un beso turbó la majestuosa soledad y silencio de aquel pintoresco escollo.

El vapor seguía de vez en cuando disparando un cohete que en la media luz crepuscular hacía brillar una porción de lágrimas de colores como un surtido de estrellas.

El bote salvavida se aproximaba impulsado por cuatro vigorosos remeros y conducido por un timonel.

—Bajemos—dijo Rafael;—¡pero pronto!

—El camino es difícil—contestó Cecilia—y no sé si podré recorrerlo deprisa.

—Aquí hay un vehículo ligero y seguro dijo Rafael levantándola en sus brazos.

Rodeó está con los suyos mórbidos y torneados el cuello de su salvador y Rafael, con su preciosa carga y saltando de roca en roca con la seguridad de un práctico alpinista, descendió hasta la plataforma más baja y de fácil descenso a la pequeña playa.

Ya allí, y antes de poner su carga en tierra, dijo Rafael a la joven:

—¿Dejamos aquí nuestro odio... o lo embarcamos con nosotros para volver a encontrarlo en tierra?

—La hiel del odio Rafael, estaba en nuestros labios y no en nuestros corazones. ¿No acabamos de borrar de ellos hasta la última partícula? Aún me debe usted una reparación por ese... dulce atentado.

—Te lo daré esposa mía, en cuanto pueda decirte de rodillas a tus pies, esa frase que querías cambiar por todas las lisonjas de tus aduladores: «¡Te amo... Te amo!»

Estrechó ella entre sus brazos la hermosa cabeza del hombre que tanto amaba y a quien hubo ocasiones en las que creyó que le odiaba, sin embargo de que en aquel odio había más despecho que aversión.

*

* *

El bote había llegado a las primeras rocas de aquel escalonado que subía hasta la planicie que empezaba en el filo del acantilado y seguía hasta la base del cono del volcán, cubierta de la rica vegetación que hemos descrito en otro lugar en medio del cual quedaban los restos óseos de aquellos dos difuntos privados de la vida mísera que les animó en aquella soledad.

Tal vez hubiérales cabido análoga muerte a los nuevos amantes, porque se comprendía que en aquella isla no tocaba jamás ningún buque, ni se acercaba como no fuese impelido, como *El Brasileño* por algún ciclón a perecer entre los arrecifes que parecían centinelas avanzados de la muerte.

Pero aunque con excepciones escasas, hay que confesar, que los sentimientos humanitarios, la verdadera fraternidad humana se ejerce en el mar, como en ninguna parte.

El marino, por regla general, (a no ser inglés que es entre los que se encuentran más excepciones) es filántropo y caritativo y lleno de abnegación hacia sus semejantes.

Regularmente todos son franc masones, y practican las leyes de la fraternidad con todo entusiasmo como no se practican en tierra en otras sociedades fraternales.

Y fué el caso, que uno de los botes que salieron del lugar del siniestro cargados de supervivientes del naufragio, al cabo de veinticuatro horas de luchar con las olas creyendo cien veces sozobrar, tan enorme era la carga que la pequeña embarcación soportaba, fué avistada por un vapor que caminaba con el mismo rumbo que llevaba *El Brasileño*.

Era un vapor mercante español que se dirigía desde Cuba a Cádiz.

Tan pronto como percibieron desde a bordo el bote, desde el que empezaron a hacer señas con una faja atada a la punta de un remo, el vapor orzó haciendo rumbo hacia el bote naufrago.

Un cuarto de hora después los náufragos subían a bordo y don Manuel Briviesca el Secretario particular y administrador de la marquesa de Porto-Seguro, explicaba al capitán del *Antonio Pérez* como habían naufragado cerca de una isla que tenía un volcán en el centro que arrojaba humo.

El capitán comprendió que era el islote de

sierto de las Palmeras que había visto en varios viajes.

—Yo creo—dijo don Manuel Briviesca—que a ese islote deben de haberse dirigido algunos de los náufragos. Tal vez—añadió llorando—mi pobre señora la marquesa de Porto Seguro, de quien era yo secretario y administrador, haya sido uno de los refugiados en ese islote. Si usted, capitán quisiera hacer rumbo hacia esa isla... haría una verdadera acción meritoria, porque podría usted salvar a algunos otros supervivientes del naufragio.

El capitán consultó la carta marina; tomó la altura con el sextante y dijo:

—Estamos un grado más al Sur de ese islote: tenemos que remontar hacia el Noreste y esto me atrasa unos dos días el viaje; pero es imposible no intentar la salvación de hermanos nuestros sabiendo que probablemente están allí refugiados.

El señor Briviesca dió efusivamente las gracias al capitán del *Antonio Pérez*, y este mandó al timonel poner el timón en la dirección que el le indicó en la bitácora, y el vapor varió en sentido diagonal hacia atrás con rumbo al Noreste en busca del islote de las Palmeras por cuyo nombre era conocido y señalado en algunas cartas marinas y nó en todas.

Al atardecer del segundo día, el vigía de abordó dió la voz de:

—¡Tierra! ¡Isla a proa!

Era el islote del volcán cónico que se distinguía desde a bordo con los catalejos y prismáticos de campaña.

El capitán mandó forzar la máquina, los fo-

goneros cargaron de carbón los hornos de las dos calderas, y la hélice hizo trepidar el barco con la rapidez vertiginosa de sus aletas.

La embarcación vogaba con la rapidez de un enorme cetáceo.

Una hora después, cuando estuvo a distancia conveniente disparó un cañoncito de señales.

Grande fué la ansiedad a bordo al no ver señal alguna de haber allí quien necesitase auxilio.

Dispararon el segundo cañonazo y un momento después, aparecieron dos microscópicas figuritas humanas, un hombre y una mujer en el filo del acantilado, y un momento después vióse una nubecilla blanca seguida segundos después de una detonación.

El vapor contestó con otro cañonazo y algunos cohetes de bengalas y el capitán hizo echar al agua un bote salvavidas.

XXVII

Que acaba a gusto de las lectoras

Los dos náufragos bajaron a la pequeña playa donde ya había saltado un oficial del barco mercante que saludó a la marquesa y a su compañero que le informaron de la forma en que se salvaron del naufragio hallando en aquella isla un refugio y elementos inesperados de conservación.

Como no sabían si existía la actriz a quien pertenecía el baúl que habían encontrado flo-

tando en la orilla preguntaron por ella al oficial.

—Sí, señor, es una tiple que según dice embarcó en Pernambuco cuando hizo allí escala el vapor *El Brasileño*. Ha sido uno de los náufragos recogidos por nosotros que se salvaron en uno de los botes, con el administrador de usted el señor Briviesca, que es él que nos indicó la posibilidad de que hubiese náufragos refugiados en esta isleta conocida por la Isleta de las Palmas por las muchas que coronan este acantilado, al menos según se vé desde el mar.

—Si pudiesen dos de estos muchachos subir a la plataforma de arriba, y bajar el baúl mudo de esa pobre actriz...—dijo Cecilia.

—Es claro que sí...—dijo el oficial dando algunas órdenes a dos de los marineros que saltaron a tierra.

Rafael les dió las señas precisas del baobab hueco donde habían quedado el baúl con las ropas de la actriz, las conservas, manta inglesa y otra carabina.

Los dos marineros treparon como cabras por aquel escalonado de rocas.

Veinte minutos después, bajaban el baúl lleno de ropa, de latas de conserva y de todo cuanto encontraron en el hueco del árbol.

Después de colocado todo en el bote, Cecilia y Rafael embarcaron a su vez y el bote tomó la dirección del vapor el *Antonio Pérez*.

Poco después subían al vapor siendo recibidos con grandes muestras de alegría.

Todos deseaban saber que les había ocurrido en la isla.

Entre Rafael y Cecilia y en tono siempre chancero y alegre, refirieron la instalación de Cecilia en el baobab y la noche pasada por Rafael al raso lo cual daba pie a bromas algo picantes dentro de lo conveniente porque emanaban de gente culta y no de la inculta que no se atrevían a abrir los labios donde hablaban las personas finas.

Rafael, que hablaba bien como un gran letrado que era, describió el interior de la isla el encuentro macabro de los dos esqueletos el descubrimiento del río del manantial y las cataratas y la agradable sorpresa que habían recibido al oír los cañonazos en los momentos en que estaban preparándose para buscar alojamiento nocturno para Rafael.

El capitán del Antonio Pérez habilitó en una de las cámaras el hospedaje de los que no poseyendo nada por haberlo perdido todo en el naufragio no podían costear un pasaje como lo hubieran costeadado tomando tiquetes para camarotes en la casa consignatoria.

Como el señor Briviesca había salvado el dinero, unos cinco mil pesos que llevaba en billetes, pudo adquirir tres camarotes para Cecilia, Rafael y él mismo; pero Cecilia exigió cuatro uno de ellos para la *prima donna* cuyos trajes había utilizado ella en la isla.

La actriz se mostró profundamente agradecida prometiendo abonar a Cecilia lo que anticipaba; pero Cecilia la advirtió que no intentase semejante reintegro porque no admitiría reembolso alguno.

El vapor se puso en marcha,

¡Qué hermoso parecíales el cielo y hasta aquel mar que estuvo a punto de tragárselos a los dos amantes!

La alegría que llevaban en sus almas parecía esparcirse por el cielo llenándolo de luz y el aire de armonías.

Llevaban además el goce íntimo de poder alzar la frente sin avergonzarse cuando referían al pasaje sus escursiones por la isla, el encuentro macabro, el río, el nacimiento de agua ferruginosa, su última comida sobre manteles de aromáticas hierbas.

Los diez días de navegación fueron para ellos un continuo idilio.

Como se refan entonces de sus *majaderías* de sus insultos de sus agravios.

—¡Quién te había de decir, *so feo*, que te habías de cazar con la *Belleza de Betún*, con la *Venus Negra*!—decía Cecilia.

—¿Y tú creíste alguna vez que te habías de casar con quien tanto despreciabas?

—Me convenzo ahora hijo mío de que sois tontos todos los hombres.

—¿Por qué, vida mía?

—Porque no sabéis leer en el fondo del alma de una mujer. Yo, a pesar de que me insultabas, que pretendías humillarme, creía que me amabas, que tu antipatía tu odio estaba en los labios y no en tu corazón...

—¿Y tú crees que yo ignoraba que me amabas?

—¡Ah! ¿Sí? ¡Lo comprendías!

—¿Pues si no lo hubiese comprendido, si no hubiese sabido que huías de mí temiendo amarme más... te hubiese seguido?

—¡Oh! Eso ha sido una traición.

—¿De quién?

—De Elvira.

Rafael se echó a reír.

—Porque crees que Elvira...

—Ella fué la que me dijo que en las guerras de amor, huir es vencer, porque la confesé que te amaba. Y ha sido ella... sí, ella...

—¡Pero qué te extraña! Se había empeñado en casarme contigo y todo me lo dijo... Entonces, de acuerdo con ella resolví seguirte sin poder soñar que habríamos de pasar treinta y cinco horas solos en una isla desierta para poderlos convencer uno a otro de que nos amábamos.

—¡Rafael mío! Cuanto me has hecho sufrir.

—No es poco lo que tu también me has hecho sufrir.

Reclinó ella la cabeza en el pecho de su amante y levantó hacia el sus labios húmedos de pasión, y el aire recogió el eco de un beso que se perdió en la inmensidad del amor en el silencio de la noche...

*

* *

Aquí debemos hacer punto final a nuestra narración cuya terminación deben suponer nuestros lectores, y que carece de interés reduciéndose

todo a un casamiento, poco más o menos como todos, y con alguna originalidad en los detalles por ser la situación tan excepcional.

Lo que no hemos sabido después si volvieron a Río de Janeiro o permanecieron mucho tiempo en Madrid, si fueron felices o desgraciados, si tuvieron hijos bonitos, feos, o ninguno.

Mejor es no averiguarlo.

Con este relato cuya esencia debemos a un ilustre brasileño nuestro amigo hemos hecho un poquito de gimnasia psicológica estudiando un caso que suele repetirse con frecuencia y que ya citamos en algún lugar de esta obra, el caso de casarse un hombre y una mujer que se fueron mutuamente antipáticos y que aquella antipatía fué convirtiéndose en amor después de haberse manifestado mutuamente aquellos sentimientos hostiles, y ambos engañados sobre la verdadera naturaleza de esos sentimientos, pues mientras parecía que llevaban la hiel del odio en los labios palpitaba de amor su corazón.

¿No es esto preferible a llevar el odio en el corazón y ocultarlo con la sonrisa en los labios?

FIN



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

10 DEC. 1902

Biblioteca Tragi-Romántica

- M. IBO ALFARO.—Malditas sean las mujeres.
I. A. Malditos sean los hombres.
» Malditas sean las suegras.
» Marina o la hija de las olas.
» El Hada de los mares.
» El paraíso de las mujeres.
» El infierno de los hombres.
» El purgatorio de las solteras.
» Su majestad el Amor.
» La hija de las flores.
» Por qué se casan los hombres.
» Por qué se casan las mujeres.
» Por qué reinciden las viudas.
» Por qué pecan las mujeres.
» Por qué murmuran las viejas.
» Las obreras del amor.
» Las hijas del champagne.
» El collar de esmeraldas.
» Maldito sea el amor.
» La niña de los jazmines.
» ¡¡Viva mi novia!!
» El nido de ruiseñores.
» La hija de Venus.
» Amor y martirio.
» Pasionarias de amor.
» La decadencia del amor.
» Las vendedoras de caricias.
» Arte de buscar marido.
» El novio prestado.
» La corte del amor.
» Las Evas modernas.
» La viuda alegre.
» El sí de las niñas.
» La princesa del dólar.
» Malditos sean los celos.
» Por seguir a una mujer.
» El alma en un beso.
» Calvario de amor.
» La Hiel en los labios.

CASA EDITORIAL LEZCANO

Jesús, 10. - BARCELONA

1. A.

LA HUELLE
NEW
LOS ANGELES
FLA
BIOGRAPHICAL

reales